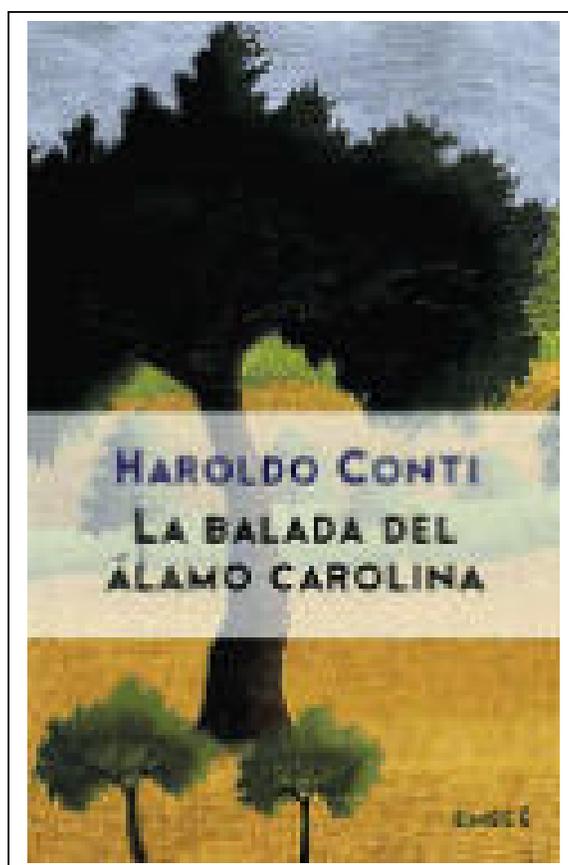


**LA BALADA
DEL ÁLAMO CAROLINA
HAROLDO CONTI**



LA BALADA DEL ÁLAMO CAROLINA

*Ciruelo de mi puerta,
si no volviese yo,
la primavera siempre volverá.
Tú, florece.*

(Anónimo japonés)

Uno piensa que los días de un árbol son todos iguales. Sobre todo si es un árbol viejo. No. Un día de un viejo árbol es un día del mundo.

Este álamo Carolina nació aquí mismo, exactamente, aunque el álamo carolina, por lo que se sabe, viene mediante estaca y éste creció solo, asomó un día sobre esta tierra entre los pastos duros que la cubren como una pelambre, un pastito más, un miserable pastito expuesto a los vientos y al sol y a los bichos. Y él creyó, por un tiempo, que no iba a ser más que eso hasta que un día notó que sobrepasaba los pastos y cuando el sol vino más fuerte y tembló la tierra se hinchó por dentro y se puso rígido y sentía una gran atracción por las alturas, por trepar en dirección al cielo, y hasta sintió que había dentro de él como un camino, aunque todavía no supiese lo que era eso, lo supo recién al año siguiente cuando los pastos quedaron todavía más abajo y detrás de los pastos vio un alambrado y detrás del alambrado vio el camino, que es una especie de árbol recostado sobre la tierra con una rama aquí y otra allá, igual de secas y rugosas en el invierno y que florecen en las puntas para el verano, pues todas rematan en un mechoncito de árboles verdaderos. Por ahí andan los hombres y el loco viento empujando nubes de polvo. También ya sabía para entonces lo que era una rama porque, después de las lluvias de agosto, sintió que su cuerpo se hinchaba en efecto aquí y allá y una parte de él se quedó ahí, no siguió más arriba, torció a un lado y creció sobre la tierra de costado igual que el camino.

Ahora es un viejo álamo carolina porque han pasado doce veranos, por lo menos, si no lleva mal la cuenta. Ahora crece más despacio, casi no crece. En primavera echa las hojas en el mismo sitio que estuvieron el otro verano y por arriba brotan unas crestitas de un verde más encarnado pero al caer el sol se encienden como por dentro, pero él ahora no pretende más que eso, esa dulce luz del verano que lo recubre como un velo. Y dentro de esa luz está él, el viejo álamo, todo recuerdo. De alguna manera ya estaba así hace doce veranos cuando asomó sobre la tierra y crecer no fue nada más que como pensarse. Sólo que ahora recuerda todo eso, se piensa para atrás, y no nace otro árbol. En eso consiste la vejez. Verde memoria.

Ahora es el comienzo del verano justamente y acaba de revestirse otra vez con todas sus hojas, de manera que como recién están echando el verde más fuerte (son como pequeños árboles cada una) por la tarde, cuando el sol declina y se mete entre las ramas el álamo se enciende como una lámpara verde, y entonces llegan los pájaros que se remueven bulliciosamente entre las hojas buscando donde pasar la noche y es el momento en que el viejo álamo carolina recuerda. A propósito de la noche, los pájaros y el verano. Recuerda, por ejemplo, a propósito de los pájaros, el primero de ellos que se posó sobre la primera rama, que ha quedado allá abajo pero entonces era el punto más alto, ya casi no da hojas y es tan gruesa como un pequeño árbol. En aquel tiempo era su parte más viva y sintió el pájaro sobre su piel, un agitado montoncito de plumas. Descansó un rato y luego reemprendió el vuelo. Recién dos veranos después, cuando divisó la primera casa de un hombre y detrás de ella la relampagueante línea del ferrocarril, una montera armó un nido en la horqueta de la última rama. Cortó y anudó ramitas pacientemente y así el álamo se convirtió en una casa, supo lo que era ser una casa, el alma que tiene una casa, como antes supo del camino y del alma del camino, ese ancho árbol florecido de sueños. El nido se columpiaba al extremo de la rama y él, aunque gustaba del loco viento de la tarde, procuraba no agitarse mucho por ese lado, le dio todo el cobijo que pudo, echó para allí más hojas que otras veces.

Al final del verano los pichones saltaron del nido y los sintió desplazarse temblorosos sobre la rama con sus delgadas patitas, tomar impulso una y otra vez y por fin lanzarse y caer en el aire como una hoja. Un árbol en verano es casi un pájaro. Se recubre de crocantes plumas que agita como el viento y sube, con sólo desearlo, desde el fondo de la tierra hasta la punta más alta, salta de una rama a otra todo pajarito, ave de madera en su verde jaula de fronda.

Ese verano fue el mismo del ferrocarril. Antes viene la casa. No vio la casa

por completo, ni siquiera cuando, años después, trepó mucho más alto, sino lo que se ve ahora mismo desde el brote más empinado, un techo de chapas que se inflama con el sol y una chimenea blanca que al atardecer lanza un penacho de humo. A veces el viento trae algunas voces. Con todo él ha llegado hasta la casa en alguna forma, a través de las hojas de otoño que arrastra el viento. Con sus viejos ojos amarillos ha visto la casa aun por dentro, ha visto al hombre, flaco y duro con la piel resquebrajada como la corteza de las primeras ramas, la mujer que huele a humo de madera, un par de chicos silenciosos con el pelo alborotado como los plumones de un pichón de montera. Con sus viejas manos amarillas ha golpeado la puerta de tablas quebradas, ha acariciado las descascaradas paredes de adobe encalado, y mano y ojo y amarillas alas de otoño ha corrido delante de la escoba de maíz de Guinea y trepado nuevamente al cielo en el humo oloroso de una fogata que anuncia el frío, el tiempo dormido del árbol y la tierra.

El ferrocarril pasa por detrás de la casa pero hubo de trepar hasta el otro verano, cuando volvieron las hojas y los pájaros, para entrever el brillo furtivo de las vías cortando a trechos la tierra. Ya había sentido el ruido, ese oscuro tumulto que agitaba el suelo porque el árbol crecía tanto por arriba como por debajo. Por debajo era un árbol húmedo de largas y húmedas ramas nacaradas que penetraban en la tibia noche de la tierra. Por ahí vivía y sentía el árbol principalmente, por ahí su día era un día del mundo, así de ancho y profundo, porque la tierra que palpitaba debajo de él le enviaba toda clase de señales, era un fresco cuerpo lleno de vida que respiraba dulcemente bajo las hojas y el pasto y sostenía cuanto hay en este mundo, incluso a otros árboles con los cuales el viejo álamo carolina se comunicaba a través de aquel húmedo corazón. Al este, por donde nace el sol, había un bosque. Lo divisó una mañana con sus ojos verdes más altos y todas sus hojas temblaron con un brillo de escamas. Era un árbol más grande, el más grande y formidable de todos. Al caer la tarde, con el sol cruzado barriendo oblicuamente los pastos que parecían mansas llamas, los árboles aquellos ardieron como un gran fuego. Por la noche, el álamo apuntó una de sus delgadas ramas subterráneas en aquella dirección y recibió la respuesta. No era un árbol más grande, era un bosque, es decir, un montón de ellos, tierra emplumada, alta y rumorosa hermandad.

¿Por qué no estaba él allí? ¿Por qué había nacido solitario? ¿Acaso él no era como un resumen del bosque, cada rama un árbol? Todas estas preguntas le respondió el bosque, sus hermanos, noche a noche. Esta y muchas otras porque a medida que se ponía viejo, en medio de aquella soledad, se llenaba de tantas preguntas como de pájaros a la tardecita. Los

árboles no duermen propiamente, se adormecen, sobre todo en invierno cuando las altas estrellas se deslizan por sus ramas peladas como frías gotas de rocío.

Es entonces cuando sienten con más fuerza todas aquellas voces y señales de la tierra. Los animales de la noche salen de sus madrigueras y roen la oscuridad, un pájaro desvelado vuela hacia la luz de una casa, un bulto negro trota por el camino, los grillos vibran entre los pastos como cuerdas de cristal, un perro aúlla en la lejanía, el hombre se da vuelta en la cama y piensa cuántas fanegas dará el cuadro de trigo. En este mismo momento, en esta noche tan quieta, la semilla está trabajando ahí abajo, el árbol la siente germinar, siente su pequeño esfuerzo, cómo se hincha y se despliega y recorre, pulgada por pulgada, el mismo camino que ha trazado el deseo del hombre, que ha vuelto a dormirse y sueña con una suave marea de espigas amarillas.

Y fue por ahí, por la tierra, que el árbol tuvo noticias del ferrocarril cuando un día sintió ese tumulto que subió por sus raíces. Tiempo después, luego de divisar la morada del hombre, vio por fin aquella alocada y ruidosa casa que con chimenea y todo corría sobre la tierra, y supo por ella que además de los pájaros gran parte de cuanto vive se mueve de un lado a otro y el viejo álamo, que entonces no era tan viejo pero sí árbol completo, sintió por primera vez el dolor de su fijeza. El sólo podía ir hacia arriba trazando un corto camino en el cielo y al comienzo del otoño volar en figura según el viento en la trama de sus hojas. En cierto momento, después de la casa, el tren se transportaba entre sus ramas y a veces el penacho de humo llegaba hasta el mismo álamo. Esto dependía del viento, del cual, por instrucción de los pájaros, el viejo álamo había aprendido a extraer otros muchos sucesos. Según soplase, él agitaba sus hojas como verdes plumas y simulaba temblorosos vuelos. El viento subía y bajaba en frescas turbonadas por dentro de aquella jaula vegetal provocando, de acuerdo a la disposición del follaje, murmullos y silbidos que complacían al árbol músico.

Todo esto se aprende con los años, un verano tras otro, y luego para el árbol son materia de recuerdo en el invierno. El invierno comienza para él con la caída de la primera hoja. Un poco antes nota que se le adormecen las ramas más viejas y después el sueño avanza hacia adentro aunque nunca llega al corazón del árbol. En eso siente un tironcito y la primera hoja planea sobre el suelo. Así empieza. Después cae el resto y el viento las revuelve, las dispersa, corren y se entremezclan con las hojas de otros árboles, cuando el viejo álamo carolina ya se ha adormecido y piensa

quietamente en el luminoso verano que, de algún modo, ya está en camino a través de la tierra, por el tibio surco de su savia. La lluvia oscurece sus ramas y la escarcha las abrillanta como si fuesen de almendra. Algunas se quiebran con los vientos y el árbol se despabila por un momento, siente en todo su cuerpo esa pequeña muerte aunque él todavía se sostiene, sabe que perdurará otros veranos. Hasta que allá por setiembre memoria y suceso se juntan en el tiempo y un dulce cosquilleo sube desde la oscuridad de la tierra, reanima su piel, desentumece las ramas y el viejo álamo carolina se brota nuevamente de verdes ampollas. El aire ahora es más tibio y el hombre, al que observa desde el brote más alto, recorre el campo y espía las crestitas verdes que acaban de aparecer sobre la tierra.

Para mediados de octubre el viejo álamo está otra vez recubierto de firmes y oscuras hojas que brillan con el sol cuando la brisa las agita a la caída de la tarde. El sol para este tiempo es más firme y proyecta sobre el suelo la enorme sombra del árbol.

Fue en este verano, cuando el sol estaba bien alto y la sombra era más negra, que el hombre se acercó por fin hasta el árbol. El lo vio venir a través del campo, negro y preciso sobre el caballo sudoroso. El hombre bajó del caballo y penetró en la sombra. Se quitó el sombrero cubierto de tierra, después de mirar hacia arriba y aspirar el fresco que se descolgaba de las ramas, y se quitó el sudor de la frente con la manga de la camisa. Después el hombre, que parecía tan viejo como el viejo álamo carolina, se sentó al pie del árbol y se recostó contra el tronco.

Al rato el hombre se durmió y soñó que era un árbol.

LAS DOCE A BRAGADO

*(A mi tío Agustín, por si algún día
para de andar y alcanza a leerlo)*

Bien, ahora mismo, desde este invierno que empapa el pavimento y las paredes y las ropas y el alma, si tenemos, lo que sea, esa finita tristeza que se enrosca por dentro como una madrelva y en días así, justo, asoma sus floridas puntas por las orejas y la nariz y los ojos, en días así, digo, cierro los ojos y veo ese largo camino polvoriento del verano que se extiende hasta el horizonte como un río seco bajo el sol. Es el camino de tierra entre Chacabuco y Bragado, ese mismo semejante a una áspera corteza de árbol viejo con tantos y tantos surcos, el almacén de don Luis Stéfano en una esquina de acacias hasta el año 33 y después para siempre en la memoria, y la de Iglesias a la derecha, más adelante, ya por el camino de Sastre, después esa loma que trepa brevemente hacia el cielo y después el puente sobre el río Salado, que es el mismo límite entre los dos partidos, según dicen los carteles de chapa en una y otra punta, y uno imagina que hay en el aire una línea invisible y que el aire es sutilmente distinto a cada lado de esa línea. Y ahora, es lo que veo desde este húmedo y triste invierno, el tío Agustín aparece saliendo de la curva, un poco antes del almacén de Iglesias, a la altura del mojón de hierro fundido que casi tapan los pastos, del lado de Chacabuco todavía. Viene corriendo con sus largas piernas huesudas perseguido por una nubecita de polvo y por un perro escuálido que ladra a sus zapatillas de badana. La gente del almacén lo aplaude hasta que trepa a la loma y se pierde tras ella, plaf, plaf, el tío Agustín, y el viejo Iglesias le grita a sus espaldas: "¡Dale, flaco!". Porque el tío es puro hueso, y una llama bien encendida que alumbra por debajo de su piel. Los ladridos del perro se sofocan detrás de la loma y el tío debe estar cruzando el puente. Hace seis horas que largó punteando desde la plaza San Martín, en Chacabuco, frente a la iglesia de San Isidro Labrador. Hoy es justamente la festividad de San Isidro, 15 de mayo, y se corre la Vuelta del Salado o La

Fondo de las 12, es decir, La Carrera de Fondo de las 12 leguas a Bragado. El tío estuvo haciendo trote en la largada una hora antes de la partida. Tenía puesta una camiseta de frisa con el número 14 pintado en la espalda y unos pantaloncitos negros y las zapatillas de badana y cuando el viejo Pelice disparó la bomba de estruendo el tío pegó un tremendo salto y un grito y salió a los trancos, plaf, plaf, plaf, perseguido en la mañana neblinosa por una hilera de hombres semidesnudos, entre ellos el loco Garbarino que no pasaba del cementerio y se cansaba tanto de agitar los brazos y saludar hasta a los perros, dio una vuelta a la plaza y cuando comenzaba a encendersele aquella blanca llama enfiló por la Avenida Alsina, pasó punteando frente al bar Japonés y rumbeó serenamente hacia las quintas. El tío corre con la huesuda cabeza echada hacia atrás como un pájaro y a medida que entra en combustión sus trancos son más largos y más altos. La gente resbala como una mancha oscura por el costado de sus ojos y, después del hospital municipal, se corta, se disuelve y cuando no hay más gente y sólo queda por delante el camino pelado, el campo húmedo y la mañana olorosa, la llama le brota por los ojos y corre todavía más fuerte, más liviano. Los pasos de badana resuenan suavemente cuando golpean sobre las tablas del puente y cuando el tío se embala por la pendiente de la loma, al otro lado, ya en el partido de Bragado, la llama le brota a chorros a través de la piel, los ojos se le borran con tanto brillo y corre, corre locamente bebiendo el aire perfumado de la mañana, los campos verdes inundados de esa blanda luz de mayo, loco caballo desbocado, loco. En tres horas más, a ese paso, puede estar en Bragado, por lo menos en la laguna, pero un poco antes de Warnes, cuando ya asoman los palos del alumbrado entre los altos y oscuros árboles de la entrada, esto es antes de las vías del ferrocarril Sarmiento, tuerce el tío hacia la izquierda y se lanza sin cambiar la marcha por el estrecho camino que bordea el monte de eucaliptos del campo de Cirigliano cuyos negros árboles saltan desde hace un rato en el hueco encendido de sus ojos. El tío es ahora el tibio camino de tierra cruzado por frescas sombras que atraviesan sus largas piernas. Corre y corre saltando las sombras húmedas, blandos terrones de tierra, solo y alado, sobre este recuerdo, sobre puntos y líneas, sobre el raído invierno de mi tristeza, sobre años y tiempos, siempre volante, eterno, perenne corredor de las 12 a Bragado, el bravío tío Agustín empujando su intensa llama por aquel solitario camino recruzado por espantados cuises y liebres y pájaros que arrancan veloces un poco antes de sus pasos. Salta un alambrado y sigue la carrera a campo traviesa, llama y llama, fuego y fuego. Sólo una vez llegó hasta el Bragado porque el tano Cersósimo, esto es, el Gringo del Pito como se lo conocía por aquellos años, lo siguió con un sulky y cuando se quería desviar le cerraba el paso y lo golpeaba con el látigo y llegó con

dos leguas de ventaja sobre el Chino Motta, nada menos, pero cuando la gente lo aclamaba ya y el intendente se paró en el palco con un banderín en la mano no lo pudieron atajar porque saltó sobre la meta con un grito profundo y siguió de carrera hacia 25 de Mayo, muy campeón, el grandes piernas de acero de mi tío, el formidable tío Agustín. Eso fue en el 32, que batió todos los records, aunque a él no le importaba eso sino tan sólo correr y correr.

Pero las otras veces torció a derecha o izquierda antes del Bragado, aturdido por el campo, y algunos lo vieron y avisaron que el tío iba a los saltos entre las doradas espigas o las oscuras hebras de pasto o las chalas que brillaban como vidrios y azotaban sus duras piernas, espantando liebres y pájaros y cuises, y un día o dos después lo hallaron dormido debajo del álamo carolina, ése que se levanta solitario detrás del campo de Cirigliano y que desde el camino real parece todo un monte y que para el tío era su única meta reconocida y hasta ella corrió por premio o por mero gusto, acompañado o solo, el día de San Isidro o un día cualquiera mientras le duró, por muchos años, aquel berretín de caballo desbocado.

Yo era pibe entonces y veía al tío, joven, como desde una enorme distancia, a través de nieblas y velos, porque yo estaba por ser, no tenía sombra ni casi historia, era tan sólo presente, pequeño, mero estar y ver y sentir a la sombra de los grandes, mi abuelo, ciego por terquedad que un día prometió rezar un millón de padrenuestros porque dijo que se la había aparecido Jesús, carpintero como él, mi padre, que entonces correteaba para el frigorífico La Blanca montado en un fragoroso Ford A o la tía Juana, por siempre joven, que tenía un cuarto para ella sola y una cama muy alta que olía a jazmín y una escupidera de loza que parecía una sopera y un novio que venía todas las tardes a las cinco y se marchaba apenas caían las sombras en el patio de baldosas con la parra de uva chinche y la bomba pie de molino y por supuesto el tío, tío Agustín, ese ansioso caballo del verano. A veces cuando pateo la calle cierro los ojos, y aun sin cerrarlos lo veo pasar entre la gente, al trote con su pantaloncito negro y la camisa de frisa y el número 14 en la espalda, que siempre me falló en la quiniela, lo veo, por ejemplo, trotar a las zancadas por el medio de Corrientes o trasponer de un salto Alem, en dirección al puerto. Yo me suspendo y pienso, casi grito, ¡Ahí va mi tío, hijos de puta! ¡Miren qué lindo loco! Pasa como entonces con la terca y dura mirada clavada en el horizonte, con las narices anchas de viento, cavando el aire con sus largas, muy largas piernas.

Después crecí, eché sombra como un árbol y hasta yo mismo participé en La Fondo de las 12 a Bragado, pero no pasé del cementerio. Cuando doblé

por el hospital y vi a lo lejos los altos humos de los hornos de ladrillo, algo que, supongo, trastornaba al tío, el cual quería darle alcance a cuanto se ponía al fondo del camino, las sienes me empezaron a temblar y me dolían las encías como si fuese a echar un puñado de dientes. Al llegar al cementerio rodé con un grito entre polvo, sudores y piernas que pasaron zumbando al lado de mi cabeza.

El tío, por ese entonces, trabajaba en la carpintería del abuelo, sobre el pasaje Intendente Beltrán, frente a la plaza Gral. Necochea o la Plaza del Mercado donde está hoy la estación de colectivos. Ahora cierro los ojos y me veo en la penumbra del taller con paredes de ladrillos a la vista y un espeso olor a polvo, sillas y elásticos que cuelgan de las vigas y al fondo la mesa de carpintero en la que trabajaba el tío. A veces no recuerdo al tío sino que mi pensamiento se sujeta de un objeto cualquiera y ese objeto cubre casi todo mi día. Hoy, por ejemplo, mientras cruzaba hasta el bar Falucho aguantando el viento que barría la Avenida Santa Fe, me acordé de buenas a primera de aquella sierra de ingleses o de falsa escuadra que había en una punta de la mesa. El día crece lentamente alrededor de ese objeto, lo rodea como la pulpa de un fruto y el día en todo caso vale nada más que por eso. Aquella sierra que había sido construida en Inglaterra en 1895, que en consecuencia había atravesado el mar embalada cuidadosamente en un cajón de pinotea, me atraía misteriosamente. Era una sierra montada sobre un bastidor, con una empuñadura negra como la de una ametralladora y servía para cortar marcos, escuadras, ángulos, encastres y demás cortes de precisión. La veo ahora mismo en el aire, negra y pulida y, por fuerza, al rato veo en la punta de la empuñadura al tío Agustín. El se movía silenciosamente de un lado a otro del taller aporreando maderas, reparando vencidos elásticos de cama o reemplazándolos por otros nuevos que estiraba para encajarlos en el armazón en una prensa, especie de potro que giraba con bruscos chirridos metálicos. El tío era de una silenciosa precisión en todo. Yo me maravillaba de que hombre tan silencioso y preciso en sus movimientos produjese a ratos tanto ruido de una vez. Por ejemplo cuando se calzaba un pañuelo negro delante de su aguda nariz y echaba a andar aquella cardadora mecánica que era el supremo orgullo de la mueblería y carpintería El Mercurio. El tío metía la lana apelmazada por un lado y ya mismo salía por el otro en blandos copos que caían lentamente dentro de un corralito de alambre de gallinero. La máquina rechinaba en la punta de las manos del tío. Por aquel tiempo había dejado de correr hasta el álamo carolina, pero después del trabajo emprendía largas caminatas hasta el zanjón o el cementerio o el Prado Español o la quinta de Pastore, o la estación del Pacífico, donde esperaba ver pasar al "Cuyano" que hendía la

noche como un carbón encendido aventando sombreros y papeles. Los años lo habían enflaquecido aún más y un día que lo sorprendí inclinado sobre la fabulosa sierra de ingleses le vi brillar las blancas sienes y el emplumado mechón de pelos encanecidos que le caía sobre la frente. Y esa vez sentí verdadero amor por el tío, aquel ansioso caballo del verano que ahora descendía a la carrera la larga cuesta de sus días. Yo, en cambio, trepaba los míos. Esos días me llevaron lejos del pueblo y cuando volví, algún verano después, y entré en el taller penumbroso, el tío levantó la cara por encima de la sierra y me observó con una mansa sonrisa por arriba del armazón de metal de unos lentes. La luz de la tarde penetraba por una claraboya y el tío flotaba, blando y casi transparente, en aquella luz polvorienta. Me preguntó qué tal estaba la ruta 7. Por lo que recuerdo, fue la primera vez que habló conmigo demostrando cierto interés sobre algo concreto. Señal de que yo había crecido realmente y ahora era un hombre, al menos para él, que era la medida de mi tiempo. Siempre preguntaba sobre caminos. La ruta 7 terminaba de ser reparada entre San Andrés de Giles y Carmen de Areco. Eso lo alegró al tío. Ese mismo año había ido a pie hasta Lujan portando el estandarte de la Congregación de San Luis Gonzaga. Me explicó que era cuestión de echarse a andar y no cambiar el paso, vendarse los pies y calzar botines bien armados. Volvió con el Expreso Rojas y recién entonces notó que la ruta estaba levantada en algunos tramos. Fue toda una conversación. Por él me enteré de que el camino entre Chacabuco y Bragado seguía siendo de tierra, pero que ahora le habían puesto la electrificación rural y era probable que en un par de años le echaran encima el cemento. Ya no va a ser lo mismo, dijo el tío con tristeza.

Seguía haciendo sus largas caminatas, pero ahora se extraviaba cada dos por tres. Una vez lo trajo un vigilante que lo encontró perdido por el Agua Corriente, y otra el viejo Punta que lo cruzó en el camino a Salto, por el almacén de Cattaneo, y él le preguntó dónde quedaba el Tiro Federal y el viejo entendió el Estadio Municipal y como de todas maneras ambos quedaban para el otro lado, lo subió a la jardinera y lo trajo hasta la mueblería.

Un día el tío, esto lo supe dos veranos después, ya hombre entero y él más viejo y más flaco, y el camino a Bragado todavía sin asfaltar, fue hasta la farmacia de Marino, al otro lado de la plaza, pero cuando llegó a la Avenida Alsina, que fue asfaltada en el 32, bajo la intendencia de don Esteban Cernuda, la encontró de tierra, como cuando era chico y después mozo y corría ya en la Vuelta del Salado. Los charrés y los sulkys iban y venían por la avenida de tierra y algunos jinetes trotaban entre espumosas

nubes de tierra. El tío, flaco y encorvado, vio con algo de sorpresa cómo avanzaba por el medio de la calle un landó descapotado como los de la cochería Grossi Hermanos con la señorita Lombardi en su interior. El coche se detuvo justo enfrente del tío y la señorita Lombardi asomó su cabeza cubierta con una capelina de raso y apuntándole con su sombrilla de seda estampada le preguntó por la abuela Adela que había muerto, si mal no recordaba, seis años atrás. El se quitó el sombrero, sonrió complacido a la tan señorita y se inclinó hasta que la sombra del carruaje desapareció de su vista. Naturalmente, no cruzó la avenida ni fue hasta la farmacia de Marino porque en aquel tiempo la farmacia no existía todavía. Volvió al taller y el resto del día, hasta que vino la luz de la tarde, se sentó en un rincón, detrás de la mesa de carpintero, entre cajas de herramientas y rollos de elásticos y tablones de pino que olían a resina y pensó en la muy dulce señorita Lombardi que para él, el tiempo le daba la razón, no iba a envejecer nunca. Quizá dentro de unos pocos días, pensó, si se entrenaba un poco, podía volver a correr en La Fondo de las 12 a Bragado. Ya no quedaban campeones y en el tiempo que tardaba ahora cualquier buen fondista de la zona él podía llegar al Bragado saltando sobre un pie. Cuando entró aquel melancólico rayo de luz por la alta claraboya, el tío echó a andar hasta el Prado Español.

Días después, al cruzar la plaza, le dio un salto el corazón. Debajo de la pérgola que había sido echada abajo en tiempos de Fresco vio y hasta escuchó a la banda del maestro Marsiletti. La banda tocaba aquel número de fuerza que le hacía temblar las piernas al tío, "Tremi gli insani del mió furore", Nabucco, Acto I, y que el maestro Marsiletti tarareaba y por momentos aullaba tratando de imitar a Titta Ruffo. No sólo estaba aquella pérgola, que semejaba una jaula florida, sino que hacia el lado del Palacio Municipal vio brillar entre los oscuros árboles al lago artificial que mandó rellenar el intendente Barcán y en él que el loco Garbarino se zambulló un 25 de mayo. La banda, con el maestro Marsiletti que blandía la batuta y un Avanti que sacudía en la boca al compás de la música, parecía flotar en el aire de la pérgola debajo de una luz amarilla como la que penetraba por la claraboya del taller. Después de Nabucco, tocaron "Alegría de la hoguera", una polca-mazurca de Strauss con la cual el maestro Marsiletti parecía remontar un vuelo y la plaza comenzó a poblarse de muchachas y muchachos que en dos hileras giraban por el centro, alrededor de la estatua de San Martín, que de golpe había reemplazado a la pérgola y que en aquel tiempo era pedestre, no ecuestre, según se acostumbra, por razones de economía, pues la partida que votó el Concejo Deliberante no alcanzó para el caballo, lo cual terminó por convertirse en una curiosidad y hasta en una

atracción hasta que en tiempo del gobernador Aloe, que era de Chacabuco, le pusieron el caballo y es así como cabalga ahora en el alto cielo de mi pueblo entre las espléndidas copas de los árboles, en dirección a la confitería San Martín, hacia la que apunta un dedo.

En eso el tío vio pasar al Cholo Barrios que, según tenía entendido, porque estuvo en el velatorio, se voló la cabeza mientras probaba una escopeta de un caño, calibre 20, vio al Cholo con sus bigotazos renegridos, rancho, polainas blancas y un bastoncito con el pomo de plata que lo saludó con el brazo en alto, muy en su contexto, lustroso caballero el Cholo, gran amigo de violentas farras y fuerte apostador en las cuadreras y reñideros, propietario de un gallo "Ají Seco", apodado Racoto, de origen peruano, que batió a todos los gallos de combate del 36 al 45.

Otra vez el tío iba para el Círculo Obrero donde estaba cambiando el esterillado de las sillas y no pudo seguir de la Avenida Alsina, pues se tropezó con la procesión de Nuestra Señora del Carmen, con el padre Doglia debajo del palio y los tanos Minervino y Visiconti tocando la gaita a la cabeza, todos muy de solemnis sobre la calle de tierra mientras las campanas de la iglesia batían a fiesta bien pulsadas por el viejo Santiago, gordas palomas de bronce por el aire limpio de la mañana.

El último verano que estuve en el pueblo, este que pasó, fui hasta la vieja casa del abuelo y, como siempre, después de los saludos y los mates penetré en el empolvado taller del fondo. Tardé un rato en acostumbrarme a la penumbra, cegado como entré por el sol del patio, y en aquella momentánea ceguera sentí el tibio olor a maderas y a cola de carpintero y oí el escamoso crujir de las chapas del techo recalentadas por el sol. Cuando mis ojos se fueron acostumbrando a aquel velado y quieto paisaje de objetos sepultados por el polvo descubrí cada cosa en su exacto lugar, como si el tiempo no se hubiese movido y yo tornara de golpe a mi infancia. Allí estaba la tremenda cardadora a motor, la carcomida mesa de carpintero y sobre ella, en un extremo, mi querida sierra de ingleses que apuntaba hacia la puerta. En la prensa había un elástico a medio tender. Aquella suave pero insistente permanencia de las cosas, luego de tantos años y tantos cambios y tanto y tanto, recuperó por un momento ese firme presente de mi infancia, sin sombras ni pesos, errante edad de mi pueblo. De repente sentí un leve raspón junto al tablero de las herramientas y achicando los ojos vi emerger por detrás de la mesa la blanca cabeza del tío que estaba sentado en un banquito. Parecía un viejo pájaro, uno de esos viejos cóndores que con las raídas alas abiertas toman el sol en la jaula del Zoológico. El tío se caló los anteojos que extrajo lentamente de su estuche

a presión y me observó en silencio con sus ojos legañosos, cómo de vidrio mellado. "¿De quién sos?", preguntó al cabo de un rato con una voz finita. Quería decir de quién era hijo yo, que es lo que se pregunta o cómo se pregunta a un muchacho cualquiera en los pueblos. Yo dije "El hijo de Pedro Isidro". El cabeceó y repitió para sí, sin reconocermé, posiblemente sin reconocer siquiera aquel nombre: "Pedro Isidro...". Pedro Isidro es mi padre, su hermano. Se levantó y caminó hasta mí, encorvado. Me echó una afilada mano encima del hombro y preguntó esta vez: "¿De dónde venís, muchacho...?". No preguntó qué tal estaba la ruta 7, ni tampoco supe si por fin habían asfaltado el fabuloso camino a Bragado.

Luego supe por la tía Teresa que en esos días se había encontrado en la esquina de la tienda Ciudad de Messina con Pepe Provenzano, que pateaba como siempre la calle vendiendo billetes de lotería y con Pancho Tonelli, ambos bien finados, lo mismo que la tienda, que cerró allá por el 58. Después, cuando trató de volver a la casa no dio con la calle y aunque pasó por enfrente de la puerta, al recorrer el pueblo por tercera vez, no acertó a reconocerla. Por suerte se tropezó en la esquina del Almacén Inglés con el gordo De Nigris, otro muertito, que lo condujo, siempre tan gentil caballero, hasta aquella salteada puerta y se lo devolvió a la tía cuando ya oscurecía.

Para Reyes vino la hija de Buenos Aires y el tío se calzó los anteojos y le preguntó de quién era. A partir de ahí empezó a equivocarse las puertas y los cuartos y a veces charlaba en los rincones del patio con personajes invisibles. No mucho después, como lo pronosticó la madre Benedicta, ni siquiera reconoció a la tía a la que confundió una vez con Martita Romero, su primer filo, y otra con Filomena Perrone, que fue reina del carnaval del Club Porteño, en el año 38.

Acabo de volver del pueblo y por eso pienso tan fuerte en el tío en esta podrida noche de invierno mientras bebo un semillón en el bar Falucho, en Fitz Roy y Luis María Campos. Cuando fui a ver al tío lo encontré acostado en el medio de esa buena cama inglesa con cabezales de bronce y remaches de cobre y elástico de flejes que perteneció a la familia Mediavilla y compró en un remate de Warnes.

Tenía puesto un camisón de frisa y un gorrito de lana y de tan flaquito y huesudo se perdía sobre la pila de almohadas. Hace meses que no sale de ahí. Fuera de los límites de esa cama no reconoce nada en el mundo. A eso se ha reducido el suyo, a aquella buena cama inglesa de bronce bien lustrado. Sin embargo, no la pasa tan mal. Siempre tiene algún muertito con

el que charlar y por detrás de las barras de bronce ve cosas de hermosa extravagancia, como el corso del año 23 o el Circo Sarrasani, e inclusive el día en que el loco Garbarino ganó de tarro La Fondo de las 12 a Bragado.

MI MADRE ANDABA EN LA LUZ

Delante de mi casa, en un patio de tierra raída, gastada como el género de mi camisa Grafa, en un cantero someramente cercado por ladrillos musgosos, hay una planta de *azalea* que plantó mi madre hace unos doce años. Sus flores de piel violeta tiemblan delicadamente con este ansioso viento de setiembre que levanta, en esta mañana, un fresco olor a terrones, a humo agrio, a pan casero, a húmedas maderas. A partir de esta plantita que ahora flamea en la clara mañana y que mi madre riega todas las tardes, apenas se pone el sol, yo reconstruyo, acaso invento, mi casa.

Detrás del patio está todavía, en la penumbra del corredor de chapas, la bomba de elevación y sobre las paredes encaladas las macetas que colgó mi madre hechas con latas de aceite: cinta argentina, malvones, filodendros y una plantita carnosa de ramitas nacaradas que trajo el Polo de un viaje al norte y que puntualmente para este tiempo echa en las puntas unos ramilletes de plumas rojas. Mi madre los llama *pepitos*, pero ese es más bien el nombre de un pájaro y la verdad que eso parecen. Del tirante que aguanta la armadura del techo cuelga una balanza de platillo y una jaula de alambre con un caburé ojos de gato, pajarito mago de tremenda fama que mi padre compró por 200 pesos a un viajante que lo trajo de Apóstoles, en Misiones. Mi padre, que veía flacos fantasmones por todas partes, que juntó cada peso arañando esta tierra con sus manos, que no conoció ni amó a otra mujer que mi madre, se pasó dos días con sus noches escarbando a esta lechucita para encontrar la mosca mágica que, según dicen, esconde debajo de sus alas. Sólo encontró piojos. Cada tanto volvía a la carga con un par de guantes de badana agujereados en las puntas pero el caburé lo miraba de tal manera, girando la cabeza como la tuerca de un bulón, que siempre terminaba mareado. El caburé, en definitiva, no le dio nada a mi padre pero, con todo, el viejo, más por ostentación que por otra cosa, llevó hasta el final de sus días una pluma de la lechucita en el fieltro del sombrero. Lo enterraron con ese sombrero y con la plumita del ala izquierda del caburé

que no le trajo más salud de la que tenía al natural y menos todavía la más rasposa fortunita ya que el viejo se murió deseando un tractor Ferguson de segunda mano que lo ayudara con la tierra. Ni para eso le dio el cuero. Cualquiera hoy día tiene un tractor y el viejo los debe oír desde abajo trajinando sobre la tierra. Tal vez le baste ahora con eso porque era hombre que se conformaba con poco. Le gustaba lo simple, sentarse debajo del corredor, por ejemplo, y oír el rumor de los pájaros que alborotaban entre los árboles, al caer la tarde, y el trueno lejano del tren que se atropellaba en el horizonte, y el trepidar de la cosechadora que, como un barco, navegaba majestuosamente los cuadros de trigo en diciembre o el golpe de la varilla del molino cuando, como ahora, sopla parejo el viento y la rueda gira a lo loco y, más que nada, el espumoso entrechocar de las hojas del álamo carolina debajo del cual dormía la siesta en el verano, del otro lado del camino, ese viejo álamo que todavía está ahí, como un penacho de cenizas, y se parece en parte a mi padre. Bueno, todo esto a propósito de la jaula que cuelga del travesaño.

La casa, mi casa en el pueblo, tiene por detrás un monte enredado con una huella parda cavada entre los árboles, que son: eucaliptos, álamos mussolini y sauce gigante, un sauce enmarañado de corteza rotosa que en invierno, este tiempo que termina, se pone gris, casi azulado, casi idea. Por ese caminito me internaba yo en mi infancia, iba que iba árbol y pajarito, piel de corteza, piernas de yuyo, buscando esas locas invenciones que duermen en la madera. Hasta el primer alambrado. Ahí estaba el camino de tierra y después, del otro lado, aunque alejado, el álamo carolina que amó mi padre, muy solo, textual, alta madera de ensueños. La casa estaba rodeada de olmos, acacias y paraísos que se poblaban de torcazas y monteras con sus lustrosas levitas de cenizas, dulces pececitos de la tarde. A la caída del sol la punta de estos árboles se inflama con un color anaranjado y el monte se aquieta, se suspende. En medio de esta maraña neblinosa que se dilata como una nube, que se consume como un lento fuego esparciendo el humo oloroso de setiembre, a esta hora, y a consecuencia de los calores prematuros que brotaron en agosto, se advierte y se fija en los ojos con lentitud un pelecho verde. Es la primavera que empuja desde adentro de la madera, apenas una visión, poco más que un presentimiento, porque la noche ya sube desde la tierra y oscurece los árboles, borra los brotes, adormece al monte. El álamo carolina, cuyo penacho anaranjado asoma a la derecha, por encima del techo de chapas, es el último en borrarse. Más bien parece que remontara vuelo y se hundiese en el cielo. El humo de la chimenea lo opaca, lo sacude, lo trae y lo lleva. Tal vez por eso parezca que se reanima. Mi madre, abajo, acaba de echar leña a la cocina económica

que no se fatiga de arder y soplar todo el día. Es una vieja cocina "Carelli", de tres hornallas, fabricada en Venado Tuerto y creo que la casa empezó por ahí, por esta cocina que mi padre trajo en un charret desde Bragado, donde la compró de segunda mano y la montó en medio de un claro, al reparo de un árbol, y después empezó la casa. Mientras siga encendida mi casa vivirá. Mi madre es esa sombra encorvada frente a la cocina. Ha pasado allí gran parte de su vida, desde que mi padre instaló la "Carelli" junto a aquel árbol cuyas raíces deben estar todavía debajo del piso de ladrillos. Yo entro y salgo de mi casa, es decir, de esta cocina que es donde transcurren nuestras vidas, mil veces al día cuando en realidad lo que estoy haciendo es romperme el culo junto a la continua N° 2 de la Papelera del Norte. Es mi forma de ir tirando. Yo sé que en este mismo momento que la continua ronca a todo pulmón arrastrando un blanco y humeante chorro de papel mi casa está ahí, en medio de los árboles. Y así vivo.

Mi madre abre la hornalla y echa una leña. Su cara se enciende con un color rojizo, como los árboles del atardecer, como el álamo que amó mi padre. Sus manos se iluminan hasta el blanco, de un lado, y se oscurecen del otro. Su piel está algo más arrugada, cubiertas de grandes pecas marrones. Mi madre ha envejecido otro poco este invierno. Yo lo veo en sus manos porque su cara sigue siendo la misma para mí. El fuego de la hornalla se la arrebató, inflama el borde de sus pelos y mi madre sonrío. Me sonrío a mí que en este momento, a 200 kilómetros de mi casa, pienso en ella al lado de la continua N° 2. Su rostro se enciende y se apaga como una lámpara en el inmenso galpón, entre bobinas de papel y cilindros relucientes, contra la grúa puente que se desplaza con lentitud sobre nuestras cabezas, mi madre, alta lámpara perpetuamente encendida en mi noche, mi madre. El fuego se reanima y su luz escapa por las rendijas de las hornallas agitando todo el cuarto como un viento secreto. La luz cruzada del sol que declina penetra por la puerta siempre abierta y borra las patas de la mesa de pino, tan vieja como la "Carelli", la misma mesa que nos junta tres veces al día, mi padre en la punta, mi madre del lado de la cocina y de este otro yo y el Polo, mi hermano que se quedó en el pueblo. Sobre esta misma mesa velaron a mi padre. No tiene hule ni mantel. Solamente la madera, blanca de tanto jabón y cepillo, carcomida y tajeada, con los chamuscos de los cigarrillos de mi padre en la punta. Mi madre los fregaba pero se ponían más oscuros. Creo que quedarán ahí para siempre recordándome a mi padre que fumaba negros fuertes y a veces medio Avanti. Así son las cosas. Se vuelven más memoriosas que uno, se vuelven uno. Mi padre era su cuerpo flaco y viejo y unas pocas cosas. Quedan las cosas. La escopeta de un caño, calibre 16, que pende de un clavo en la

pared junto a la puerta, al lado del cuero del gato montes que abatió en el monte. La romana con la escala de bronce. Hay otras cosas que están ahí desde mi infancia, que se confunden con mi historia. El sol de noche que alumbraba nuestra oscuridad hasta que el viejo puso un Villa de dos caballos y medio, la bolsa de galletas que al partirlas inauguraban el día con un tibio olor a trigo y migas, el infaltable almanaque del Almacén de Ramos Generales de Montes y Cía., la fiambarrera con el alambre mil veces remendado y, suspendidas del techo, dos barras de cañas de las que colgaba la factura de cerdo. Chorizos criollos, codeguines, morcillas, jamones, bondiolas, lomo ahumado. En un estante, queso de choncho, una lata de grasa muy blanca y un frasco con el paté que preparaba mi madre en base al hígado, tocino, cognac y especias. En tiempos de mi padre se carneaban dos cerdos de 200 kilos cada uno en la primera quincena de julio, cuando apretaba la escarcha, "donde se hace el menguante", y la casa era una fiesta con grandes ollas hirvientes, buches de caña, jarros de café, mate amargo, chuletas bien tostadas y alguna guitarra. El Polo le daba a la máquina de picar y don Pancho Cejas prestaba mano para la morcilla. Su especialidad eran las morcillas y los cuentos de aparecidos. Murió en el 59 y él mismo empezó a aparecerse ya en el invierno del 60, para julio justo que Américo Agustín Laval lo vio sobre el puente del Salado con el ponchito y la gorra, todo de cuerpo presente, bien verídico. Laval se persignó y don Pancho se hizo transparente, se vino lucecita y hasta chamusco el pasto. Sobre el puente, del lado de Bragado, en la mano del campo de Cirigliano, ahí mismo. Consta. La última vez que se apareció, también en el puente, compareció ante don Ramón Cabral que venía a caballo desde el campo de Arbeleche con un gallo Calcuta debajo del brazo. Fue en marzo del 73. Le dijo a don Ramón que había que votar para intendente al ingeniero Dimarco. Le erró feo por más finado que fuese.

La luz que entra por la puerta se ha acortado, es una ceniza amarilla a ras del suelo. El motor del Fiat que remolca el disco de rastra en el campo de Acuña, detrás del alambrado, ha dejado de arañar el cielo. Es un Fiat 700 de 70 HP como jamás soñó mi padre y lo maneja el Polo que está haciendo barbecho para engordar la tierra antes de sembrar. El Polo trabaja para Ornar Basilio Acuña que se hizo rico en una patada, tiene un cuarto en el hotel Coll de Bragado y no le cortan la cabeza por menos de 500 millones de pesos. Así son las cosas en esta tierra. Ornar tiene la misma edad del Polo pero él, el Polo, mi hermano, nació como mi padre para padecer la tierra. Nada más.

Una bandada de pavos mamut bronceado cruzan por el patio en dirección a una acacia tumbada donde pasarán la noche. Mi madre sale al patio con una

varita de mimbre pues los desgraciados no desaprovechan la ocasionara picotear la azalea.

Los ladridos de unos perros pelotean a lo lejos, por encima del alambrado. Son los perros del Polo que viene cruzando el campo.

Mi madre levanta la vista y todavía más lejos, por encima de los últimos alambrados, por arriba del monte de la estancia de Acuña, detrás inclusive del puente del Salado que desde el patio es apenas una loma pelada, ve una nubecita de polvo que avanza por el medio del camino. Es el "Expreso 25 de Mayo" que, como siempre, llega con retraso.

Mi madre piensa que acaso ahí llego yo. Yo estoy llegando siempre, madre.

La sirena anuncia el final del turno y me largo hacia las puertas entre los flotantes cascos de plástico que se desplazan como un río mientras atrás queda la continua roncando y silbando y el otro turno reemplaza puntualmente al que se marcha. El negro Prieto, que viene por la otra mano, me saluda con el brazo en alto.

Ahora voy hacia la villa en el tambaleante micro que suelta un tornillo a cada barquinazo. Alguno de los muchachos grita y canta todavía porque estos negros tienen un aguante bárbaro. Le pueden estar chupando la sangre con una bomba de diafragma y ellos siguen gritando y cantando. Cantando y gritando mientras corren ruidosamente hacia el montón de mugre en que viven. Los demás duermen debajo de los cascos. Yo pienso que voy llegando a mi casa, en mi pueblo, en una tarde así. Inclusive a través de la ventanilla veo a mi madre que espanta a los pavos, veo el victorioso color de la *azalea* en el patio de mi casa que flamea en la última luz de esta tarde. Veo, por supuesto, al álamo carolina que brilla por encima de las chapas y hasta veo sobre el techo a mi propio padre que mira para el lado de Irala. Un puñado de casitas y tapiales aparece y desaparece entre los árboles. Ese es mi pueblo.

Apareció el molino, a la derecha. Primero el horno de ladrillos, después el campamento de Vialidad y después el molino de La Silvina. En su memoria el campamento por lo general venía después del molino. Ahí estuvo una vez.

Aquí el cielo es ancho y profundo, no un miserable agujero en lo alto de la calle. Hacia el oeste, es decir, hacia Los Toldos más o menos el cielo se emblanquecía sobre un borde rojizo que abrazaba las puntas de los árboles. Por detrás del colectivo, que arrastraba una nube de polvo también rojiza en

lo más alto, la noche remontaba velozmente como un gran pájaro azulado. El expreso montó brevemente la loma del puente y desde esa altura, a través de la ventanilla que chorreaba polvo, vio de una ojeada las grandes praderas que se oscurecían, los montes que despedían azules humaredas de sombras, los palos del alumbrado de Warnes y, en el momento que emprendía la bajada, las breves manchas amarillas de las señales en el paso a nivel. Sintió inclusive el vaho húmedo de los pastos y esa creciente vibración de la tierra cuando llega la noche, aunque esto fuese más bien un anticipo de su memoria.

El molino estaba quieto, el chorro de humo de la chimenea de La Silvina ascendía rectamente.

El ómnibus se tumbó a la izquierda y al final de la curva, después de Los Pumas, asomaron en líneas las señales del paso. En su memoria todo era más lento y más grande. El ómnibus lo dejaba en la vía porque venía con retraso y no bajaba más que él y debía seguir hasta 25 de Mayo, si es que llegaba entero a Bragado y no perdía el motor en alguno de los barquinazos.

Se tanteó la porra con sus dedos machucados, luego se deslizó a lo largo del pasillo sosteniendo en alto la valija de cartón con el zuncho de lata que era lo único que volvía al pueblo, aparte de él mismo, se entiende.

El expreso se detuvo entre las vías, negro y tembloroso. "¡Uarnes!" gritó el gallego como quien dice mierda, pero nadie se dio por enterado, salvo un punto que se quitó el sombrero que le cubría la cara y miró hacia la derecha, donde sólo estaba el campo pelado. El pueblo quedaba a la izquierda, detrás de los árboles que bordean la vía, pero había que ir hasta ahí para comprobarlo.

Se volvió con un pie en el aire y sonrió por encima del hombro a los tipos que seguían viaje. El nunca pasó de Bragado pero algunos de aquellos tipos iban hasta 25, o, desde allí, a Islas, Mosconi, Huetel, Monteverde, todos esos nombres. "¡El paquete!", gritó uno de los tipos. Le alcanzaron el paquete y saltó. Trató de agradecer y de saludar al mismo tiempo y levantó una mano hacia una fila de rostros que se embalaron a través de los vidrios.

Encendió un cigarrillo y embocó, liviano de piernas, el camino de acceso entre los altos y temblorosos eucaliptos que ahora brillaban con la húmeda claridad del atardecer y las vías del Sarmiento. El ruido que traía en la cabeza le fue saliendo despacio y a medida que le salía el ruido le entraba el pueblo. Ahora que oía verdaderamente el golpe de sus pasos sobre la

tierra pelada se le hacía que estaba volviendo del Salado a donde había ido a cazar patos crestones o a pescar tarariras. El ronquido del motor del expreso se fue apagando detrás de su cabeza en un amplio círculo que apuntaba a Bragado y en tanto se apagaba y por fin se perdió empezó a sentir entre paso y paso el rumor que brotaba de los pastos, ese punzante chirriar de la tierra cuando llega la noche, el cloqueo de sapos y ranitas y, a lo lejos, el ronquido de un tractor.

Las primeras casas aparecieron en un tajo de luz con las paredes de ladrillos que se borraban contra la claridad del ocaso. El galpón de la estación echaba gruesos resplandores como si ardiera por todos los lados. Por encima de los techos divisó el remate de los silos del almacén de Montes. Bueno, ahí estaba. "Este sorete es mi pueblo", pensó. ¿Qué dirían los muchachos de la Papelera si lo viesan? Pues casi todos ellos han salido de un agujero igual y cuando hablan del mundo más o menos piensan en él.

Atravesó la calle en dirección al almacén del viejo Pampín. Aparte de un letrero con una pareja de taraditos que se zampaban una botella de Coca-Cola nada había cambiado, por lo que recordaba. La vidriera seguía con la persiana bajada desde que el negro González le partió el vidrio con una bola de billar y las paredes de ladrillo parecían como que se fuesen consumiendo a la vista, deshaciéndose en blandos terrones de barro cocido.

El salón estaba vacío. Tampoco había cambiado gran cosa. La mesa de billar a la que el mismo negro le había roto el paño al pifiar una bola seguía cubierta por hojas de papel de diario. Sobre el mostrador oscuro estaban, de un lado, los botellones con caramelos y, del otro, la balanza de dos platos y la vitrina con velas, agujas, ovillos de hilo, broches, hebillas y cordones para zapatos, igual que en su infancia. La heladera de hielo con las puertas vencidas y grandes herrajes de bronce hacía tiempo que servía de armario. En su época fue un motivo de orgullo para el viejo Pampín y un signo del progreso de Warnes. Ahora estaba cubierta por el mismo polvo marrón de la calle que coloreaba los bordes de los estantes, la repisa con las lámparas de querosene, las mesas quemadas y machucadas y su propia ropa. El alto techo con ladrillos de 30 y vigas de pinotea se perdía en la penumbra de la que colgaban como grandes arañas los faroles de mantilla sujetos a unos ganchos de alambre y unas ramas secas para atrapar a las moscas. Debajo del reloj de péndulo seguían colgando los ovillos de hilo choricero, el estante con alpargatas y el cencerro que el viejo usaba para tocar a rebato cuando se armaba una podrida. Al lado de la heladera a querosene que había reemplazado a la de hielo el piso estaba sembrado de esqueletos de vino y botellas vacías. Había un almanaque de la acreditada casa de don

Alfonso S. Ferro e hijo, artículos rurales, mangas, tranqueras, reparación de máquinas agrícolas, colocación de aguadas en general con un paisaje de las sierras de Córdoba que no tenía un pito que ver con Warnes ni con cosa alguna a 300 kilómetros a la redonda y un molino de viento en negro proveniente de un viejo y carcomido clisé de la imprenta Castillo y López de Chacabuco. De la pared opuesta a la puerta colgaba todavía un espejo de Cinzano salpicado de cagaditas de mosca que se había salvado milagrosamente de los bochazos y las broncas.

Un rostro blanco y pelusiento emergió lentamente por detrás del mostrador. Era el viejo Pampín en persona que subía del sótano al cual había caído en un descuido algunos años atrás porque la tapa estaba justo detrás del mostrador y a veces la dejaba abierta y así fue que yendo de la balanza a los botellones de caramelos desapareció como por arte de encantamiento y hubo que extraerlo con un aparejo. Tenía la cara más chupada y algo gris pero en resumen era el mismo Pampín de siempre. Apretó los ojos detrás de los vidrios de sus anteojos de metal y repasó cuidadosamente el salón porque no veía una breva más allá del largo de su brazo.

—¡Hola, don Ramón! —dijo él desde la mesa de billar, pero el viejo, que le apuntaba con una oreja, no reconoció su voz, de manera que sonrió vagamente a las sombras del salón y estiró aún más el cogote.

El dio unos pasos hacia el mostrador y cuando entró en foco el viejo rió brevemente con su risita de ratón.

—Pedro... —dijo con cautela, y quedó con la boca abierta.

El sacudió la cabeza despreocupadamente y se acercó otro poco.

—¡Pedrito!

Dejó la valija, se acomodó el saco de carnero gamuzado, 1350 pesos ley en cómodas cuotas a sola firma, y le alargó la mano de costado. El viejo, que no era un hombre de mundo, la tomó entre las suyas, flacas y duras como ramitas, y la estuvo sacudiendo un rato sin decir palabra.

La verdad que no se parecía del todo a don Ramón Pampín. La carne se le había corrido hacia abajo, como si el viejo, el verdadero, se hubiese encogido por dentro de manera que la piel, salpicada de manchas, le colgaba de los huesos. En su memoria este viejo de ahora se superponía al primer Pampín, que empezó repartiendo pan con una jardinera, e inclusive al don Ramón Pampín que no llegó a conocer sino que inventó a partir de

su padre, el cual lo conoció cuando llegó de España en 1911 y se enterró en ese agujero, nació en cierto modo y creció con el pueblo. Era de Santa Eugenia de Fao, ayuntamiento de Touro, partido judicial de Arzúa, Provincia de la Coruña, lo cual repetía siempre cuando comenzaba a contar cualquier historia, como si todo, aun Warnes, el ferrocarril Sarmiento, el almacén de Montes y el Club Sportivo y Recreativo hubiesen empezado por ahí. Naturalmente, su época de esplendor coincidió con la del pueblo. El ya recordaba ese tiempo como propio y a menudo aquel era su pueblo más que este de ahora, deshabitado y polvoriento. Recordaba las calles, las únicas dos que había, una a cada lado de la vía, cruzadas por sulkis, charrés, tractores y automóviles, sobre todo para el tiempo de las cosechas, las farras prolongadas en el boliche del viejo o en el Club Ferrocarril Oeste, cuando bajaban las mejores orquestas de Bragado y Chacabuco y aun de Junín y la plata saltaba de la tierra a los bolsillos y de los bolsillos a un lado y otro de la vía, por todos los ruidosos boliches, bailantas y quermeses. Todo eso terminó cuando Onganía suprimió la prórroga de arrendamientos y los chacareros se fueron por los caminos y la tierra volvió a manos de unos pocos estancieros y por aquellos caminos vino la tristeza, más polvo y el olvido. De todo eso saben estas paredes que ahora callan y se desmoronan debajo del sol. Y el viejo Pampín que lo mira con sus ojos legañosos y posiblemente ve en él un testimonio de toda esa mufosa vejez. Porque él es su padre que murió y su madre que envejeció y él mismo que se marchó pues aquí la tierra no daba para todos, el pueblo se había achicado y los que nacían era para irse tarde o temprano.

De golpe el viejo Pampín lo atrajo por encima del mostrador y lo besó en la cara, igual que su viejo o el Polo. Esto era muy de don Ramón Pampín. Olía a carne ahumada.

El ruido atrajo a la mujer, doña Rosa, que asomó la cabeza, blanca como una aparición, por la puertita debajo del cuadro con la foto desvanecida del padre y la hermana del viejo que desde aquella pared habían visto desfilarse por el mostrador a todo Warnes sin haber salido de la Coruña.

—Es Pedro, el hijo de Seretti —dijo el viejo sin soltarlo.

Por lo general le decían "el loco Seretti", no a él sino a su padre. La mujer comenzó a sacudir la cabeza y a arrugar la cara porque era muy nerviosa y el viejo, cuando andaba repartiendo pan con la jardinera, la había sacado del medio del monte, como quien dice. Ella se parecía a lo que había sido en aquel tiempo, antes de irse, porque ya entonces estaba seca.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó Pampín, como si no viera la valija.

—Acabo de bajar del expreso. Me dejó en el cruce.

—¿Te acordás, Rosa? Seretti.

La mujer sacudió más fuerte la cabeza.

—¿Qué vas a tomar, hijo?

—Un Séptimo Regimiento —dijo él con soltura.

El viejo casi se cae de culo.

—¿Qué es eso?

El Pedro no sabía muy bien lo que era pero le pareció distinguido. Lo había oído en la tele, en "Dos tipos audaces". Roger Moore entraba con una rubia de la gran puta en un garito de la Jamaica y pedía un Séptimo Regimiento. En realidad, era una contraseña para hacer contacto con un conde italiano que en apariencia andaba en el negocio de la bauxita porque lo cierto es que era un agente de una central de espías norteamericanos que estaba metido en el balurdo de la *yerba*. ¡Esa sí que era vida!

Aprovechó que el viejo lo había soltado para sacar los cigarrillos con lo que a un mismo tiempo tuvo ocasión de mostrar el anillo de plata con una piedra de plástico, que parecía un transmisor secreto y le había costado casi una quincena, y la camisa estampada a rayas. Convidó un cigarrillo al viejo que alargó la zarpa con avidez. El cigarrillo saltó de la caja por sí solo y el viejo paró la mano a mitad de camino.

—¿Y eso? —preguntó excitado. Le había aparecido algo del antiguo don Ramón Pampín.

Pedro comenzó a disparar un cigarrillo tras otro. En resumen, era una caja de plástico con un resorte. La había cambiado por una corbata pintada a mano. La corbata, aunque norteamericana legítima, era vieja y bastante grasa y él la usó hasta aburrirse. En cualquier caso, aquel trasto daba para más.

—Las cosas que hacen hoy día —dijo el viejo realmente impresionado.

El Pedro le pasó la caja. Después de examinarla en detalle y de disparar unos cuantos cigarrillos, Pampín sirvió dos copitas de caña Legui, que era lo más distinguido que se le podía ocurrir.

El viejo preguntó cómo le iban las cosas por la capital y él dijo que si se lo proponía le iban bien en cualquier parte. Para ser franco, la capital lo aburría un poco. A la tercera copita el viejo se puso sentimental y comenzó a hablar del loco Seretti. La cara se le había oscurecido otro poco y la nariz, cruzada de venitas, se le empezó a enrojecer. El Pedro miró de reojo la tapa del sótano, que había quedado abierta, y pensó que con otra copa el viejo se zampaba adentro otra vez. Aquella caña quemada era como tragar un puñado de azúcar. Una bebida para velorios.

Estaba esperando el momento de meter una frase y salir de allí cuando la puertita se hizo a un lado y por detrás de la vieja, que seguía sacudiendo la cabeza, apareció una hembra blanca como la leche, los cachetes cubiertos de pecas, con dos bultitos debajo del vestido y una madeja de pelos colorados que lo miró a la cara y bajó los ojos, y de golpe se olvidó hasta del nombre.

—Carmen, este es Pedro Seretti. ¿Te acordás? —dijo el viejo.

La chica negó con la cabeza, sin levantar los ojos.

—Iban juntos al colegio —insistió el viejo en un tono lastimero.

El Pedro recordó borrosamente un camino polvoriento y una cabeza de pasto que trotaba a su lado.

La chica sonrió para el suelo y agachó la cabeza otro poco con lo que los bultitos aumentaron el tamaño.

Pampín mencionó unas cuantas cosas a propósito de la Escuela Bartolomé Mitre, que quedaba dos cuadras más allá, en la misma calle, que era la única, por otra parte, pero el Pedro apenas lo escuchaba. La chica lo volvió a mirar y entonces aprovechó el momento para disparar un cigarrillo. Ella bajó la cabeza rápidamente y se rió con todo el cuerpo. Después salió atropellando a la vieja que quiso pasar por la puerta al mismo tiempo.

Pedro dejó la copita y se apartó del mostrador. Ya que lo había hecho aprovechó para despedirse.

—¿Cuánto te vas a quedar?

—Un par de días.

El viejo Pampín lo acompañó hasta la puerta y antes de salir lo tomó por los hombros y lo miró largamente a los ojos con su cara de trapo echada a

un lado.

—Pedrito Seretti, ¿quién iba a decir...?

Hacía mucho tiempo que no oía su nombre todo entero.

Siguió hasta el final de la calle, que era una canaleta de sombras, y un poco antes de la viuda Barrasa dobló a la izquierda por un caminito entre los yuyos que empezaba a humedecerse, silbando bajito "Melón amarillo".

Al fondo de este caminito, contra el mero cielo que se hinchaba de sombras vio la casa y el corazón le dio un puñetazo. "Esta es mi casa —se dijo—. Donde quiera que viva." Y apuró el paso.

Por encima del techo de chapas vio brillar a lo lejos el penacho anaranjado del álamo carolina que se hundía lentamente en el cielo como un barrilete. Era su claro punto de referencia mientras hubiese luz, esa limpia y perfumada claridad de los campos.

Antes de entrar se detuvo un rato junto a la cerca que estaba medio tumbada sobre la zanja. Un chorro de humo brotaba derechamente por la boca de la chimenea y eso daba a la casa un poco de vida. La planta de azalea flotaba como un trapo violeta en medio del cantero de ladrillos. Su madre, por lo visto, le había removido la tierra alrededor ahora que se venía la primavera y probablemente le mezclase un poco de abono. Debajo de la galería colgaba todavía la balanza de platillo pero no vio la jaula con el caburé. Grandes crestas de cal desprendidas de las paredes dejaban al descubierto el barro reseco y agrietado. La casa en su conjunto más bien estaba hecha una ruina pero había un camino tendido en su corazón que apuntaba rectamente hacia ella y lo que él veía, con otros ojos, era bien distinto. A decir verdad, ya era una ruina cuando vivía el viejo, que se pasaba la mitad del tiempo arreglando el techo, construido con chapas de segundo clavo, y al final se le dio por quedarse arriba porque desde allí se veía todo diferente y hasta una vez la obligó a subir a la pobre vieja. De ahí le vino en parte lo de loco Seretti. Uno pasaba por el camino y ya de lejos lo veía parado sobre la casa como un espantapájaros. La Angelita Tesorieri puso el grito en el cielo el día que el viejo vio desde arriba cómo se la culeaba el morocho Villafañe, el viajante de la tienda Galli, de Chacabuco, detrás del galpón de los Medina. El viejo no vio nada de facto porque miraba simplemente para Irala, pero la Angelita empezó a joder con que andaba de bombero metiéndose en lo ajeno. El viejo, cuando se enteró, dijo, por todo comentario, que él era tan dueño de andar por el techo de su casa como la Angelita de que le rompieran el ajeno cuantas veces quisiera.

El viejo era un demócrata en toda la línea. Lo cual no le sirvió de nada, pues se murió sin el Ferguson y sin un metro más de tierra que el lote que le dejó el abuelo, el cual fue demócrata conservador igual que él. Cuando Perón les dio la tierra a los colonos, y así algunos muertos de hambre de entonces son los bacanes de ahora, y, por lo que importaba al viejo entonces, los tamberos pasaron, en el 46, de tirar la teta a 25 el jornal a 45 pesos, su padre vio que la mano venía de otro lado pero igual siguió votando las boletas del partido Demócrata Conservador, de puro terco. En una ocasión el intendente Francisco Ibarra, alias Pancho La Burra, le prometió un crédito para el Ferguson, antes de las elecciones, se entiende, pero después no vio nunca más al intendente ni por supuesto al tractor, aunque las boletas seguían llegando por correo puntualmente cada vez que había que votar. Más o menos, fue la única correspondencia que recibió en su vida. En fin, siempre que pensaba en la casa la pensaba con el viejo encima. En todo el tiempo que estuvo afuera la casa creció en su cabeza y era una casa fuerte y segura como un gran árbol plantado en medio del campo. Su padre estaba acurrucado encima, el Polo corría por el patio y su madre asomaba la cabeza por la puerta de la cocina atraída por los ladridos de los perros que se atropellaban hacia la entrada. A veces no veía a su padre pero divisaba, igual que ahora, el penacho del álamo carolina que sobresalía por detrás y era como verlo a él. Entonces el Polo ya era lo que es hoy, un hombre grande y silencioso. Estaba sentado debajo de la galería con los perros echados alrededor, en el mismo lugar donde se sentaba su padre cuando volvía del campo o del tambo de los Cirigliano. El Polo tenía los mismos rasgos de su padre y su misma madera y posiblemente iba a terminar como él, sudando y escarbando para otro, contento con probar una sembradora combinada nueva de 5, surcos con adicionales para aporcar y escardillar, sistema semi-lister, no importa que no fuese suya. El amaba la tierra sin tomar en cuenta los alambrados. Era una sola y ancha y fecunda tierra y bastaba con subirse al techo de la casa para mirarla a la puesta del sol, por ejemplo, y darse cuenta que le pertenecía a uno hasta donde alcanzaba la vista, y aun más allá hasta donde daba el mundo, con un hambre y una propiedad distinta que no reconocían más cercos o alambrados que los que fijara uno en su corazón.

Sea como fuese, la casa de aquellos tiempos era lo que él veía realmente, no sólo en su memoria mientras sudaba como un caballo al lado de la continua N° 2 de la Papelera del Norte, que tampoco era de él, por supuesto, sino ahora mismo que la tenía delante.

Un perro viejo alzó la cabeza y trotó hacia él como si tirara de una piedra. Le olió una pierna y lo acompañó hasta la puerta de la cocina. Al pasar

junto a la azalea, que era por donde empezaba todo, rozó con la punta áspera de sus dedos la piel violácea de una de las flores y sintió que el secreto temblor de la planta le entraba en todo el cuerpo.

La vieja estaba sentada frente a la cocina "Carelli" con un cacharro sobre las rodillas. Levantó la cabeza y miró hacia la sombra que le había tapado la luz de la puerta. El fuego de la hornalla coloreaba la punta de sus cabellos como el sol el alto penacho del álamo carolina. El resto de su cuerpo era un flaco hueco de sombras.

Se puso de pie en silencio, sin sobresalto, y se acercó despacio con los ojos muy abiertos.

Alargó una mano y le tocó la cara.

—Pedro —dijo por lo bajo.

El Pedro tragó saliva.

—Pedro, hijo.

El Pedro dejó la valija en el suelo y la abrazó con torpeza. Era un manojito de huesos que temblaba entre sus brazos como una rama. Sin embargo ese poquito de mujer los había sostenido en alto, ella sola; porque no hubo golpe que la echara abajo cuando hacía rato que ellos rodaban por el suelo.

—No es para llorar —dijo él.

Ella se separó un poco.

—Estás más flaco.

—Estoy bien.

Se miraron en silencio un buen rato. Ninguno de los dos sabía qué decir.

Se miraban y sonreían y él estaba de pie en la puerta de su casa como un forastero cualquiera.

El Polo llegó cuando no había más luz. Lo saludó y lo besó en la oscuridad y después, como era corto de palabra, fue y arrancó el Villa y prendió la luz que llegó boqueando a través de la bombita oscurecida por el humo de la "Carelli". También él estaba más flaco y algo canoso, lo que, por suerte, dio pie a un par de bromas. Se parecía cada vez más a su padre. Debajo de los ojos tenía dos manchas de polvo. Llevaba, como siempre, una camisa

raída, unas bombachas batarazas sujetas por una faja cubierta igualmente de polvo en los pliegues y un par de alpargatas desflecadas.

La última vez que lo vio fue desde la ventanilla del expreso, al pegar la curva. Corría y saltaba al costado del expreso. Los perros lo seguían de atropellada. Al fin quedó atrás y levantó una mano antes de que se lo tragara el camino. Por cierto que aquel camino se había llevado unas cuantas cosas. Si se ponía del lado de la casa, tenía que pensar que a él mismo se lo había llevado.

La vieja preparó el mate y el Polo trajo galleta del campo y unos chorizos. Don Pancho Cejas antes de finar les había enseñado a conservarlos frescos dentro de un cajón cubierto de maíz en grano. El abrió la valija de cartón y sacó los regalos. Había pateado de un negocio a otro contando los mangos y comparando los precios: En cada vidriera veía colgadas entre los trapos esas mismas caras que ahora tenía delante, con ese gesto o marca de resignación que posiblemente el Polo y la vieja estarían viendo en ese momento sobre su propio rostro, mientras pensaban que las cosas le habían ido mejor que a ellos, no que le habían ido, simplemente.

Sostuvo delante de su madre un batón pirineo con las solapas y los puños bordados con flores de crisantemo en hilo matelasé.

La vieja movió la cabeza en señal de reproche y él dijo, espiando su rostro flaco y descolorido por encima del batón:

—Para mi flor.

—¡Este hijo! —dijo ella juntando las manos.

Y volvió a tocarle la cara como si no terminara de reconocerlo.

El Pedro desvió la mirada, metió la mano en la valija y sacó una cajita de cuero con un par de botones relucientes que alcanzó al Polo.

—No se me ocurrió otra cosa —dijo con naturalidad.

La verdad que le había costado sus buenos 15 mil mangos. Por suerte era bastante impresionante. Una Super Chatarra Mod. 2700 TR 8, Alta Fidelidad, Gran Lujo, con audífono y todo. El audífono parecía un supositorio y la voz salía por allí puntiaguda, tan secreta, cordoncito milagrero que lo ataba a uno al mundo. Después de examinar la caja en detalle el Polo giró uno de los botones y desde su áspera mano salieron gritando Los Iracundos, que cantaban esa dulce chotera "Porque no vale la

pena".

El Pedro se puso a sacudir la cabeza y a patear el suelo con sus zapatos de plataforma y cuero repujado, a tres colores, que al Polo le hicieron abrir tamaños ojos. El Polo los señaló y rió con fuerza. En términos generales, para él, que había recorrido el equivalente del mundo en alpargatas, era calzado de puto. La vieja volvió a decir "Este hijo". A él le pareció que el viejo reía también desde el techo.

La vieja se puso el batón para darle el gusto. Le quedaba un poco grande pero los crisantemos, a pesar de la luz rasposa de la lamparita, brillaban como si estuviesen cubiertos por el rocío igual que una mañana de invierno. Su madre amaba a los pájaros y las flores y junto a la cerca tenía un cantero de crisantemos, esa flor que brota a fines del otoño y alegra al pálido tiempo de la espera, cuando la tierra se duerme, el monte se seca y el álamo carolina es un alto manojito de ramas.

El Polo bajó la radio y mientras el Pedro picaba de aquel sabroso salame, que tenía mezclada carne de potranca a la de cerdo, se preguntaron y respondieron cosas sin que en ningún momento llegaran a conversar como se entiende por lo general. A ratos se miraban en silencio y reían de esa manera lastimosa. Entonces el Pedro preguntaba por alguien que se había ido o, lo que es lo mismo, se había muerto.

El Polo hizo un esfuerzo y le preguntó cómo le iban las cosas. El dijo que bien, naturalmente. ¿De qué otra forma le podían ir? Hizo saltar un cigarrillo y al Polo se le torcieron los ojos. Hasta había tenido oportunidad de echar un párrafo con Néstor Leonel Scotta, el goleador de Racing, y como el Polo lo mirase como si fuese un aparecido, reprodujo como parte de aquella famosa conversación algo que leyó en la revista *Goles*. Por ejemplo, y a título ya de confidencia después de un par de Séptimo Regimiento, Scotta le confesó que le hacía falta pensar un poco más dentro del área. No atorarse, fundamentalmente cuando el arquero salía a taparlo. Había malogrado una punta de oportunidades por el apuro en resolver, le dijo textual Néstor Scotta, pasándole un brazo por los hombros como si fuese el propio Pizzutti. ¡Gran tipo el Néstor!

El Polo sacudía la cabeza y miraba el aire y de vez en cuando decía "¡La puta!".

—¿Y a vos cómo te va? —preguntó por fuerza el Pedro.

El Polo se encogió de hombros como un desgraciado.

—Y... siempre lo mismo. ¿Qué te parece? Se siembra trigo y a los 20 días sale trigo. Se siembra maíz y a los 10 días sale maíz. Hasta ahora nunca salió otra cosa.

Rieron de arrastre.

El Polo contó que ese año habían sembrado un sorgo híbrido forrajero, de gran valor nutritivo y velocidad de crecimiento, tanto que a los 45 días de la siembra ya se podía iniciar el pastoreo, un rinde de 100 toneladas de forraje verde por hectárea, alta calidad de rebrote, firme al pisoteo. Del sorgo pasó, igual que si hablara de fútbol o de hembras, al maíz híbrido doble Continental Gigante, de granos grandes y colorados y un marlo blanco y fino, talludo, es decir, de gran resistencia al vuelco y fuerte arraigue. El Pedro conocía muy bien esa sanata. La partitura cambiaba en algún detalle pero era siempre la misma. Su padre hablaba todo el tiempo de las mismas cosas. La boca y las orejas se le florecían de espigas y mazorcas sin que la bondad de los sembrados necesariamente los alcanzara a ellos, al Polo, a don Pancho Cejas, a Américo Laval, a su padre, que ahora era una semilla plantada en la tierra y que tal vez algún día, de puro obstinado, diese una planta de maíz, por ejemplo, con un tallo de 2,20 por lo menos y una espiga bien granada cubierta por un ponchito de chala muy abrigado, una planta que diese que hablar desde Chacabuco a Bragado y a la que la vieja le pusiese un nombre como *pepitos*.

El Polo, que se había dado manija para rato, hablaba ahora de un nuevo silo rodante, con la noria plegable, que Acuña había comprado en 25 de Mayo, con capacidad por arriba de las mil bolsas y 45 TT hora. Hablaba como si fuese de él y como si el silo, a su vez, fuese un Chevrolet con dos carburadores, palanca al piso, llantas de magnesio y cubiertas "Cinturato".

La vieja, que había salido un rato antes, volvió a entrar con una gallina colgando del brazo. La vieja hacía un puchero de gallina sobre la base del puchero a la española, esto es, con chorizos criollos, morcilla, porotos y garbanzos, dos patitas de cerdo lavadas y algunos trozos de panceta. La sola idea lo hacía a uno sentirse bien. Al Pedro se le hizo que dentro de un rato su padre bajaría del techo y se sentaría en la punta de la mesa quemada por los cigarrillos. A partir de ese pucherito de la vieja, aquella casa recobraría su exacto lugar en el mundo y ya no sería necesario moverse más de ahí, podría quedarse pegado a aquella tierra para siempre, como la planta de azalea o el álamo carolina, y no decir otra vez adiós y volver a romperse el culo al lado de la continua N° 2, ¿para qué?

¿Para usar zapatos de taco alto y hablar con Néstor Scotta y morir de tristeza cada vez que se ve un árbol florecido?

A la mañana siguiente volvió al almacén y estuvo con los muchachos. Eran y no eran los mismos. El Cacho estaba completamente pelado, Campodónico usaba anteojos y el Tulio era un barrilito de grasa. Pero había otra cosa que los separaba, además de la facha. Algunos, por supuesto, se habían ido como él. Roque, Paco, Elorde.

—¿Cómo se llamaba el flaco aquel?

—Parodi, el flaco Parodi.

—¿Qué se hizo?

—Se fue.

—Era un buen medio campista.

—¿Un qué?

—Un coso... un patadura —explicó Campodónico driblando una pelota imaginaria.

—No, ese era Albello.

—¿Albello...? ¡Ah, sí!

—Se fue.

Así estuvieron un buen rato, recordando nombres, sucesos de la infancia, riendo exageradamente por nada hasta que les empezó a doler la cara. El Pedro volvió a contar lo de Néstor Leonel Scotta, primero en la tabla de "scorers" de su zona.

—Según me dijo, se le da mejor en los campeonatos nacionales que en el Metropolitano. No sé por qué, me dijo. Yo me pregunto lo mismo, le dije. En una palabra, estuvimos de acuerdo.

Campodónico revoleó los ojos detrás de los lentes y el Cacho sacudió la cabeza muy impresionado. El Pedro cada tanto flexionaba las piernas y subía o bajaba con ostentación el cierre de la McGregor de fibra poliéster que le había costado otra quincena. El viejo Pampín, que aprobaba todo con su risita de ratón, sirvió en una de las polvorientas mesitas unas copas de Amargo Serrano, a base de carqueja, vira-vira, zarzaparrilla, poleo, paico y

tomillo que tenía gusto a remedio, con algunas rodajas de panceta arrollada, trozos de longaniza calabresa, aceitunas y maníes con cáscara. El Pedro, sintiéndose Charles Bronson, pidió un vaso de ginebra con un corte de bitter, algo francamente repulsivo pero que le pareció distinguido para aquellos grasas. Pampín puso cara de desconcierto pero lo sirvió de todas maneras.

El Pedro se acomodaba la porra a cada rato o miraba el reloj digital que compró en una casa de remates en San Fernando y de paso miraba para la puertita al costado del mostrador, debajo de la fotografía, pero la Carmen no se hizo ver en todo ese tiempo. Alguien preguntó si pensaba ir al baile en el Club Sportivo y Recreativo y él dijo que había venido a descansar, a menos que valiera realmente la pena, porque estaba un poco cansado con la vida loca de la ciudad.

—Ustedes saben...

Campodónico guiñó un ojo con picardía pero ellos, naturalmente, no sabían un corno. Bueno, se zampó la copa de golpe y sintió que una bola de fuego bajaba aullando por sus tripas y le borraba la mitad del cuerpo.

Vuelta a cambiarse. Esta vez se puso el saco de hilo blanco con bieses azules en el cuello solapa que había comprado de ocasión en una feria americana por una falla en la tela. Le quedaba uno o dos números más grande pero fue una suerte porque ahora justamente estaba de moda el estilo "el finado era más grande".

Cuando llegó al baile hacía un par de horas que había comenzado porque sólo a un grasa y a los Pavese, que todavía no pudieron casar a la menor, se les ocurre llegar al comienzo. Era un baile de rompe y raja. Habían traído de Chacabuco al Trío Real de Tangos con la voz de Obdulio Quiroga y la característica "Los Caballeros del Trópico", esto es, "Las Momias del Trópico", que hacían jazz, tropical, melódico y, sobre todo, ruido, con la voz de Pelusa Bonavetti, el hijo del taño Bonavetti, que se sacudía como una loca sobre todo cuando cantaba "Dame el fuego de tu amor" en el mismo estilo barriga de Sandro. La salvación estaba en las "selectas grabaciones", aunque no confiaba en el gusto de aquellos campesinos. En fin, lo importante eran las hembritas.

Antes de entrar se acomodó el envoltorio y se repasó los zapatos con una hoja de diario. Era una linda noche y allá a lo lejos, del otro lado de la vía, brillaba una luz en su casa. Percibió, como un gran cuerpo dormido en la oscuridad, el olor húmedo de los pastos y los árboles y esa gran respiración

de la tierra. Y de pronto, vaya a saber por qué, le sintió a las cosas el mismo gusto de antes, a los blancos tapiales que colgaban en la claridad espectral que manaba de los altos faroles de mercurio, al galpón de la estación de la exacta medida de su infancia, al viejo Club Sportivo y Recreativo, a la ancha calle de tierra, inclusive al Trío Real de Tangos que en ese momento rascaba "Nube de Humo", a toda esa vejez, y cuando encaró la entrada era como si no se hubiese marchado todavía y el mundo fuera del tamaño de su pueblo.

Hizo una entrada a lo Belmondo. Se paró en la puerta con las piernas abiertas, miró a la chusma con cara de agente secreto y se apretó la cintura con los brazos, ladeando el cuerpo como un peso welter. Un gesto muy fino, dentro de todo. Hasta el gallego Pinol, que dirigía el Trío Real y que, según las malas lenguas, era un trío por la sencilla razón de que dos lo sostenían y él tocaba "Desde el alma", por ejemplo, se volvió para mirarlo. Porque seguramente era el gallego Pinol aquel carcamán con cara de reblandecido y tres pelos locos que iban y venían sobre su cabeza como un camino de cornisa, fuertemente adheridos a la pelada con una crosta de tragacanto. Saludó en general con un brazo en alto pero casi se cae de culo cuando divisó a la Carmen en medio de la pista con un par de Lee que parecían más bien pintados sobre sus poderosos cuartos traseros y una polera de punto morley que le hinchaba los paragolpes como si de un momento a otro fuesen a saltar ellos mismos a la pista. ¡Mamita!

Desde aquel preciso momento no vio más nada, solamente esos dos pichones que se caían del nido y estaban esperando un par de manos que los sostuvieran. Hacia allí apuntó resueltamente sus pasos aunque esto es sólo una frase porque aquellas criaturas lo arrastraron como un imán a través del salón y si Campodónico no se hace a un lado lo tira por el suelo.

Bailaron toda la noche y la verdad que estuvo inspirado. No sólo él, sino el gallego Pinol y "Los Caballeros del Trópico" que parecían haber resucitado de sus cenizas. El viejo Pampín y la mujer estaban sentados en un rincón. La mujer revoleaba los ojos como si el galpón se le fuera a caer encima de un momento a otro pero el viejo sonreía con cara de infeliz. Vaya uno a saber qué es lo que veía realmente a través de sus ojos legañosos y los lentes mellados. Mientras saltaba y se retorció como un gato en celo, el Pedro se decía para adentro "¡Qué se le va a hacer!". Es que saltaba y se movía casi a su pesar, como un borracho, y cuando Los Caballeros tocaron "Dame el fuego de tu amor" y la loca Pelusa se retorció como si fuese a poner un huevo perdió la cabeza del todo. "Dame el fuego, dame, dame el fuego", mugía el Pelusa echando el culito para un lado y otro y la verdad

que eso de que "soy un viento que no tiene rumbo" y "una ceniza que nadie recoge" era una idea profunda que tenía que ver con cierta desgracia del Pedro que no estaba muy clara y que, entre salto y salto, asociaba porfiadamente con la imagen de su viejo sobre el techo de chapas.

En el tutti final el Pedro se puso a aullar "Dame el fuego, dame, dame, dame el fuego", sin sacar los ojos de los dos pichones que saltaban al mismo ritmo y que sin duda eran un fuerte motivo de combustión. La Carmen se reía y bajaba los ojos pero no dejaba de mover el cuerpo, sólo que lo hacía de una manera subterránea moviendo lo justo cada parte. Cuando pasaron los discos, el Pedro se calmó un poco porque tocaron "Solitario", por la orquesta de Lafayette, y eso lo ponía nostálgico, pero al rato "Las Cuatro Estaciones" cantaban a grito pelado "Vueltas y Vueltas" y, aunque el disco ya estaba un poco pasado, se enloqueció por completo. El galpón, las luces y aquellos saludables organismos que saltaban y se sofocaban a su alrededor empezaron a girar cada vez más ligero y el aire se volvió de fuego. La Carmen lo miraba ahora a los ojos todo el tiempo mientras empujaba con los dos bultitos y él saltaba cada vez más alto como si estuviera hecho enteramente de goma, golpeando las manos y haciendo sonar los deditos. ¡Qué noche!

Aprovechó una pausa y salió a respirar el aire húmedo de la madrugada. La alta marea de la noche lo envolvió con sus sombras empapadas por el relente. De los pastos y zanjones brotaban esas hipnóticas vibraciones que son como el pulso de la tierra y que él escuchaba desvelado en el catre que la vieja le armaba en la cocina junto al rescoldo de la "Carelli". La cabeza le daba vueltas y no veía muy bien dónde ponía los pies pero, con todo, antes de entrar, pensó "El viejo debe estar volviendo del Salado", a donde iba a pescar en este tiempo a la encandilada con el sol de noche.

Cambió el agua, contó los pesos que le quedaban y entró.

Volvía silbando bajito "Yo quiero a Lola", liviano como una pluma aunque con un ligero dolor entre las piernas provocado por aquel festival de belín duro, cuando vio una figura que se despegababa del tapial del almacén y sin dejar de caminar, apenas se desvió hacia el cordón de la vereda, bastante más alto que la calzada, hacia el copudo plátano que se hinchaba de sombras por encima de su cabeza, alargó las manos y avanzó derechamente en la oscuridad.

No se dijeron una palabra. Ella tan sólo reía por lo bajo y cada tanto se quejaba aunque no dejó de empujar, y cuando el Pedro levantó la cabeza

desde su agitada tibieza las estrellas se habían corrido otro poco sobre el negro horizonte y sintió a un mismo tiempo el olor de su cuerpo y el viejo olor de la tierra.

Esperó a un costado de la calle de tierra en la mugrosa claridad del amanecer que venía del lado de Alberti. Atrás quedaba su casa con una lucecita que boqueaba en la cocina e iluminaba un rectángulo del patio sin alcanzar a alumbrar la planta de azalea que dentro de una hora se iluminaría con su carnosa luz violeta para alumbrar el día de su madre pero no quiso volverse a mirar, como no quiso que lo acompañara nadie.

Un gallo cachaciento alborotó a sus espaldas y algo después sintió el trote de un caballo que se alejaba hacia las afueras. El viejo Pampín no abrió hasta las ocho. En eso vio aparecer al fondo de la calle las luces temblorosas del expreso que barrían la franja de tierra. Alzó la valija y ahora se volvió por esta sola vez. Allí estaba la luz.

El expreso se detuvo temblando debajo del plátano cuya piel moteada se desvanecía en la neblina. Un postigo se abrió en una punta del almacén y adivinó el rostro pegado a los vidrios. Saludó hacia las sombras, porque no se veía más que eso, y sonrió sin ganas. Empuñó con decisión la valija y el paquete de huevos, pan con chicharrones y chorizos criollos que le preparó su madre y se zambulló dentro del coche. Mientras tanteaba los asientos vio que la lucecita giraba bruscamente detrás de los vidrios, y parpadeaba unos metros entre los bultos de las casas y luego se hundía en la tierra.

El paso a nivel, el molino de La Silvina, el puente del Salado, el campamento de Vialidad, el horno de ladrillos.

Acomodó la valija y el paquete y trató de dormir.

El Pedro saltó del puente y bajó por el terraplén en dirección a la villa "Cartón" arrastrando unas cuantas piedras.

Cuando vio los techos de chapa asfáltica desde el puente se detuvo un instante y pareció que iba a seguir de largo. Estuvo un rato allá arriba pensando alguna cosa y después bajó y mientras bajaba y el ruido y las voces de la villa crecían en su cabeza se iba diciendo, entiéndase, sin bronca y al final casi con alegría, se iba diciendo que aquel agujero era su verdadero lugar en la tierra.

Al pasar las vías se cruzó con algunos tipos del segundo turno de la Papelera y algo más allá con el Negro Monte que tiraba alegremente del

carrito cargado con recortes de hojalata y botellas vacías. El Negro levantó su cabezota de animal y lo saludó a los gritos.

Atravesó la villa saludando a un lado y otro con la valija en una mano y el paquete de la vieja debajo del brazo. El rengo Correa estaba remendando el techo de la casilla mientras la vieja, dentro, gritaba como una condenada, que era su modo de hablar. Se oían varias radios a la vez y, por encima de todo, la voz de queso de Carlitos "Pueblo" Rolan que cantaba ese *chiquichá* "Ahí viene la ambulancia".

"Cascote" se puso a ladrar apenas dobló la esquina. Le quitó la cadena y casi lo voltea de puro contento. Le tiró una patada sin intención y saludó a la Beba que había sacado la cabeza llena de ruleros por la ventana de al lado.

Dobló con cuidado la ropa y la metió en el cajón de embalar que usaba como ropero. Después se puso el mameluco y antes de salir contó el puñadito de billetes ajados y grasientos que le quedaba encima. Tenía que tirar con eso toda la quincena. Bueno, por lo menos estaba al día con el crédito y ese fin de semana minga de joda. Tal vez podía conseguir una changa.

Volvió a cruzar las vías y trepó al terraplén. Apuró el paso, sin matarse, para alcanzar a los muchachos. Allí iban todos, el Aldo y el Beto y el Rulo, gritando y riendo en dirección a la mole oscura de la Papelera.

PERFUMADA NOCHE

(A mi tía Haydée, para que nunca se muera)

La vida de un hombre es un miserable borrador, un puñadito de tristezas que cabe en unas cuantas líneas. Pero a veces, así como hay años enteros de una larga y espesa oscuridad, un minuto de la vida de ese hombre es una luz deslumbrante. El señor Pelice tuvo ese minuto y esa luz. Pocos lo recuerdan en este pueblo. Algunos, los más concisos, piensan que murió realmente de vejez. La muerte es según, como la vida. Es otra vida, justo, otra forma de consistir, no *un persaecula* definitivo, nada absoluto, ninguna cosa extravagante porque también es de ser, aunque en artículo mortis. De modo que el señor Pelice sigue siendo todavía. La muerte, ya que viene al caso, es suceso chiquito, desdibujado, entreluces. Este pueblo no fue así desde el comienzo, como uno imagina. En su momento fue pueblo niño. Antes no estaba el molino de Rodríguez ni la fábrica de fideos de Basile era como es ahora con un alto letrero encendido en la punta, sino de madera bien seca y engrasada, es decir, lista para encenderse en cualquier momento como finalmente sucedió bien solemne y entonces, después, sobre las cenizas vino esta otra, de fuerte cemento y letrero penachudo, ni estaba siquiera esta estatua de San Martín que cabalga sereno entre las copas de los árboles, ni el blanco palacio de la Municipalidad tan gobernante, ni aun la avenida Alsina de cemento liso embanderada de letreros a los costados. Esto es, hay otro pueblo por debajo de éste, y otro y otro más con tapialitos amarillos de sol y callecitas de tierra. Y por una de esas callecitas ahí viene el señor Pelice con sus botines de becerro, su traje de gabardina negra y su panamá copudo, a los pasitos, muy de cuerpo presente. Viene. Y ése fue el minuto y la luz del señor Pelice. Porque no va que ve por primera vez a la

señorita Haydée Lombardi en la puerta de su casa, en la calle Saavedra, al lado de la confitería "Renacimiento", que está en la esquina de Pueyrredón y Saavedra, aquella opulenta casa con un tejado a la Mansard con espiga, tragaluces, cresta, veleta, buharda y chimenea, que se ennegrecía al atardecer y boyaba como un barco en el alto cielo y ella allí, en la puerta, para siempre desde ahora, blanca y frágil y perfumada, figurín, Haydée Lombardi, para sueño y música. Al señor Pelice le hizo un ruido el corazón y la amó desde ese mismo momento. Jamás cruzaron palabra pero él desde entonces se quitaba puntualmente el panamá frente a aquella puerta a las seis de la tarde en invierno y a las ocho en verano, y ella inclinaba apenas la cabeza y casi sonreía. Para el señor Pelice fue el momento más brillante de su vida lo cual es bastante textual porque, como se sabe, el señor Pelice era el cohetero más reputado de la zona. ¿Quién no recuerda, eso sí, las cascadas, abanicos, glorias y soles fijos que hacía estallar para la fiesta de San Donato, por ejemplo, aparte de las consonantes bombas de estruendo que reventaba en procesiones y remates y que se oían hasta Irala o Cucha-Cucha, según soprase el viento, y era el propio mundo que saltaba en pedazos? Aquel año del encuentro engendró para la fiesta de San Isidro Labrador, de este pueblo protector, sus famosas piezas pírricas de formidable combustión. Las piezas pírricas mediante fuegos fijos, esto es, que hacen su efecto sin dar vueltas, según se conocían hasta entonces, eran fáciles de prender mediante el simple recurso de mechas de comunicación. El maestro Pelice, en cambio, que era un verdadero artista creativo, prosiguiendo y mejorando los fogosos estudios del maestro Ruggieri, perfeccionó in extenso los fuegos pírricos alternando piezas fijas con piezas giratorias, lo cual es de suma perfección si se tiene en cuenta que el movimiento de rotación se opone per se a que se establezca la comunicación entre las piezas. El sutil rebusque se basaba en una fuerte broca colocada horizontalmente sobre un sólido poste de madera y que servía de eje a todas las piezas, de las más simples a las más complicadas, combinando en ajustada competencia de ingenio soles fijos, estrellas, glorias, patas de ganso, aspas de molino y las maravillosas espuelas de fuego de su exclusiva invención. Inspirado por la alada figura de la señorita Haydée, el señor Pelice llegó incluso a fabricar aquella atronadora pieza en espiral, compuesta de fuegos giratorios y de una hilera de lanzas que sube circularmente y forman, cuando la pieza gira, una espiral de fuego, de enorme pasmo y majestuoso incendio, que disparó para la noche del 9 de julio de 1935. Esa misma noche, en la casita que habitaba en las afueras del pueblo sobre el camino de tierra a las Aguas Corrientes, después de encender cuantas velas y lámparas tenía y distribuir las por toda la casa y aun en el jardín, el señor Pelice se estableció frente a su escritorio de

persiana y tras suspirar largamente mientras se rascaba la cabeza con una lapicera de pluma de pavo escribió con su hermosa letra bastarda de curvas rotundas y el sesgo conexivo de 30°, como se prescribe, la misma con la que copiaba las fórmulas del maestro Julio Rossignon, autor del Nuevo Manual del Cohetero y Polvorista editado por la librería de la Vda. de Ch. Bourel, su primera carta a la señorita Haydée, inspirada libremente en el Corresponsal del Amor, Estilo Moderno de Cartas Emotivas y Pasionales. Como, según las apariencias, sobrepasaba en varios años a la señorita le pareció atinente utilizar como modelo la carta de un viudo pidiendo relaciones a una soltera, aunque él, con propiedad, no fuese viudo de mujer sino más bien viudo de costumbre.

Releyó un par de veces la carta a la luz de la lámpara de aceite de tubo alto y luz espesa, que era su preferida y que cuando se adormecía lo despertaba con breves y susurrantes chisporroteos de la mecha, como si chamuyara. La plegó con cuidado, la besó ladeando sus bigotes de manubrio y la metió en un sobre perfumado. A esta carta nocturna siguieron otras muchas, puntualmente una por semana, pero el señor Pelice no llegó a despachar ninguna. Prefería rellenar con ellas las bombas de estruendo, que ahora sonaban un poco más apagadas o huecas, aunque sólo él lo notase, y desparramarlas en mil pedacitos sobre los techos del pueblo. Algunos de esos pedacitos cayeron en el patio de canteros elevados de la casa de la señorita Haydée Lombardi, aunque lamentablemente el día de la carrera de las Doce a Bragado, cuando disparó una bomba para la largada, un papel chamuscado que decía "Mi adorada Haydée" cayó con tan mala leche que fue a dar en el patio de la señora Haydée Bonsignore y más precisamente casi a los pies del señor Bonsignore, que tenía la sangre caliente, y se armó una podrida de calendario.

El señor Pelice seguía transcurriendo exacto, puntual todas las tardes por frente a la casa de la calle Saavedra y allí estaba siempre la señorita de visu, cada día más blanca y leve, casi transparente.

La señorita Haydée Lombardi murió de tabardillo el 8 de mayo de 1946. El señor Pelice redactó esa noche la única carta que en todos esos años remitió por correo. "Mi estimada señorita: en momentos tan especiales deseo expresarle a usted mi invariable afecto y la seguridad de mi perdurable compañía en esa otra vida de tránsito que ha iniciado usted y que me impongo yo en este mismo momento. Su leal servidor P." El señor Pelice echó la carta al día siguiente y no volvió a salir de la casa por el resto de sus días. Solamente lo hacía cada 8 de mes, por la tardecita, para depositar un sobre perfumado en el nicho de la señorita que luego se llevaba el viento

o algún curioso o bien lo chamuscaba y descoloría el tiempo. Coincidió que para entonces los festejos de estruendo fueron cayendo en desuso y se convocaba a remate por edicto judicial. Al tiempo, los vecinos lo dieron por muerto o simplemente lo olvidaron. Ya estaba el asfalto, se habían construido varios molinos, el Expreso Rojas llegaba hasta Buenos Aires y sobre el pueblo de tapiales amarillos había surgido otro pueblo. La casa de la calle Saavedra se convirtió en un local de compra y venta de propiedades.

A todo esto el señor Pelice envejecía suavemente detrás del último tapial como un fuego que se apaga con lentitud. Al caer la noche encendía todas las velas y las lámparas y daba de comer a unos pececitos de colores que criaba en un acuario y que eran su única y silenciosa compañía. Tenía una colisa labiosa, dos ángeles que parecían dos pajaritos rígidos, un betta splendens, un labeo bicolor, un telescopio renegrado de ojos saltones que semejaba un gato, una ninfa, un cometa y dos besadores chatos y blancos que colgaban del agua como dos papelitos. La luz del atardecer penetraba por la puerta-ventana que daba al jardín y revestía el cuarto de una claridad dorada que encendía pálidamente la pecera. Los pececitos flotaban en el agua dorada como suaves pájaros de lento vuelo, desplazándose majestuosamente entre las ramitas de elodea o de helécho japonés. El señor Pelice inclinaba su cabeza encanecida sobre los vidrios y sus pensamientos se desplazaban tan lentos y suaves como aquellos pececitos ánimas. Detrás del tapial amarillo que con las sombras se cubría de caracoles, el señor Pelice se hinchaba y arrugaba un poco más cada año. Ahora podía salir y pasar entre los vecinos sin ser reconocido. El pueblo seguía progresivo, casi capital. Altas luces de mercurio alumbraban las calles avenidas, el asfalto había llegado hasta la calle Magallanes, en las afueras, había dos semáforos en el centro que saltaban bonitamente del verde al rojo y a la viceversa y de los que don Pelice no entendió muy bien su significancia, aunque imaginó que eran tramoyas de estación. La iglesia de San Isidro, tan altiva, tan de lejos visible apuntando al cielo entre los árboles sobre los buenos campos, había sido vaciada por dentro, ya no consistía aquel brillante altar con columnas al pan de oro y la santa imagen, muy carnal de su contexto, de Santa María bendita, todo color y vestes y brillos y ojos de vidrio y el niño desnudo, barrigoncito, sino que ahora era una especie de agudo galpón blanqueado, con una mesada en alto. Quedan de los otros tiempos, y por allí la reconoció, los grandes ventanales con vidrios a franjas blancas y violáceas que según la disposición del sol azulaban a cierta hora el aire, las gentes, las imágenes de bulto, en cuya luz vio una mañana sobreandar, flotante, a la señorita Haydée con un tul que le velaba el rostro y de cuyos

entrepaños florecían ambas manos como de cera. Nada de eso prevalecía ya. El mismo no era el Pelice de entonces pues nadie se volvió a reconocerlo cuando avanzó por el medio de la nave con el panamá en la mano haciendo crujir los resecos botines de becerro. De regreso pasó por la calle Saavedra y hundida entre dos vidrieras que resplandecían descubrió trabajosamente la negra silueta de la casa con un afrentoso letrero sobre la puerta. Haciendo visera con la mano, sus ojos repasaron el imbatible tejado a la Mansard que se recortaba contra el resplandor de las luces de mercurio. Esa noche escribió una larga carta a la señorita Haydée dándole cuenta de los adelantos habidos y de las altas y frías luces que hubiesen quitado brillo aun a las cascadas de cuatro brazos, de once metros de alto con 20, 16, 12 y 8 cartuchos detonantes respectivamente más otros 4 en el extremo superior del palo que construyó para el sesquicentenario y que fue su más colosal de facto.

Ahora es noviembre. En la profunda noche perfumada al señor Pelice, ya decididamente viejo y por lo tanto insomne, le cuesta una barbaridad conciliar el sueño. Casi no duerme. Se aquieta sobre el catre y hacia el amanecer se adormece un poco. En esas largas horas divaga por el jardín con la lámpara de aceite en la mano o se echa en una mecedora e impulsada por el aire dulzón que despide el ligustro humedecido por el rocío, su cabeza se vuela como un globo o una pajarita de papel que planea, sobre el viejo pueblo con los tapialitos amarillos y las calles de tierra y tanta cosa que se desapareció u ocultó, no visible a prima facie, que eso es la muerte, olvido, oscuridades, suma y suma, tiempo y tiempo, distancia inmóvil.

En la madrugada acercó la lámpara a la pecera y comprobó ya sin dolor que el pez telescopio, ese lento pajarito renegrado que lo observaba con sus grandes ojos saltones a través del cristal y con el que casi había llegado a entenderse, de un mundo a otro, pez-hombre, pez-pep, flotaba inerte en uno de los rincones. Al principio, cuando instaló la pecera, eran doce movedizos pececitos pero, iletrado en aguas, el exceso de comida o alteraciones en la temperatura o defectos en la aireación y filtración redujeron el lote rápidamente. La primera muerte fue una catástrofe. El señor Pelice extrajo el cuerpecito finado, una vez que comprobó en forma absoluta que no se movía ni aun empujándolo con un dedo, con la redcilla de tul y lo depositó sobre una hoja de hortensia en el medio del escritorio y lo veló algunas horas con la lámpara de aceite. Con una cuchara cavó un hoyo al pie de una magnolia foscata y enterró allí al pececito. No se había aún recuperado de aquella sensible pérdida cuando murió un *macropodus opercularis* que comenzó boqueando en la superficie y luego se acurrucó en un rincón con el vientre hinchado. Lo sepultó al pie del ciruelo de jardín

de aladas hojas marrones. Así fueron muriendo uno tras otro y el viejo enterrándolos al pie de esta planta, aquella. Al telescopio lo plantó junto a su arbolito más querido, un jazmín japonés de flores carnosas que reventaban justamente para fines de noviembre y se removían en la noche como avechitas blancas bombeando intensas ondas perfumadas que traspasaban la oscuridad hasta el catre o la mecedora del señor Pelice, que ya prácticamente no duerme. A ratos lee, a ratos escribe pero sobre todo piensa. Eso es la vejez seguramente, una desvelada memoria. Por lo general reconstruye el pueblo desde su infancia mezclando o, mejor dicho, combinando los tiempos, las personas. Desfilan contra un mismo tapial o por la penumbra amarilla del cuarto el padre Doglia, previniéndolo en cocoliche sobre las tentaciones de este mundo mientras se pone y se quita el bonete francés, nervioso con la presencia del demonio a quien imagina una especie de comisario de la provincia con el uniforme colorado, el viejo Ponce, que habla solo, Bimbo Marsiletti que agita los brazos frente a una banda invisible, Oreste Provenzano que levanta una ristra de billetes de lotería o los tanos Minervino, Visiconti y Ciminelli que pasan tocando la gaita en fila india igual que en la procesión de la Virgen del Carmen.

Desde que se marchó la señorita Haydée ha tomado por costumbre colgar un farol de viento en medio del jardín. El viento lo agita y remueve las densas sombras que cambian pesadamente de lugar. Su luz anaranjada semeja la lechosa claridad de la pecera. Y en esa luz submarina ve brotar en la punta de una ramita al *macropodus opercularis* o al labeo bicolor o al *scatophagus argus* o a los *puntius arulius* que murieron a dúo. Se agitan como flores o pajaritos o caireles, casi transparentes, muy navegantes. Esta noche de noviembre florecerá sin duda el telescopio, pez pajarito de negros velos, en la cresta del jazmín japonés.

El 8 de diciembre, día de la Inmaculada, el señor Pelice escuchó desde el catre el volteo de las campanas que convocaban a la misa solemne de primera comunión con la lámpara de aceite todavía encendida a un lado, sobre la silla. Pensó en la virgen de cemento que erigieron las Hijas de María en el atrio de la iglesia y que viera la última vez con el rostro y las manos pintadas de color carne y en las hileras de chicos con brazaletes y túnicas que atravesaban la plaza y estarían ingresando en este mismo momento por la puerta puntiaguda a través de la cual se alcanzaba a ver el altar colmado de luces. Pero su hinchado cuerpo no obedeció al impulso. Tenía los brazos adormecidos y las piernas envaradas. Recién a la tardecita, arrastrándose por el piso, pudo dar de comer a los pececitos. Angelita Alori, que venía dos veces por semana a asear la casa, lo encontró al día siguiente tumbado en el piso de ladrillos y lo acomodó en el catre para

finales. Como por otro ítem padecía el mal de orina, Angelita le preparó un cocido a base de raíz de rábano con una mata de perejil y un puñado de hojas de berro, endulzado el conjunto con azúcar de cande. Se abreva una copa para extraer la orina y los humores que vienen de acompañamiento, aconsejándose un Pater para refuerzo. El señor Pelice mejoró de la orina pero total que era casi lo mismo pues no podía transportarse para expulsarla, debiendo ayudar al efecto la Angelita con la vista vuelta hacia otra parte. El 8 de enero puntual, el señor Pelice emprendió su tránsito con el traje de gabardina, el sombrero panamá y los botines de becerro a la hora justa en que los pececitos se brotaban en las ramas. Según la Angelita, que depuso para constancia, hizo una buena muerte, al natural, y fue enterrado de oficio, sin luto ni comparsa, en la mera tierra.

Ahora bien, y a propósito del señor Pelice que pasó, pregunto: ¿cuál es, cuál el verdadero pueblo de la ciudad de Chacabuco, cuál rige? Este de ahora encumbrado en adelantos o aquel otro de los tapialcitos amarillos y las calles de tierra, cuando el camión de riego asentaba el polvo al atardecer y todo era más viejo y simple pero más dulce, y bastaba con estirar el cogote para ver al fondo de la calle las primeras quintas y que por la calle Saavedra en este momento se acerca gravemente el señor Pelice, se detiene frente a la casa de los Lombardi, ya medio en sombras, se quita el panamá y saluda a la señorita Haydée que dice por primera vez con su voz de pajarito:

—¿Habrá calor este año, no cree usted?

—El sol está fuerte para noviembre —responde *per oblicua* el señor Pelice.

—¡Hermoso atardecer!

—Sopla algo de viento, por suerte.

—¿Hacia dónde va usted tan incontinente?

—Al Prado —improvisa temerario el señor Pelice.

—Muy buena idea. ¡Me gustaría mucho ir hasta ahí! —canturrea la señorita.

El señor Pelice le ofrece el brazo y la señorita Haydée con una risita se aparta de la puerta y enlaza el brazo del maestro cohetero. Las dos figuras se alejan entre tapiales amarillos y penachos de sombras rumbo al Prado Español mientras sobre el pueblo descende la perfumada noche.

BIBLIOGRÁFICA

(A mí mismo)

Subí aquella roñosa escalera a los saltos atragantándome con el polvo que se levantó de las maderas. En ese momento lo tomé por un detalle pintoresco porque yo pensaba que estaba trepando a la misma gloria. Uno es así de imbécil. La roñosa oficina quedaba arriba de una casa de antigüedades. Ella misma era una melancólica antigüedad. Quedaba en la roñosa calle Golfarini a la que un cretino llamó pomposamente una calle de la vida. ¿De qué otra cosa puede ser? Lo que el desgraciado ese, que seguramente aspiraba al premio municipal, no dejó en claro es a qué vida se refería. Desde ya les digo, a la puta vida.

Bien, quedé en la escalera atravesando a los pedos, de dos en dos escalones, una nube de polvo. Otro que no fuera yo le dedicaría a esa escalera lo menos una página pero, aparte de que la estoy subiendo a la carrera, detesto ese cúmulo de vaguedades a propósito de cualquier cosa, un jarrón, una puerta o una roñosa escalera. Creo que a eso le llaman realismo o, en todo caso, si lo cargan demasiado de tales vaguedades, realismo mágico.

Llegué a lo alto tosiendo y transpirando como un tuberculoso después de haber golpeado contra una pared, supongo, porque no se veía más allá de la mano que iba tanteando la barra y la aludida escalera, para ahorrar espacio, estaba hecha casi a plomo. Me sostuve de la manija de la puerta echando fuego por la boca, debajo de una lamparita de 25 dentro de un armazón de alambre. Había un miserable letrero de acrílico pegado al vidrio que decía Requena Editor. Eso me reanimó un poco. Por arriba del letrero asomaba mi propia cara, blanca como una aparición, guiñando el ojo derecho a toda velocidad, que es lo que me pasa siempre que me pongo nervioso. Me acomodé la corbata y esperé a que el ojo se calmara, para lo cual pensé en

la carta que traía en el bolsillo y que recibí esa misma mañana de Requena Editor anunciándome que mi novela había, sido seleccionada por unanimidad entre otras quinientas para ser publicada, con el auspicio del Club Amigos de las Letras, en la colección La Corneta de Alabastro. Ahora que me acuerdo de esa carta se me hincha la vena del cuello pero hasta ese momento creía en los peces de colores. El ojo se me calmó y empujé la puerta, que al parecer estaba trancada. No estaba trancada sino desencajada, de manera que cuando empujé otro poco se abrió de golpe y, sintiendo que caía a un abismo, pegué un grito. Una fulana, que probablemente dormía detrás de un escritorio en forma de catafalco, se levantó como si la silla le hubiese mordido el culo. Me miró a los ojos con expresión despavorida, especialmente al derecho que empezó a temblar a todo lo que daba. La fulana, que tenía el pelo a dos aguas, duro y ondeado como una chapa de cinc, me miró esta vez con cara de asco, se estiró la pollera, que se le había encajado en las carnes, se alisó el pullover y me apuntó con los pechos, gordos y tiesos como un mortero de 240. No hay lugar aquí para esos pechos, aunque merecen un párrafo aparte, y apenas si lo había en aquel asqueroso cuarto. Lo cierto es que el ojo dejó de temblar, si bien se desvió un poco, impresionado hasta la esclerótica por aquellos dos fenómenos.

—¿Señor? —preguntó la fulana frunciendo la nariz como si yo oliera mal, en un tono más bien indignado. —Busco al señor Requena —dije con naturalidad. Puso los ojos en blanco, antes de preguntar: —¿De parte? Me matan cuando son tan grasas. Algunos reblandecidos, con los que ajustaré cuentas en mi próximo ensayo sobre la literatura tilinga, se esfuerzan por escribir en esta misma forma. Es abyecto. Y no me vengan con el colonialismo cultural y toda esa partitura con la que baten el parche últimamente, si tiene algo que ver con esto. ¡Manga de farsantes!

Hice un esfuerzo para no perder la naturalidad, ni tampoco el ojo, que había vuelto a temblar.

—Del señor Oreste Antonelli —respondí con un dedo sobre el ojo.

—¿Antonelli...? ¡Antonelli...! ¡Un momento, señor Antonelli!

Realmente, aun para mí fue una sorpresa y para ella probablemente una lección, aunque estas desgraciadas nunca terminan de aprender. Las apariencias engañan, esa fue la simple lección. Si desde un principio hubiese sabido que yo era Oreste Antonelli no habría puesto aquella cara de escupidera pero tampoco habría tenido que arrastrarse de rodillas, como lo estaba haciendo ahora, en sentido figurado, se entiende, porque en sentido

propio ni siquiera se podía inclinar sin reventar las costuras.

Apartó el escritorio y se precipitó sobre una puerta de vidrio inglés en la que decía Privado. La empujó con el cuerpo y entró un poco de costado.

Yo esperé saltando sobre la punta de los pies mientras detrás de la puerta se oían ruidos y cuchicheos. Me temblaban hasta los huesos, por más que el destino estaba esta vez de mi lado. A propósito del destino, véase lo que son las cosas. Una semana antes, apenas, el gallego de la pensión entró a mi cuarto con un soplete encendido y arrimándolo a la montaña de originales que acumulé durante todos estos años de trabajo y delirio gritó que les pegaba fuego si no le pagaba los tres meses que le debía. La impresión fue tan grande que agarré el "Clarín" dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de calmar a aquel demente, ya fuese Mozo joven salón y mostrador o Jubilado necesito para venta sanitarios. El destino, como digo, puso delante de mis ojos este aviso de la sección Libros, Revistas, Cuadros, Estampillas:

Originales se reciben
(total reserva)
Club Amigos de las Letras
Golfarini 194 P.A.

Una hora después estaba allí, es decir, aquí con un par de anteojos negros, un sombrero hundido hasta las cejas y mi último original debajo del brazo. Subí tanteando la escalera y después de llenar una ficha con los datos del señor Antonelli, a quien yo representaba en el país, entregué el original a un tipo con cara de identikit, que representaba a su vez al señor Requena. Debe haber sido por los anteojos que ahora no reconocía el lugar, aparte de que me meto en la piel de los personajes de tal forma que veo las cosas a su manera. Apenas una semana después recibí la carta. Confieso que me sorprendió. Confieso también, y esa es la razón, que he participado en cuanto concurso fue tramado en lengua castellana para oprobio de las letras. Ni siquiera figuré como finalista en el que organizó el Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Turdera. ¡Allá ellos! Bien sé que se trata de una negra conspiración, como cualquiera lo advierte, y si con todo persisto es nada más para que quede constancia de tal oprobio. Saqué una copia de la referida carta y se la mostré al gallego, el cual, sin que se le moviera un pelo, dijo que siempre había confiado en mí, que aquello era sólo el comienzo pues la vida me reservaba muchas y muy grandes satisfacciones

y que la cuenta hasta ese momento ascendía a 45 mil pesos viejos. Para no ser menos, le dije que aparte de esa deuda tenía con él otra moral. El me dijo que no me preocupara nada más que por la primera y que en todo lo demás yo era como un hijo para él. Me abrazó y me besó y el ojo se me puso a temblar, conmovido por aquella alma tan superior.

La fulana reapareció con el pelo alborotado y los pechos temblorosos.

—Señor Antonelli, pase usted por favor —gorjeó, acomodándose el pullover que traía fuera de la pollera.

Se hizo a un lado y pasé entre el marco y los pechos que, por lo que vi, eran auténticos, sin añadidos ni puntales.

La mitad de mi vida he pateado de una oficina a otra y así he visto las más tristes y miserables siendo como son todas ellas tristes y miserables, pero esta, la del señor Requena, al que llamo señor por razones de métrica, era la más triste y miserable de todas. Cualquiera otro en mi lugar habría pegado la vuelta ahí mismo pero este desgraciado oficio lo lleva a uno a meterse donde los otros no ven la hora de salir. La oficina en cuestión, que carecía de ventanas, olía a polvo, a papeles y al señor Requena que no era otro que el tipo con cara de identikit al cual dejé el original una semana atrás, sentado a un escritorio metálico con los bordes oxidados y una cubierta de vidrio rajada a lo ancho. Desde ya, estos escritorios me caen como una patada en el estómago y jamás podría escribir sobre ellos una sola letra. De este lado había un sofá que por debajo perdía un par de resortes, una silla y una pila de originales que llegaba hasta el techo, el cual había que torcer muy bien el pescuezo para verlo pues se trataba de uno de esos cuartos antiguos que construía la gente cuando se preocupaba por tragar todo el aire posible y conservaba todavía algo del noble mono del cual descendemos. Lo más deplorable era una araña de caireles con los portalámparas en forma de vela, la misma que se usa por lo general cuando uno decide colgarse de un metro de una buena sogá. Un estante atravesaba de lado a lado la pared detrás del escritorio soportando un rimero de libros polvorientos con los lomos desgarrados. Un banderín de los Granjeros Unidos de Rivera colgaba de la puerta del estante y en la pared opuesta a la puerta había un mapa de la República Argentina con la Red Caminera Principal. El mapa estaba lleno de cruces rojas o azules trazadas con tinta lo cual, no sé muy bien por qué, me llenó de un humor vagabundo. Tales mapas debieran prohibirse porque le recuerdan a uno que vive en un miserable agujero. El miserable agujero es esta puta Babilonia que para completo escarnio se llama de los Buenos Aires.

Requena, que hablaba por teléfono con voz estrepitosa, me indicó por señas que me acomodara en la silla. Así lo hice, tanteando primero la silla, porque todo allí parecía juntado de la basura, y el muy degenerado, que tamborileaba con los dedos sobre el escritorio como para dar a entender que su tiempo era oro, me arrojó a la cara un chorro de humo de su apestoso cigarro, un Santos de media corona y no un Hoyo de Monterrey como aparentaba. "Bien, bien... óigame Corvalán. No doy un peso más por esa basura. Tres millones es mi última palabra... Y ahora discúlpeme, tengo otras cosas que hacer... De acuerdo... ¡Adiós!..." Cortó y se puso de pie de un salto. Abrió los brazos y así me contempló un rato, como si yo fuera el viejo que acababa de llegar del campo.

—¡Antonelli!... —Gritó.

Y atropellando el escritorio se precipitó sobre mí, que me levanté a medias. Me abrazó y me estrujó. Luego me apartó, me miró a los ojos y volvió a estrujarme. Esta vez me pareció que incluso me palpaba.

—Realmente, y disculpe usted mi franqueza, en medio de toda la bosta que lo rodea a uno, para mí es una gran satisfacción conocer a un tipo como usted... ¿De acuerdo?

Me apuntó con un dedo entre los ojos y dije que sí aunque no le veía mucho sentido. Por supuesto que yo en su lugar habría estado de acuerdo, pero era algo exagerada que yo mismo lo reconociera.

—Bien... Vamos al grano. Por lo que veo ha recibido usted mi carta.

—Aquí la tengo.

—He leído su novela, señor Antonelli, y coincido plenamente con nuestro equipo de lectores. ES sencillamente formidable. ¿De acuerdo?

Tiró de un cajón y sacó un fajo de papeles del grueso de un ladrillo.

—¡Así me gusta! —dijo sopesándolo como si se tratara efectivamente de un ladrillo—. Nada de esas cagaditas de 120 páginas a doble espacio en papel carta con una en blanco entre capítulo y capítulo, y todos esos recursos de estreñido para abultar una miseria. Un novela es, ante todo, un problema de espacio. ¿Eh, Antonelli?

—De acuerdo —respondí sin querer.

Requena me clavó los ojos un instante y se apretó la frente.

—Bien. Espero que usted soportará los elogios con la misma grandeza que soportó la adversidad... Antonelli, a mi leal entender esto es un hallazgo del principio al fin. Empezando por el propio título, "La Morsa Asesinada"...

—"La Rosa Asesinada"...

—La Rosa, eso quise decir... "¡La Rosa Asesinada!"...

Empuñó el cortapapeles y de un golpe lo clavó en el "Novísimo Arte de Escribir Cartas", del profesor Gery Willmans, que tenía sobre el escritorio.

—¡Sencillamente dramático...! ¿De acuerdo?

Dije que sí francamente alarmado.

—Aunque, como usted comprenderá, dispongo de poco tiempo, yo mismo me he tomado el trabajo de redactar la opinión que nos merece su novela.

Abrió otro cajón y luego de revolver unos papeles sacó una hoja arrugada que alisó a medias. Se puso de pie y tragando saliva leyó uno de esos engendros que aparecen en los suplementos dominicales y que, cambiándoles el título pueden aplicarse indistintamente a cualquier cosa que tenga forma de libro, bien sea la Santa Biblia o un Tratado sobre Máquinas de Vapor. A Requena, que gritaba cada vez más fuerte, casi se le saltan las lágrimas, mientras que a mí, si bien abundaba en elogios y profecías, me produjo un principio de asfixia. Yo recordaba perfectamente, porque para mi desgracia tengo una memoria de elefante, haber leído eso mismo en la página literaria de "La Nación" a propósito de otro libro. No sólo que lo recuerdo sino que lo puedo exhibir a quienquiera porque cada domingo me tomo el trabajo de recortar tales notas para conservar un testimonio de la infamia.

Requena terminó de leer tartamudeando las últimas palabras, saltó por encima del escritorio y volvió a abrazarme, realmente conmovido.

—¡Lo veo todo tan claro, Antonelli! Usted no para hasta el Premio Nacional.

Evidentemente, tenía un criterio envejecido de cuando tuviese que ver con la literatura. Hubiese querido explicarle que el Premio Nacional a mí me interesaba un sorete, pero no me dio tiempo. Abrió el libro en cualquier parte y señalando por lo tanto una página cualquiera, dijo:

—En mi opinión, y espero que no sea usted uno de esos mierdas

individualistas que no toleran que le corran una coma, hay que cambiar algunas cosas. La literatura, mi querido Antonelli, es un acto corporativo. ¿De acuerdo?

No sé a qué se refería, pero igual dije que sí porque golpeó el escritorio con un puño y me apuntó con el cortapapeles.

—Esto, esto y esto lo podemos condensar, ¡dije CONDENSAR!, en una sola página, inclusive en una sola palabra.

No sé a qué se refería, pero igual dije que sí término condensar, detalle que recuerdo ahora porque en ese momento casi me salta el corazón por la boca pues el degenerado mientras gritaba esto, esto y esto iba arrancando una hoja tras otra. Me levanté de la silla temblándome el ojo de tal loca manera que veía un montón de Requenas y creo que alcancé a decir: "Un momento..." No me dio tiempo para más porque volvió a saltar y poniéndome una rodilla en el pecho me gritó a la cara:

—¡Soy el editor! ¿No es así?

Tenía un aliento a sótano que mataba.

Con la misma rapidez se calmó y volviendo al escritorio dijo con los ojos entrecerrados y voz de falsete:

—No se preocupe usted por nada, señor Antonelli. Confíe en mí, se lo ruego. Un editor es algo más que un simple hijo de puta. Es un amigo, un padre... ¿De acuerdo, señor Antonelli?

Esta vez dije que sí con bronca. Uno se rompe el bocho para inventar un personaje, se encierra en el cuarto, mete la cabeza debajo de la almohada y piensa a toda máquina cuando en realidad los encuentra a puñados al alcance de la mano con sólo echar una mirada a esta podrida vida, inclusive en la figura de un maldito editor.

Requena apretó un timbre que sonó en el otro cuarto y entró la fulana.

—Por favor, señorita Maruca, tenga la bondad de rehacer estas hojas —dijo Requena muy natural, alcanzándole las hojas que había arrancado al original.

Francamente, en ese momento no supe qué se proponía, pero un rato después oía a la fulana teclear y cantar.

—Nuestro último éxito, "Enpe Vipi Dapa" salió de allí —dijo Requena señalando el cuartito de al lado—. El futuro de la literatura está en la escritura automática, mi querido Antonelli. ¿A qué matarse? Si la Sociedad Argentina de Escritores fuese, como debería ser, la Sociedad Argentina de Automatas, a esta hora ya estaría todo resuelto.

—Quiero decir... —arriesgué yo.

—¡No quiere decir nada! —me cortó en seco—. Partamos de ahí. Usted es un asqueroso producto del expresionismo. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

La fulana volvió a entrar y le entregó a Requena una hoja.

—¡Magnífico! —gritó Requena sin mirarla siquiera.

Metió con rapidez una mano en el escote de la fulana y le estrujó un pecho. Luego se produjo un encarnizado forcejeo y casi rodaron hasta el otro cuarto. Requena volvió al rato alisándose el pelo.

—No quiero entretenerlo un minuto más, señor Anitonelli. Terminemos con esto de una buena vez —dijo como si tal cosa, arrojando distraídamente al cesto el original de mi novela.

Como a esa altura podía ocurrir cualquier cosa, me limité a cambiar de posición en la silla. Requena, por su parte, abrió otro cajón y sacó un talonario.

—Bien. ¿Qué le parece una primera edición de 3 mil ejemplares?

Por fin escuchaba algo con sentido. Quise decir que me parecía bien por lo menos, pero volvió a pararme con un gesto.

—Sé todo lo que usted puede decir, de manera que abreviemos. Dos mil ejemplares para los hospitales, asilos y bibliotecas populares y mil para que duerman en los estantes. ¿De acuerdo?

—Por qué...

—¿Sí o no?

—Sí...

—Esta primera edición, y por tratarse de usted, la puede solventar con tres

pagarés de 300 mil pesos cada uno, a 30, 60 y 90 días.

—No entiendo bien —alcancé a decir sintiendo que toda aquella mugre, incluyendo la lámpara de caireles, comenzaba a girar a un lado y otro.

—Creo que he sido suficientemente claro —dijo Requena con impaciencia.

Y mientras la mugre se embalaba y saltaba, por efecto del ojo, volvió a explicarme lo mismo con otras palabras.

Me levanté como pude, me tomé de los bordes del escritorio y mientras Requena seguía moviendo la asquerosa boca grité algo que no recuerdo, seguramente bien espantoso, porque el desgraciado saltó por encima del escritorio, me tomó del cuello y entre un desparramo de originales que levantaron espesas nubes de polvo rodamos por el suelo. Nos revolcamos a los golpes de un cuarto a otro y después rodamos hasta la calle por la roñosa escalera, aullando las más perversas obscenidades.

Yo le descargué un golpe que dio contra la pared, porque aquel rufián saltaba como el hombre de goma, aparte de que el ojo me impedía fijarme en él con precisión, y caí redondo en medio de la vereda sin una gota de aire en los pulmones.

Requena me plantó una rodilla en la barriga, me arrancó la billetera con notable velocidad y haciendo un gesto de repugnancia me quitó el último billete de cinco mil que me quedaba. Cinco mil doscientos, para ser exacto.

AD ASTRA

*(A Maruca Cirigliano,
que me enseñó el
camino del álamo
carolina.)*

Fue a comienzos de la primavera, cuando cambian los vientos.

El viejo estaba sentado en el patio, frente a la casa, pensando vagamente en lo que iba a hacer ese verano. Tenía que arreglar el molino y después el galpón. Hubiera preferido empezar por el galpón, antes de que apretara el calor, pero el molino no podía esperar más tiempo.

A pesar de todo la idea del verano lo alegraba. Posiblemente más la idea que el verano mismo. Ahora era el momento de la idea, cuando el camino estaba todavía húmedo por las últimas lluvias del invierno y ya los sauces comenzaban a verdear.

El viejo recostó la silla contra la pared de barro y encendió un cigarro.

Fue entonces cuando sucedió aquello.

Acababa de encender o estaba encendiendo todavía el cigarro cuando oyó el zumbido sobre la cabeza.

Justamente había dejado de soplar el Este de manera que lo oyó con toda claridad, como si brotara del cielo. Parecía acercarse desde el Oeste, es decir, desde atrás de la casa pero en el primer momento no vio nada. Sin embargo la vieja lo había oído también porque salió a la galería y miró al

cielo.

El viejo estaba por dar la vuelta a la casa cuando apareció en lo alto aquel gran pájaro que planeaba a siete u ocho metros del suelo en dirección al camino. La vieja gritó algo cuando pasaba sobre el galpón y él vio la sombra en el patio, negra, alada, rígida y a partir de la sombra tuvo como un presentimiento.

Primero creyó que era un pájaro y después un barrilete y cuando desaparecía detrás de los pinos una fantasmal combinación de los dos con una cabeza de hombre en la punta.

Los pinos estaban pelados, de manera que siguió el planeo del pájaro a través de las copas como una gran sombra azotada por las ramas. El viejo calculó que iba a caer un poco más allá de la curva. Sin embargo, cuando todavía estaba dentro del campo, se empinó dos o tres metros y pareció que volvía a remontar el vuelo. Trepó en el aire limpiamente y quedó un instante colgado de las alas, más grandes y negras que nunca. Después hizo un volteo a la izquierda y comenzó a planear o más bien a caer, esta vez en dirección a la casa. Fue la segunda vez que entrevió el rostro, intensamente blanco contra las alas, y las manchas de las manos que golpeaban en el aire en el momento que arremetía contra el molino.

Un metro antes, o menos todavía, el pájaro o lo que fuera se ladeó un poco, giró sobre sí mismo como un trompo y cayó a plomo sobre la huerta levantando una nubecita de polvo.

Para esto el viejo estaba corriendo hacia allí mientras el Titán ladraba como un condenado, atado a la cadena.

En el momento que saltaba el alambrado el tipo emergió entre las hileras de tomates y el viejo se paró en seco porque nunca en su vida había visto un tipo semejante, si es que era un tipo en definitiva. Parecía muy grande por el casco y las alas y esa especie de *coraza* que sujetaba el mecanismo pero el viejo, que estaba acostumbrado a apreciar la encarnadura de las aves de un solo vistazo, adivinó el cuerpo magro y pequeño debajo de todo aquel aparejo. Tenía un mameluco pegado al cuerpo, un par de botines muy livianos, de badana o de lona, un par de rodilleras y un casco con una almohadilla alrededor, posiblemente de corcho.

Usaba unos anteojos redondos y relucientes sujetos a la cabeza por una cinta que unía las patillas. Pero lo más notable era esa especie de coraza con el peto de aluminio y el espaldar de cuero sujetos con hebillas y correas

que, pasando entre las piernas y bajo los brazos amarraban al cuerpo aquellas alas de tela encerada, una de las cuales arrastraba por el suelo y la otra tenía la punta quebrada hacia arriba como una navaja a medio abrir.

Cuando vio al viejo el tipo vaciló un instante. Estaba cubierto de polvo y de sangre pero trató de sonreír. Parecía preocupado por los tomates. Después echó a andar hacia el alambrado de una manera lenta y complicada. Al caminar producía un ruido como de resortes.

El motivo de que caminara tan lenta y complicadamente era un trozo de tela envarillada que unía las dos piernas y que a cierta altura hacía el efecto de una verdadera cola.

Aparte de eso, el hombre debía de tener algún hueso roto por lo menos.

En mitad del alambrado se detuvo, se asió de un poste y volvió a sonreír. El brillo de los anteojos, como dos espejuelos, le daba un aspecto todavía más irreal. Así sonriendo se desprendió del poste y trató de caminar hacia el viejo. Pero apenas pudo alargar los brazos cayó redondo.

El viejo ensilló al ruano y enganchó el charret. Después entre él y la vieja metieron al tipo en la caja, con alas y todo. Y partieron en la última luz de la tarde con el Este que había vuelto a soplar.

El tipo se quejaba de tanto en tanto y hacía aquel ruido de resortes al volverse pero en general parecía muerto. El viejo lo espiaba de vez en cuando pero no podía soportar aquellos ojos como dos espejitos.

Entraron en el pueblo de noche, de manera que nadie reparó en el par de alas que sobresalían de la caja.

El doctor Arce escuchó al viejo cambiando el cigarro de una punta a otra de la boca y después se hizo repetir la historia pero igual no entendió nada.

Por fin tomó una linterna y subió al charret resoplando como un toro en celo.

Examinó al tipo con detenimiento pero no pareció sorprendido. Se rascó la nuca, lo cual en él no era un signo especial de nada, y dijo simplemente:

—¡Aja! *Homo volans*.

Lo bajaron del charret, lo transportaron entre resoplidos y quejidos a través de un nebuloso pasillo, orientados por una lamparita de neón, y lo

acomodaron en una sala con olor a botica.

Arce se quitó el saco, se arremangó la camisa con lentitud y sin abandonar el cigarro comenzó a despojar al tipo de aquellos arreos tan novedosos.

El viejo lo ayudó con la coraza y las alas. Además de las hebillas y correas había toda una serie de resortes que encajaban en las nervaduras y que no había advertido la primera vez. El ruido provenía de ahí seguramente, aunque no era un ruido exclusivo de resortes sino algo más complicado y misterioso.

Por último Arce le quitó el casco y los anteojos. Entonces permaneció un rato pensativo, sobándose la nuca. Después se inclinó sobre el tipo con la linterna en la mano, cambió de punta el cigarro y dijo:

—Argimón.

Era como una mancha de dolor, más y más oscura, más y más densa. Un plancton. Una nube.

Pero cuando naufragaba por entero en ella, cuando era nada más que ella y un lejano borde adormecido, irreconocible que invocaba su nombre, Argimón, el nuevo, el desconocido, el unívoco Basilio Argimón brotaba de pronto en medio de aquella mancha y ascendía en espiral hacia su solitaria plenitud. Oía los cuchicheos alrededor de su cama, una voz que erraba por la pieza, los pasos que transportaban esa voz, la sirena del molino muy alta, más bajo, navegando en un aire distinto, el vuelo pautado de las campanas a la hora del Ángelus. Algún rostro se asomaba a sus ojos como a un pozo. Y antes y después ese punzante silencio que lo consumía como un fuego invisible. Pero aquel cuerpo enjuto y maltrecho, piadosamente burlado y condolido, no era el verdadero Basilio Argimón. Los días y los años lo habían usado para transportar al verdadero y lanzarlo después por los aires, donde planeaba invencible. Así, en ese momento, suspendido entre el cielo y la tierra estaba él. Todo lo demás había sido un tanteo, un errar y vagar por la tierra, entre los hombres, remedando al ángel y al hombre. Hasta que Basilio Argimón tomó el impulso necesario y saltó. Su mísero cuerpo yacía allá abajo, pero Basilio Argimón era ese momento... El Este soplabla profundo, parejo. El entró en la corriente y hubo un instante de vacilación. Pero después las alas cavaron profundo en el aire y entonces la verdad del Ángel lo golpeó con fuerza. ¡Podía volar! Estaba hecho, armado y creado para volar. Era una verdad solitaria que los hombres tardarían en comprender. Pero era la Verdad.

Lo que sobrevino después carecía de importancia, era la parte del hombre que quedaba en él, la parte terrestre que había que consumir y absorber en el Ángel. Esa parte, nada más que esa fue la que se precipitó desde lo alto.

Mientras caía, y al mismo tiempo caía y se hundía en esa mancha de dolor, alcanzaba a ver en una sucesión de imágenes cada vez más borrosas el techo de zinc, el rostro azorado de un viejo, la hilera de pinos descarnados, el camino húmedo que a lo lejos penetraba en la noche, el perfil siniestro del molino. Después las imágenes se quebraban, se ennegrecían...

Abandonó la casa del doctor Arce un mes después. La gente parecía haber olvidado el asunto. Sucedió en realidad que como todo asunto, por descabellado que fuese, lo había recortado, absorbido y clasificado de manera que le permitiese sobrevivir. En el primer momento les sorprendió o les turbó el hecho de que Basilio Argimón quisiera volar. Tal vez si hubiese sido otro, el múltiple e ingenioso Plunkett, por ejemplo, que había ideado un telégrafo pantográfico y un Belén mecanizado y que algunos años antes, en pleno apogeo del unto "Paoloni", provocó una verdadera revolución con el empleo del colodión en los injertos y la multiplicación de las plantas por gajos, nadie se habría sorprendido en el verdadero y legítimo sentido de la palabra. En definitiva, lo inesperado no estaba tanto en el hecho de que un tipo cualquiera se hubiese propuesto volar y aun de que volase, sino en que lo hubiese intentado Argimón.

Naturalmente, hubo una resuelta aunque confusa discusión del asunto en el Bar Japonés.

Plunkett, que en el Belén mecanizado había introducido precisamente un ángel volador, sostenía con algún probable fundamento la imposibilidad del vuelo humano sobre la base de una imitación de las condiciones mecánicas del vuelo animal. El maestro Marsiletti, director del "Conservatorio Pergolese", sostenía en cambio, con alguna exaltación, que aquel era el intento de un visionario, un creador, y que si no fuese por el daño que le producían las corrientes de aire habría saltado desde lo alto del molino provisto de aquel artificio. Remontándose luego a consideraciones más vagas y genéricas aludió a la soledad del creador y al sendero ríscoso y empinado del artista para desembocar por el "margaritas ante porcos" en el previsible tema del "plano superior" y la Aventura del Espíritu. Hablaba por experiencia propia, cosa que no dijo pero que se sobreentendía por el tono y contenido del discurso. El Club de Arte, el coro parroquial, la banda del Patronato y, en pliegues más escondidos del pasado, aquella tiernísima romanza que había compuesto en horas de desvelo para el cincuentenario

del Club Social o el motete para la festividad de San Isidro Labrador, patrono del pueblo, eran otras tantas perlas arrojadas a los cerdos.

Plunkett vociferó que no tenía nada que ver una cosa con otra y que en todo caso el más autorizado para opinar sobre el asunto era un creador de la misma condición y especie que Argimón, concedido que lo fuera.

El maestro Marsiletti lo miró desde arriba, porque se había puesto de pie, y con un ligero temblor de los mechones de pelo que le brotaban en la nuca proclamó que una cosa era el genio creador y otra bien distinta el ingenio acumulativo.

Plunkett no entendió muy bien lo que quiso decir pero de todas maneras se consideró ultrajado y abandonó el salón en forma estrepitosa perseguido por la voz tonante del maestro Marsiletti, que recién se calmó cuando tuvo que pagar la consumición.

Una nota en "El Imparcial", en la que se advertía el humor estreñido de Plunkett, ampliaba o más bien complicaba el tema de los vuelos con un pretencioso comentario al "De motu animalium" de Juan Alfonso Borelli, pero aparte del título (Actualidad) no había una referencia precisa al vuelo de Argimón.

El maestro Marsiletti respondió una semana después con otra nota igualmente oblicua sobre "Le triomphe d'Icare" donde en definitiva se desatendía de la música para atender al símbolo, atribuyendo al autor una intención que posiblemente no tuvo, sobre todo si se sugieren las implicancias mecánicas del asunto, y a la intención un aliento profético del que en todo caso estaba desprovista.

Y eso fue todo.

Un mes después Argimón abandonaba la casa de Arce cubierto con un impermeable por debajo del cual asomaban las perneras del mameluco y el par de botines de badana.

Medina, el cartero, lo saludó con un brazo en alto como todas las veces que lo veía.

El turco Palatides, que en realidad era griego pero la gente prefería decirle turco, hizo un movimiento impreciso con la cabeza y tal vez sonrió o comentó algo hacia el interior de la tienda.

Los pinos de la plaza habían florecido y la tribuna de la banda estaba

cubierta de glicinas. Un tordo músico, que reconoció a la distancia por su familiaridad con los pájaros, planeó sobre su cabeza entre la pérgola y el "macrocarpus". El corazón le dio un vuelco. Sonrió al pájaro y apresuró el paso.

La vereda del Japonés estaba cubierta de mesas con algunos tipos que leían los diarios y otros, como Plunkett, que charlaban en forma somnolienta. Cuando pasó frente a ellos, por la otra vereda, Plunkett calló y el grupo lo siguió con la vista.

Argimón habría preferido pasar inadvertido pero desde ahora tendría que acostumbrarse a esas miradas recelosas, a aquel silencio repentino.

El pasto frente a la casa había crecido a la altura de la cerca y los racimos azules de la glicina colgaban de los aleros como farolitos venecianos. Posó una mano sobre la cerca y contempló la casa un buen rato antes de decidirse a entrar. ¿Qué habría sido de él sin aquella casa? Todos esos años, esos largos años silenciosos detrás del Ángel probando y tanteando como un ciego, andando y desandando mil veces el mismo camino, unas al borde de la revelación, otras al borde del llanto, todos esos años, ¡Dios!, estaban ahí metidos, detrás de esa puerta que un día traspuso con un par de alas bajo el brazo.

Saltó la cerca y cruzó el jardín pateando el pasto con decisión.

Al abrir la puerta halló sobre el piso dos ejemplares del Amigo de las Ciencias y uno de La Razón Católica. Este último lo había deslizado el maestro Marsiletti con una tarjeta que señalaba la página correspondiente a la sección científica en la que destacaba con un trazo rojo dos notas de actualidad: una sobre la fundación en París de una comisión permanente para la práctica de la navegación aérea y otra sobre un nuevo instrumento músico, el sinfonista, que sobre la base del harmonium u órgano expresivo había logrado construir el abate Guichené, "un simple cura del campo, que lo ideó a fuerza de perseverancia y de trabajo, ayudado sin duda por la Providencia" (doble subrayado).

Seguramente en la feliz coincidencia de una nota aérea y otra musical el maestro Marsiletti creía advertir una coincidencia de índole superior que destacaba con mano segura en la tarjeta que señalaba la página:

"Ad maiora nati sumus. Suyo, Marsiletti." Argimón leyó todo aquello después de encender la cocina económica y mientras esperaba que hirviese una pava con agua. Luego con movimientos minuciosos preparó el té, se

sirvió una taza y volvió a leer la primera nota, la tarjeta, un artículo del Amigo de las Ciencias sobre los meteoros coloreados observados en París durante los últimos quince años y otra vez la tarjeta del maestro. Después de todo no estaba solo.

Aquí y allá, en éste y en otros tiempos, había, hubo siempre algún solitario ejemplar de esa reducida pero inextinguible raza de soñadores que son la sal del mundo y a la cual pertenecen en grado heroico los hombres voladores.

Volvió la tarjeta al ejemplar de La Razón Católica y con la taza de té en una mano y todos aquellos mensajes y anuncios del mundo exterior en la otra trepó a la buhardilla donde habitaba el verdadero Basilio Argimón.

Un rayo de sol penetraba a través de los vidrios polvorientos. Argimón paseó una mirada cansada pero cariñosa sobre cada uno de los mudos objetos que habían esperado por él todo ese largo mes. La gran mesa de bordes gastados y roídos, la lámpara Miller con la pantalla de opalina que parecía flotar en la penumbra como un globo, los rollos de planos, la caja de compases, el banco de carpintero, la prensa, el barómetro de cubeta, el dirigible Giffard que había construido en escala reducida y que colgaba de un travesaño del techo, los múltiples y complicados armazones de alas que crujían al menor soplo de viento, el esqueleto de paloma montado con alambres, el brasero, el caballete, los libros, el higrómetro con el fraile en el antepecho de la ventana, la calandria, el zorzal y el benteveo embalsamados, la mecedora que había heredado de su madre y en la cual leía o pensaba y por último dormitaba cuando el ángel del sueño le daba alcance en la madrugada.

Mientras se quitaba el impermeable examinó con aire crítico el plano cubierto de signos, trazos y borrones desplegado sobre una de las paredes. Correspondía al último par de alas, es decir, a aquellas con las cuales se precipitó desde lo alto y de las que había sido despojado por el doctor Arce.

Luego abrió la ventana. El patio del fondo estaba igualmente cubierto de pasto y el aroma de intensos botones amarillos. La dama de noche, por su parte, había cubierto el tapial. Detrás del tapial la tierra se empinaba en una loma de un verde oscuro, metálico. Detrás de la loma el cielo.

Estaba por volverse cuando sintió un golpeteo de alas en lo alto del aroma. Argimón orientó hacia allí los espejuelos que le ocultaban los ojos y silbó tres notas breves, primero en un tono y luego en otro más grave.

Hubo un instante de silencio. Después vibró en el aire, desde la punta del árbol, un trino repetido, acelerado, ubicuo, como salpicaduras de cristal brotadas en la cresta de la tarde.

Argimón buscó entre los libros, entre los rollos de papel, con sus movimientos minuciosos y distraídos, sobre el banco de carpintero, detrás del caballete, intercambiando silbidos con el pájaro invisible, entre los armazones de alas, detrás de la prensa hasta que halló la caja de lata y extrajo un puñado de alpiste que colocó sobre el plato de aluminio, en la ventana.

El trino descendió entonces desde lo alto, balanceándose. ¡Chuc!, aquí, ¡Crik!, allá. Hasta que por fin apareció en la punta de la rama más próxima un mirlo macho.

Argimón sonrió blandamente.

—Plumito, plumito, plum, plumito...

El pájaro ladeó la cabeza y lo miró con uno de sus negros ojos relucientes.

—Olito, plunito, plum, plumito... Luego saltó hacia el borde del plato, cerca de la mano de Argimón.

—Plito, plunito, plum...

La voz se empequeñeció.

—¿Y tus amigos? —preguntó en un susurro—. ¿Dónde están tus amigos?, ¿eh, Plumito...?

Y volvió a repetir la cantilena plumito, plunito, plum, mientras observaba otra vez el plano.

Se quitó los anteojos, los sopló y los frotó.

Luego tomó una gran hoja de papel y la fijó en la pared, sobre el plano, extrajo un lápiz del cacharro de lápices y lapiceros que tenía sobre la mesa, ejecutó unos trazos en el aire, acarició la hoja y, después de meditar un instante, comenzó a trazar el afilado perfil de una enorme ala.

Argimón trabajó toda esa primavera en el nuevo modelo. Era un diseño enteramente distinto que echaba por tierra todos los moldes y proyectos antiguos. Lo había concebido en el momento mismo que planeaba por el aire en dirección al camino, un poco antes de precipitarse sobre la huerta.

Después había madurado dentro de él todo ese largo mes, no en forma expresa sino por modo velado, en la penumbra del alma. Por eso tal vez cuando aferró el lápiz y vaciló un instante frente a la hoja de papel las ideas se le atropellaron en la cabeza y a partir de entonces fue como si lo consumiera una fiebre interior.

Trabajó sin descanso y casi sin fatiga, insensible al tiempo, el alma en vilo, los ojos cegados para el mundo, los oídos vueltos para adentro. Unas veces en la madrugada, otras con la primera claridad del día llegaba el ángel del sueño y le velaba los ojos.

Pero bien pronto Plumito o la brisa del Este o a más tardar las campanas de la iglesia de San Isidro Labrador lo arrancaban de la mecedora. Se alisaba el cabello, reponía el alpiste, frotaba lenta y minuciosamente los anteojos y, de pronto, se abalanzaba sobre la mesa poseído de nuevo por aquella fiebre.

Había descartado por entero la coraza reduciendo en forma notable las correas, hebillas y resortes. Pero la novedad no estaba en la mera reducción o simplificación sino en el diseño del conjunto, en esencia distinto. Ya no se trataba de un par de alas adheridas o sujetas a un espaldar de cuero. Todo ese pesado y torpe mecanismo había sido reemplazado por uno totalmente unitario, un ala única, mucho más amplia que la anterior, que ceñía al aeronauta como una falda o pantalla de manera que, introduciendo el cuerpo a través de una abertura, emergían el busto y los brazos por el plano superior. La cola quedaba igualmente descartada o, mejor, incorporada a aquella ala única, en forma de bandeja, como dos pequeños bastidores, uno en cada extremo del borde posterior.

Argimón decidió esta vez emplear nervaduras de fresno sometiendo la madera a un proceso previo de elastización mediante el empleo de grasas y resinas hirvientes. El arqueado y secado de la madera le llevó un tiempo considerable, parte del cual debió permanecer inactivo consumido por aquella fiebre. En esos días cortó el pasto, que había alcanzado la altura de un hombre, preparó varias cajas para Plumito y sus compañeros y terminó de restaurar el par de arcángeles de yeso que custodiaban el altar mayor de la iglesia parroquial.

El verano anterior había reparado un San Juan Bautista con el brazo derecho partido y la nariz tronchada y un ángel con cítara suspendido en el frontón del altar de Santa Lucía, además del borde del platillo que sostenía los ojos de la santa y dos dedos de la mano derecha, que es siempre la más expuesta porque generalmente se representa en actitud de bendecir.

El trabajo con ángeles y aun con arcángeles le resultaba bastante entretenido, por razones que se comprenden, aunque aquella concepción primaria del asunto ofendía las leyes más elementales del vuelo científico.

En una de sus idas y venidas tropezó un buen día con el maestro Marsiletti que, torvo y reconcentrado, trotaba por la plaza San Martín. Fue verlo y abalanzarse sobre él con los brazos en alto y los largos mechones de pelo que flotaban "qual piuma al vento". Lo estrujó y lo palpó con resuelto entusiasmo aunque, como siempre, parecía algo absorto y perplejo, como si una nube le velara las cosas. Tomóle luego del brazo y hablando de cosas imprecisas pero resonantes pasaron frente al Bar Japonés. No se tocó el tema de los vuelos, ni tema concreto ninguno, pero de todas maneras Argimón sintió esa entrañable corriente que fluía entre él y el viejo, esos lazos y parentescos espirituales, esa santa hermandad "in música atque in aere".

El maestro se despidió frente a la farmacia Marino con la promesa de hacerle llegar un nuevo ejemplar de La Razón Católica en el que se exponían los resultados y conclusiones del estudio del padre Secchi sobre los anillos de Saturno y una nota de probable interés sobre galvanoplástica.

Una vez que las maderas estuvieron a punto, Argimón volvió a encerrarse en la buhardilla sin otra compañía que la de Plumito, una pareja de tordos, una calandria, un pechito colorado, una recelosa y mudable urraca y un número variable de pájaros forasteros.

El armado del nuevo modelo, con sus formas elaboradas, suponía ciertos refinamientos técnicos. Aparte de la disposición general, que exigía un ajuste y equilibrio perfectos, había algo más sutil e inadvertido que representaba el verdadero y profundo cambio. En pocas palabras, la idea, la idea que le golpeaba la cabeza (primero un palpito, después una forma confusa, después el sesgo, la perspectiva, por fin el claro golpe de luz), consistía en obtener mediante aquel singular diseño una mayor velocidad de las moléculas de aire en la parte superior de las alas aumentando, en consecuencia, por el principio de la conservación de la energía, la presión sobre la parte inferior. Es decir, la diferencia de presiones tenía que generar por fuerza un impulso hacia arriba, el impulso que elevándolo por los aires lo despojaría por fin de ese último lastre o residuo terrestre que le impedía sostenerse en la altura.

Eso en teoría.

En la práctica, Argimón debió construir una serie de plantillas al calibre

sobre las que más tarde torció, arqueó y encoló las varas de fresno, midiendo y cotejando cada movimiento de la madera con toda clase de compases: de espesor, de calibre, de corredera, de proporciones.

Estaba en esto una tarde cuando sintió un rumor distinto que provenía del patio del fondo. Plumito brincó de la ventana al aramo. Argimón se asomó al patio pero no advirtió nada en el primer momento. Sin embargo, algo después se repitió el rumor e inclusive pudo identificarlo. Era en la dama de noche, sobre el tapial. Volvió a asomarse y efectivamente sobre el tapial, entre las oscuras hojas de la dama de noche, emergían dos cabezas de muchachos.

Se miraron, inmóviles.

Argimón sonrió por fin aunque tal vez debieron ser ellos los que se mostraran cordiales. Después sopló y frotó los anteojos y volvió a su trabajo.

Cuando se asomó una hora después no sólo las cabezas estaban todavía allí sino el resto del cuerpo. Habían trepado al tapial y, uno sentado y el otro de pie, relojeaban hacia la ventana.

Argimón decidió ignorarlos esta vez. Cargó alpiste en el plato, repasó los anteojos y canturreando por lo bajo se apartó de la ventana.

Sólo una vez, antes del oscurecer, espió desde atrás de un postigo. Se habían ido.

Al día siguiente los vio en la parte de adelante, junto a la cerca, y dos días después aparecieron encaramados en lo alto del aramo.

Esto ya era demasiado. Argimón se armó de valor y asomándose por la ventana preguntó qué diablos hacían allí. Eso en resumen, porque en realidad lo que se dijo fue así:

—¿Cuál es tu nombre? (al de la derecha).

—José.

—¡Aja! Pepito... ¿Y el tuyo? (al de la izquierda).

—Marcelo.

—Marcelo... Es un lindo nombre... Marcelo, Marcelino, Marcelito.

—Marcelo.

—Bueno, ¿y qué hacen allí, si se puede saber?

José: —Queremos verte volar.

Pausa.

Argimón (frotando los anteojos, en un tono leve): —¿De dónde sacaron eso?

Marcelo: —Nosotros lo sabemos.

Argimón (tontamente): — ¡Ah!, conqué ustedes lo saben... (risa de falsete).

José (señalando el ala): —¿Qué es eso?

Argimón (señalando el caballete): —Pues qué es esto...

José (señalando el ala): —No, eso.

Argimón (sin señalar nada): —Un sinfonista.

José: —No, es un ala. Y no digas más tonterías.

Argimón pensó que tarde o temprano, más bien temprano, iban a terminar por cansarse. Pero dos semanas después, cuando estaba por comenzar con el entelado, seguían sobre el aroma observándolo todo con una expresión seria y reconcentrada. De manera que decidió capitular. Mientras echaba un puñado de alpiste en el plato y a propósito de una observación sobre el tiempo o los pájaros o los aromos, les sugirió que podían subir a la buhardilla, siempre y cuando...

El siempre y cuando cayeron en el vacío porque todavía estaba blandiendo un dedo admonitor cuando los dos muchachos irrumpieron en la buhardilla.

Argimón se volvió lentamente, los examinó en silencio y después de acomodarse los anteojos se puso a encender el farol.

Fue así como a partir de aquella tarde los discípulos Marcelo y José entraron en cierto modo al servicio del maestro de vuelo Basilio Argimón, ocupándose desde aquel momento en los menesteres simples y comunes, tales como ordenar el cuarto, servir el té, cargar el alpiste, alcanzar una herramienta, sostener el balde de cola o desplegar alguno de esos raros y manoseados planos que el maestro consultaba a menudo.

En noviembre terminaron con el entelado y el día de Todos los Santos Argimón efectuó una prueba de viento.

Hubo que reemplazar un bastidor y armar todo el arreo de acoplamiento, pero de cualquier forma el aparato estuvo listo para fines de diciembre.

Argimón dio a entender que faltaba esto o aquello, pero la verdad que estaba listo y que lo único que quedaba por hacer era echarse a volar.

Una madrugada Basilio Argimón cargó el ala sobre un remolque que había construido con las ruedas de una segadora, metió el traje de vuelo en una bolsa y marchó en las penumbras hacia la gran aventura.

Había decidido enfrentar aquella prueba sin complicar a los discípulos, ni al maestro Marsiletti. Solo había emprendido aquel camino, solo debía concluirlo. Por lo demás, toda compañía resultaba aparente en esta clase de empresa solitaria.

Apagó el farol de tormenta, echó una última mirada a la casa y partió.

El campo escogido para la prueba era un terreno elevado, del otro lado del pueblo, con los parapetos y barrancones donde en otro tiempo funcionaba el polígono de tiro. Atravesando el pueblo quedaba a poco más de media hora, pero Argimón prefería dar un rodeo por razones que se comprenden. De manera que al llegar a la esquina viró a un lado y se internó en las sombras.

Hacia el Este la noche se agrietaba en largas hendeduras de una luz blanquecina.

Las últimas casas, los primeros árboles parecían flotar a ras del suelo, chatos y desprovistos de sombra.

Aquel momento, la noche de un lado, el día del otro y él, Argimón, trotando entre los dos, le producía un extraño regocijo, un plácido y sereno contento.

En alas de ese contento trotaba, pues, con largos y resueltos pasos cuando, de pronto, dos sombras harto familiares surgieron ante él al extremo de una calle.

Argimón se detuvo en seco con un crujido de ruedas y maderas. Maestro y discípulos se miraron en silencio con torvas e inseguras miradas.

Aquello era un atropello, un verdadero abuso —se quitó y frotó los lentes—, en cierto modo un atraco. No dijo nada de esto, naturalmente, pero ya era bastante con que se le ocurriera. Marcelo parecía confuso, aunque tal vez simplemente estaba dormido, pero José tenía un gesto adusto, desafiante. ¡Era el colmo! Esto sí que lo dijo, pero sin signos de admiración.

—Es el colmo...

—Nos has abandonado —dijo entonces José.

Y se produjo un gran silencio.

Permanecieron en aquel silencio hasta que una ráfaga de viento agitó el ala y las tres cabezas a un mismo tiempo se volvieron hacia el Este. Entonces el maestro hizo un ademán invitante, los discípulos empuñaron la vara del remolque y los tres trotaron en dirección a la mañana.

Llegaron al polígono cuando ya había amanecido. El viento soplaba ahora parejo desde el Este, golpeando de lleno contra los parapetos.

Ante todo, Argimón clavó una estaca en tierra e izó un pequeño globo. Después sacó de la bolsa el traje de vuelo y procedió a vestirse con segura minuciosidad.

Primero se calzó el mameluco ajustando los extremos de mangas y perneras con una tiras de género. Luego se aseguró los anteojos, reemplazando esta vez las patillas con un par de cordones de zapatos. Esto le llevó su tiempo. Por último, sentándose en tierra, se calzó el par de rodilleras y, nuevamente de pie, el casco de cuero con los protectores de corcho.

Terminado el arreo, flexionó las piernas y los brazos y giró la cabeza a uno y otro lado para asegurarse de que todo se mantenía en su lugar.

En ese momento comenzaron a sonar las campanas de la iglesia llamando a la primera misa. Ahora sonaban bajo porque ellos estaban por encima de la torre y además sonaban muy lejos porque el viento empujaba el tañido hacia el Oeste.

Argimón había escogido el segundo parapeto porque tenía el terraplén más parejo y posiblemente más largo. Antes de ajustarse el ala trepó hasta lo alto con el globo y lo izó allí para estudiar el movimiento del aire. Estuvo un buen rato en eso y parecía ver cosas que sólo él era capaz de advertir.

De vuelta abajo, tomó impulso y volvió a trepar la loma, esta vez a la carrera. Corría a grandes saltos, estirando las piernas todo lo posible y con los brazos abiertos como si sostuviera un par de alas invisibles. Esto mismo entusiasmó a los muchachos.

Cuando bajó parecía satisfecho. No dijo nada, pero sonrió a cada uno de ellos y les zamarreó la cabeza.

Tocábale el turno al ala. Con grandes cuidados la quitaron del remolque y la depositaron en tierra. Entonces Argimón se introdujo en la abertura del medio y los muchachos, tomándola de las puntas, la alzaron hasta que le quedó a la altura del pecho.

Siguiendo luego las instrucciones del maestro le ayudaron a sujetar cada una de las hebillas y correas del sistema de acoplamiento.

Cuando terminaron con todo. Argimón, que parecía ahora un verdadero pájaro, ejecutó una serie de saltos y flexiones destinados a probar el ajuste del conjunto. Tras esto, y como prueba final, comenzó a correr en círculos a grandes y flexibles trancos.

En una de las vueltas ellos alcanzaron a ver que sonreía. Es que había sentido, todavía en tierra, la suave embestida del aire, el hueco y la caladura del ala, el blando impulso hacia arriba...

Había llegado el momento. Argimón estaba al pie de la loma. Observaba el globo. Se volvió y sonrió a los muchachos. Luego clavó la mirada en lo alto y echó a correr. Ellos corrieron también. Corrían y gritaban trepando la loma. El gran pájaro marchaba adelante, a los saltos, en el viento. Sentían agitarse y vibrar el ala y las pisadas cada vez más espaciadas de Argimón.

Por fin, en el último salto, con un temblor arrebatado, se lanzó al vacío.

Primero trepó hacia arriba en un medio giro. Luego, después de un instante de inmovilidad, cuando parecía que iba a precipitarse a tierra, calzó en la corriente con un ligero cabeceo de resistencia. Y entonces Argimón se elevó por los aires. Lenta y majestuosamente Basilio Argimón se elevó por los aires, remontándose sobre amplias ondas invisibles hacia el Este.

Ellos manotearon y gritaron desde lo alto del parapeto sin poder seguirlo. Hasta que el gran pájaro ladeó las alas, giró delicadamente y a favor del viento pasó muy alto sobre sus cabezas.

—¡Argimón!, ¡Argimón! —gritaron ellos corriendo detrás de su sombra en

el suelo.

Pero Basilio Argimón no podía oír nada más que el zumbido del viento.

La noticia corrió por el pueblo como un reguero de pólvora. No sólo los dos muchachos habían sido testigos del vuelo. Estaban también un chacarero de Warnes y un viajante y, lo que al parecer resultaba más categórico, el propio doctor Arce, que volvía en un sulky de atender a un enfermo y lo siguió desde el camino blandiendo el látigo y mascando el cigarro.

Argimón aterrizó en el baldío detrás de su propia casa, de manera que cuando la mitad del pueblo llegó hasta allí ya se había despojado de sus alas y apareció en la puerta con el mismo aspecto de insignificante que tenía siempre.

El maestro Marsiletti casi estalla de entusiasmo. Bastón, galera, chaleco y esclavina encabezó una bulliciosa manifestación desde la tribuna de la banda, en la plaza, hasta la casa de Argimón, pasando naturalmente frente al Bar Japonés detrás de cuyos vidrios flotaron algunos rostros borrosos. En resumen, fue un día de gloria.

Acallado el primer entusiasmo, el grupo Plunkett pasó a la ofensiva una semana después. El chacarero no sólo pretendía haber visto a un hombre volando sino almas en pena, gente aparecida y luces malas. Para más datos, se traba del loco Sereti, que se pasaba el día sobre el techo de chapas de su rancho y que, por llamativa coincidencia, había sido el único del pueblo de Warnes que pretendía haber visto al maestro de vuelo cuando planeaba sobre el camino entre Bragado y Chacabuco, a la altura del puente del Salado, lugar reconocidamente propicio para toda clase de visiones y apariciones. El viajante había desaparecido. Los muchachos, aparte de ser unos mocosos, estaban influidos por el propio Argimón. Quedaba en pie el doctor Arce, metafóricamente hablando desde luego, porque en la vida real más de una vez no podía sostenerse sobre sus extremidades. Las inferiores, se entiende, ironía en la que se advierte el estilo amañado de Plunkett.

El maestro Marsiletti contraatacó en forma breve y concisa. Proponía que el 12 de enero, aniversario de la Sociedad Unión y Benevolencia, el vecino Basilio Argimón ejecutara un vuelo de prueba lanzándose desde lo alto del molino Río de la Plata en presencia del cura, el intendente y el comisario, como así del resto de las personas de Chacabuco que merecían plena y debida fe.

Hubo dudas, vacilaciones y por fin apuestas. El señor Atilio Maroni se comprometió a impresionar una placa fotográfica que documentara el episodio utilizando al efecto un aparato provisto con el moderno obturador de cortina.

Argimón, que a todo esto no había abierto la boca ni abandonado la buhardilla, ocupado como estaba en introducir ciertas mejoras al sistema de timones, observó que no podía fijarse un día preciso de manera tan categórica por cuanto había que tomar en cuenta las condiciones del tiempo y en especial las del viento.

Estaba muy flaco y amarillo y mientras hablaba efectuaba apretadas anotaciones sobre un plano colgado en la pared.

Plunkett se frotó las manos y exclamó, atragantándose de furia, que aquello no era más que una excusa.

Después de una serie de idas y venidas el maestro Marsiletti, que volvía a quedarse solo, anunció con menos entusiasmo que, antes o después del 12 de enero, no hacía caso de fechas, Basilio Argimón treparía a lo alto del molino y desde allí se lanzaría al espacio. Podía jurarlo si eso ayudaba en algo.

No sólo pasó el 12 de enero. Inclusive pasó el verano y Basilio Argimón no daba señales de vida.

La mitad de la gente lo había olvidado cuando un buen día, el tercer domingo de abril, festividad de San Benito Labre, para ser precisos, el grupito de charlatanes del Bar Japonés sintió un rumor al fondo de la calle y algo después vio aparecer a aquel fantástico personaje con un mameluco negro, un par de rodilleras y un casco de cuero.

Plunkett se levantó de un salto, pálido de ira.

— ¡Argimón!

Efectivamente, era Argimón, aunque costase un poco reconocerlo. Detrás, sobre un remolque, venía aquella especie de ala o barrilete que la mayor parte conocía por referencias.

Uno de los muchachos tiraba de la vara y el otro traía un globo sujeto con un piolín.

¡Había llegado el día!

El señor Atilio Maroni corrió por la máquina y el maestro Marsiletti alcanzó al grupo cuando llegaba al molino, cerca del hotel Unión.

Primero subieron el ala. Después treparon los muchachos y por último ascendió Argimón. El maestro Marsiletti insistió en subir también pero entre Argimón y el cura lograron que abandonara la idea.

Una vez arriba Argimón izó el globo y estudió el movimiento del aire. El viento soplaba con algo de fuerza pero en forma arrachada. Habría preferido un viento más parejo y constante aunque fuera menos intenso.

Argimón hizo luego una corrida de prueba hasta el borde del paramento.

Entretanto la gente se había ido apiñando abajo, sobre la vereda del molino, y seguía todos aquellos movimientos con una curiosidad maliciosa.

Argimón, a su vez, contempló a la gente cuando después de la primera corrida se detuvo en el borde.

En realidad, recién ahora reparaba en ella, un montoncito de hormigas.

No creían en él. Creían en Plunkett, por ejemplo. En el fondo, había soñado más de una vez con ese momento. El ascenso final, la multitud, el vuelo. Pero ahora, a punto de conseguirlo, en cierto modo ya conseguido, ¿qué había logrado con eso? Nada más que la absoluta certeza de su total soledad. Arriba, más arriba, mucho más arriba, muchísimo más arriba... Ese era el camino, la senda estrecha y solitaria.

Se ajustó otro poco los anteojos y probó una segunda corrida pues aquí el espacio era más reducido y quería calcular el momento preciso del salto.

Cuando se asomó esta segunda vez, en el filo mismo de la cornisa, la gente prorrumpió en un largo y tembloroso grito, una especie de balido, que llegó a lo alto cuando se había vuelto de espaldas.

Argimón asomó y agitó una mano.

Mientras hacía todo esto, Marcelo y José aguantaban el ala, que se sacudía a cada racha de viento.

Argimón se introdujo por fin en la abertura del medio y ellos la alzaron y ajustaron hebillas y correas. Luego el maestro ejecutó las flexiones y saltos de práctica. Una corta carrera hasta la mitad de la plataforma sustituyó, por razones de espacio, el trote circular. De cualquier forma, estaba todo en

orden y el maestro se situó en el borde posterior listo para el vuelo.

José agitó un pañuelo de acuerdo a lo convenido, el señor Maroni aprontó la máquina y el señor Pelice disparó una bomba de estruendo.

Silencio.

Un salto y otro salto y otro. Antes del borde Argimón ya estaba en el aire.

Hubo un cabeceo inicial, como siempre, y después ese instante de vacilación, casi de inmovilidad. Pero en el momento mismo que el grito llegaba desde el fondo de la calle, Argimón cobró repentina altura embestido por una racha de viento.

La gente alcanzó a ver el jirón de tela y el pedaleo alocado de las piernas.

Luego, con un giro en barrena, el hombre-pájaro se precipitó a tierra y se estrelló sobre el techo del hotel Unión.

DEVOCIONES

*(A Lita y Fico Vogelius, que
nada tienen
que ver con esta historia)*

Dentro de un rato sonará, a las cinco en punto de la mañana, ese puto despertador que el día que gane el Prode o asalte un banco reventaré contra la pared de una patada, como reventaré a tantas otras cosas, y me levantaré en puntas de pie para no despertar a Margarita que duerme a mi lado a patas sueltas hace 18 años, me vestiré en el baño y saldré más o menos a las cinco y diez rumbo a la Primera de Saavedra chupando el primer cigarrillo de la mañana. La Primera de Saavedra es la fábrica de jaulas en la cual trabajo desde el día que mi padre decidió echarme a la calle de un puntapié. En todos estos años he hecho miles de jaulas, tantas que me sorprende que todavía ande por el aire algún pajarito suelto. Un día, esto pienso mientras las hago, construiré una bien grande, la más grande de todas, con unos gruesos barrotes de hierro y meteré ahí dentro a Margarita y su desgraciada madre, esto es, mi puta suegra y las sumergiré a las dos, luego de alimentarlas con alpiste envenenado, en el Riachuelo, nada de un arroyo limpio y rumoroso ni siquiera del Río de la Plata, que por ser el más ancho del mundo con seguridad podría resumir tanta maldad, sino en el Riachuelo para que se chupen todo ese olor a podrido que viene de los mataderos y revienten en forma. Me alegro y me consuelo pensando en esto aunque sé que nunca lo haré porque soy un pobre infeliz. En lugar de eso sé que me levantaré en puntas de pie dentro de un rato y de que en puntas de pie recorreré el resto de mi vida.

Pensé cuando murió mi abuela, que decían que tenía en el sótano una pila

de valijas llenas de plata, que las cosas iban a ser distintas. Pero no. Todo lo que me dejó mi abuela fue una estatuita de la Virgen de Luján que preside mi casa y delante de la cual la Margarita se persigna hasta cuando pasa revoleando la escoba detrás de mí. Yo me pregunto cómo tanta devoción en tantos años no le ha metido un poco de humildad, por no decir sencillamente bondad, en su abultado cuerpo. Pero no quiero pensar en esto porque es capaz de despertarse en este mismo momento y zamparme un puñetazo en medio de la cara. Yo no sé cómo mierda hace, pero me adivina hasta el último pensamiento. Con excepción del de la jaula, que lo tengo fuera de casa.

En lugar de pensar en todo esto, que sólo sirve para amargarme, debiera tratar de aprovechar hasta el último minuto antes de las cinco pero sucede que anoche tuvimos una pelea fenomenal y después un sueño cargado de pesadillas. La última acaba de despertarme y ya no puedo pegar un ojo. Soñé precisamente que estaba haciendo la jaula esa, cantando y silbando, cuando de pronto me cayó encima la Margarita echando sapos y culebras, de las que se alimenta, supongo, mientras yo estoy fuera sudando como un penado al rayo del sol, y que me hacía una llave como las de Titanes en el Ring y por último, para rematarla, o más bien rematarme, me asfixiaba con una de sus enormes tetas. Ahí, por suerte, desperté con la cabeza debajo de la almohada y la impresión fue tanta que no pude volver a pegar los ojos. Y pensar que fueron justo esas tetas las que me perdieron. Ahora parecen dos bolsas rellenas de trapos pero antes cada una por separado era la piedra movediza de Tandil.

Bueno, aparte de la estatuita, que amarré bien alto en un nicho de madera en forma de jaula que construí yo mismo para que esté a salvo de las batallas que se suceden más abajo, mi abuela, a la que nada reprocho, me dejó sus santas devociones. Echando cuentas, eso ha sido lo más importante para mí pues me ayudó bastante a atravesar esta negra vida sin quejarme más de lo necesario ni echarme al paso del Mitre como me sugirió tantas veces Margarita y yo mismo lo pensé. Pero, según se mire, al propio tiempo fue esa devoción la que me perdió. Aunque yo creo hasta hoy que de todo eso saldrá algún provecho, que alguien en el mundo se debe haber favorecido, por lo menos el tipo que seguía en la lista y se salvó de Margarita.

La mano vino así. Creo que fue en el 45, un sábado 14 de setiembre, con la primavera adelantada, detalle que hay que tomar en cuenta. Yo acababa de llegar de mi pueblo, Chacabuco, con la virgen envuelta en un paquete y una valija de cartón. Fui a parar a una pensión de Plaza Italia. La semana la

tenía ocupada con la Primera de Saavedra pero los fines no sabía qué hacer. Daba vueltas por la plaza como un idiota, soñando con mi pueblo o minas en pelotas que caían a mis pies de los pocos árboles que hay allí y me pedían a gritos que las violara hasta que el olor a empanadas fritas que bombeaban los boliches de Santa Fe casi me hacían perder el conocimiento. Fue en uno de esos días que vi pegado a las paredes un letrero amarillo de la Sociedad de Peregrinos a Pie al Santuario Nacional de Nuestra Señora de Luján que invitaba a la próxima peregrinación anual. En el letrero se daban todas las instrucciones, desde los botines a calzar hasta los pensamientos que había que poner en la cosa. Ese año yo me había salvado de la colimba por número bajo y a raíz de eso, que tomé entonces por una suerte, prometí ir a pie a Lujan y de rodillas desde la puerta del santuario hasta el camarín de la virgen. Al día siguiente, después que volví de la Primera, me fui a anotar a la sede de la Sociedad, en Independencia al 900. Por esos días, y véase cómo maniobra el destino, debieron anotarse Margarita y Requena, para ingresar en mi vida el próximo 14 de setiembre, aunque, desde luego, no fuese esa la intención que los llevó al mismo lugar que yo, como tampoco fue la mía.

En los días previos me entrené y preparé como si fuese a correr en las Doce a Bragado que se corren en mi pueblo más o menos para el mismo tiempo y en las que corría mi tío Agustín, que también la pateó a Luján, pero desde Chacabuco, más de 100 kilómetros a pata el muy animal y llevando un estandarte de la Congregación de San Luis Gonzaga que cuando soplabla una racha de viento lo arrancaba del pavimento.

Siguiendo las instrucciones del volante que me dieron y las que recordaba de mi tío Agustín, me armé de un par de botines patria, me vendé los pies sin tirar de las vendas, me puse un plástico debajo de la camisa para aguantar el frío y el 14 me largué temprano hasta la basílica de San José de Flores, que era desde donde partía la peregrinación. Encabezaba la marcha un cura que hablaba como Balbín y más o menos decía las mismas choterías, aunque referidas a la Santa Iglesia y no a la Unión Cívica Radical, se entiende, y llevaba un bastón que revoleaba cada tanto para darnos aliento y que si no lo paran, pues para mí estaba como poseso, hubiese seguido lo menos hasta Mendoza. Era flaco y duro como un palo de maclura y despedía un fuego por los ojos.

Bien, cantamos "Ven, sube a la montaña" y echamos a andar a un mismo paso. En ese momento no imaginé cómo esos sencillos pasos me podían llevar tan lejos. Desde entonces pongo algún cuidado siempre que echo el primero y no sé con seguridad a dónde voy. Qué iba a sospechar yo todo lo

que vendría después cuando di aquel primer paso, el 14 de setiembre de 1945. Salimos a las 7 de la mañana y a las 9 estábamos cruzando Liniers. Cuando pasé por debajo del puente de la General Paz me puse melancólico pues pensé que iba para mi pueblo que queda en la misma dirección, sobre la misma ruta, es decir, la 7. Fue ahí donde reparé por primera vez en el tipo que traía al lado. No fue que reparé sino que se me vino encima, me echó los brazos al cuello y me dijo, resollando, "Negro, aquí me muero". Yo le dije: "Viejo, recién estamos en Liniers". "Eso es lo que me mata — dijo él—. La idea." Dijo una gran verdad porque, por lo que sé, hasta hoy lo que lo mataron fueron las ideas. El tipo se llamaba Requena y no estaba lo que se dice en forma. Por empezar llevaba puesto un sobretodo, algo que expresamente no se recomienda. Para colmo llevaba un toco de libros, una pila, que era "El Nuevo Testamento con Salmos", de las ediciones paulistas, más de 500 páginas en papel finito que si en Liniers cada uno pesaba ya como un ladrillo en Morón o Merlo pesarían lo que una pared entera. El desgraciado, todavía colgado de mis hombros, me vendió un libro de esos que tenía marcado el precio de 3 pesos, pero que Requena vendía a 4, como ayuda no sé a qué institución. Además hizo que cargara con el resto de la pila, aparte del sobretodo. Como yo era un pendejo que echaba fuego por todos los lados y a cada rato el mundo me quedaba chico cargué con todo sin chistar y aun hubiese cargado con el propio Requena, lo cual en cierta forma hice desde ese momento, aunque en otro sentido. Creo que de ahí le vino la idea de publicar libros él mismo, desde la "Imitación de Cristo" hasta las "Verdaderas Memorias de una Princesa Rusa", de Oberdan Rocamora, y, en combina con el turco Asís, "Breve manual del pedaleo" y "Karate y sexo", con 20 llaves inéditas científicamente ilustradas, lo que dio luego pie a Requena Editor, que es el último oficio que le conocí. Lo bueno de él, según se mire, es que siempre se le está ocurriendo una forma nueva de encarar esta miserable vida. Yo sé que un día mandará todo a pasear y se echará al medio del camino y entonces inventará al mundo de punta a punta en sociedad con el mismo Padre Todopolentoso. Bien, cargué el sobretodo y el paquete, el cura revoleó el bastón y comenzó a rezar los misterios dolorosos, con carácter penitencial. Fue ahí exactamente donde apareció en mi vida Margarita, este mismo pedazo de carne que ahora suspira al lado mío y sonrío en sueños vaya a saber pensando en qué maldad. Porque eso es lo que yo no entendí nunca, que las mujeres son un pozo de maldad. Esta advertencia debiera ponerse en todos los caminos, como las señales de tránsito, y en los paquetes de cigarrillos y en los sobres de los preservativos. Qué otra vida hubiese sido la mía si yo hubiese visto esa señal a tiempo. Probablemente no le habría hecho caso y me hubiese ensartado en la misma forma porque

estaba escrito y además Margarita en ese tiempo era un monumento capaz de ocultar cualquier señal, por grande que fuese, con cada uno de los sólidos detalles que lo componían. Más o menos es eso lo que pienso cuando leo u oigo hablar del monumento a los caídos. De paso obsérvese nuevamente en qué forma procede el destino. En ese momento fue un detalle insignificante, pero a partir de ese detalle mi vida pegaba un giro de 90 grados y arrancaba para otro lado. El detalle en cuestión fue que al lado, un poco a mi derecha y un poco atrás, empecé a escuchar una voz cantarina que arrancaba con cada Ave María adelantándose y comandando, diría excitando si no fuese que en estas circunstancias se entendería de otra forma, al lote de sonámbulos que marchaba arrastrando los pies por la calle Rivadavia, que aparte de ser la más larga del mundo el cansancio la estiraba a cada metro un poco más. Me volví y fue que vi por primera vez a Margarita. Requena me preguntó si me pasaba algo porque entré a caminar a paso de ganso y a rezar a los gritos. Requena iba y venía entre la gente vendiendo sus libritos y yo, cuando vi lo que vi, casi tiro el resto de la pila por encima de las cabezas de los peregrinos.

El pensó que empezaba a ver visiones por el esfuerzo de la caminata. En cierta forma era verdad. Margarita en ese tiempo era una hembra colosal, sin el menor desperdicio, con un par de porrones que daban mareos, los mismos que ahora yacen como dos piñatas desinfladas o como mis pantalones de brin sanforizado con manchas de grasa que esperan ellos también a que suene el despertador sobre el respaldo de la silla. Por un instante me olvidé de lo que estaba haciendo allí y el demonio me entró en el cuerpo al rojo vivo. El cura en ese momento, como si adivinara la situación, levantó el bastón y pegó un brinco y yo me concentré en el tercer misterio. Requena, que en Morón había terminado de vender los libritos y hasta vendió el mío, se puso a partir de ahí a hablar de comidas. Yo iba bien hasta entonces pero el desgraciado me tocó mi punto flaco por esa época, aparte de las hembritas, que lo siguen siendo. A cada rato me decía, entre misterio y misterio. "¿No te comerías un sanguiche de milanesa, flaco?" o "Ni siquiera se me ocurrió traer un par de huevos duros" o "Te imaginas un plato de ravioles de ricota con salsa mixta?" o, y ahí me mató, "Me comería un lechón entero, hecho con brasitas de marlo y bastante limón". Cuando mencionó la palabra lechón me empezó a saltar espuma por la boca. Me acordé en el acto de los lechones que hace mi viejo en el Cicles Club de Chacabuco o en el fondo de mi casa, debajo de la parra de uva chinche, con el cuerito tostado y duro que se raja y deja entrever la grasita y las costillas que se van soltando solas por el calor y los riñoncitos que largan una perfumada nubecita de vapor. Casi me desmayo. Por suerte

Requena que cuando pasamos por Merlo ya deliraba empezó a pedir a los gritos un plato de buseca y cayó redondo en medio del pavimento. Lo metimos en una ambulancia, después que el cura lo roció con un hisopo, y se lo llevaron para Lujan soñando posiblemente con un plato de "fusiles" al pesto. Creo que ahí cambiamos las primeras palabras con Margarita que me preguntó si el señor, esto es, Requena era mi amigo y yo le dije que sí aunque acababa de conocerlo y ella exclamó "¡Pobre señor!", y agitó los pechos y yo vi el cielo de color rojo. El resto del camino traté de concentrarme en motivos religiosos y a veces en mis pies que ya echaban un chorro de humo pero cada tanto mi mirada se desviaba hacia la derecha, un poco atrás. Ella seguía rezando con las manos juntas como Santa Teresita, la de yeso que había en la iglesia de mi pueblo, sólo que no era de yeso para nada sino enteramente de carne y hueso, sobre todo de carne de la mejor calidad que se removía bajo sus ropas y al parecer enviaba como unas ondas o rayos eléctricos que me quemaban la piel.

Cuando llegamos a la basílica encontré a Requena al lado de la verja completamente fresco repartiendo otra pila de libritos. Me saludó y me abrazó como si yo acabase de ganar las Doce a Bragado. Le entregué el sobretodo que de Moreno en adelante pesaba como si arrastrase a un muerto. Compré un vela de cera de mi exacta altura, según se acostumbra, con cintas y estampitas y que, por el precio, pensé que se pagaba a crédito y me dispuse a cumplir con mi promesa. Comencé a subir de rodillas las escaleras con Requena de un lado y del otro Margarita, que al enterarse de mi promesa se había conmovido hasta las lágrimas, rumbo al camarín de la virgen. Cuando traspuse la puerta me pareció que ya estaba andando sobre los propios huesos. Recé un padrenuestro, un credo y cuanto me acordé en ese momento para ganar tiempo y recuperar el aire. Requena me animó con un empujoncito en la espalda pero lo que me lanzó verdaderamente hacia adelante casi a la carrera fue el hecho de que Margarita extrajo un pañuelito perfumado de entre los pechos y me secó el sudor de la frente. Ahí sentí que podía correr sobre mis rodillas hasta la cordillera de los Andes, ida y vuelta. Con todo en mitad de la nave tuve la impresión de que las piernas se me reducían y que pronto iba a estar avanzando sobre mis caderas. Sea como fuere llegué al pie de la escalera del camarín, cerré los ojos y comencé a trepar tanteando los escalones. Cada vez que despegaba una rodilla del duro mármol era como si me arrancasen las tripas y una vez me abracé de una pierna de Margarita y entonces piqué hasta la punta de la escalera de un tirón, creo que salteando inclusive algunos escalones.

Hubo una solemne misa concelebrada y el cura del bastón, después del evangelio, se echó un sermón sobre el pecado y la puta condición humana a

propósito del sordomudo sanado por Jesucristo, o sea, el pecador consuetudinario curado por la gracia del Señor, que casi nos reduce a polvo. Después de disparar toda la artillería sobre el rebaño de pecadores que, por descontado, éramos nosotros, el cura, cuando explicaba con lujo de detalles cómo el estado del sordomudo del Evangelio representa el estado de un pecador empedernido, gritó sobre la punta de los pies, sacando medio cuerpo del pulpito como si fuese a caer literalmente sobre nosotros: "El sordomudo se encontraba en una condición bien lamentable puesto que se hallaba privado del oído y del habla; pero no lo es menos la del pecador consuetudinario que se halla espiritualmente privado del oído y de la palabra. En efecto, este desgraciado pecador no da oídos a las voces de la conciencia, que le reprende los delitos cotidianos. No hace caso de los amorosos consejos de los amigos y parientes, que querrían verle fuera del camino de la perdición. No presta oídos a la voz de Dios, que ya indirectamente por medio de algún acontecimiento inesperado, ya directamente por medio de alguna inspiración interior, le dice: ¡Convíertete y ámame!"

Mientras el cura esto decía o gritaba, señalaba torvamente, en su intención a un pecador imaginario pero de hecho a una vieja que había en la primera fila y que empezó a temblar como una caña removida por el viento. Requena se golpeaba el pecho como si fuese a voltearse uno o dos pulmones, lo cual hacía más tétrico el asunto. Total que la vieja saltó del banco y se puso a gritar: ¡Peccato! ¡Peccato! ¡Madonna mia abbi pietá di me...! Al principio yo pensé que era una especie de claque pero cuando la vieja comenzó a arrancarse la ropa vi que iba en serio, tanto que el mismo cura escondió la mano y empezó a empalidecer. Por suerte la pararon unas señoras aunque después de todo si hubiese quedado en pelotas la verdad es que le habríamos tomado verdadero asco al pecado. El cura terminó tirando la manga a todos los pecadores allí presentes. El único inocente resultó Requena que cuando pasaron el cepillo entró en éxtasis alzando los brazos al cielo de manera que hubiese sido una irreverencia pretender que los bajase hacia el bolsillo. La misa terminó cuando la mitad de la vela me había chorreado sobre la mano y me sentía realmente como si el demonio en persona hubiese salido de mi cuerpo, liviano y finito como el de un ángel. Traté de levantarme y salir como los demás pero me vine en banda y sólo después de masajearme las rodillas y zamparme un par de aspirinas salí de allí sostenido de un lado por Requena y del otro por Margarita. Donde se ve en esto y lo que sigue cómo el destino no para de tejer su tela un solo minuto. Margarita, que había venido con los viejos y el hermano, un taradito que sonreía a cada rato como si supiera algo que nosotros

desconocíamos, por ejemplo, que iba a estallar una bomba y nos iba a pulverizar a todos, menos a él, nos invitó, siguiente paso del destino, a compartir el contenido de una canasta que el viejo fue a recoger del camión que traía los bultos y paquetes de los peregrinos. Requena se apresuró a aceptar la invitación y así, en dulce conversa, nos fuimos hasta la orilla del río Lujan y alquilamos una de esas roñosas mesas bajo los sauces, entre papeles y mugre y alguna otra cosa. La vieja abrió el canasto y entró a sacar la comida para un regimiento. El viejo descorchó una damajuana de tinto riojano y, después de persignarnos devotamente, comenzamos a comer con elegante ferocidad, sobre todo Requena que mientras hablaba de grandes negocios se embuchó un matambre casero y medio pollo frío al limón. Yo comía y miraba a Margarita. Comíamos y nos mirábamos, algo tan simple, y nos reíamos de nada. El vino nos soltó la lengua y empecé a hablar de mi pueblo. Mi pueblo es un montón de historias a poco más de 100 kilómetros de Lujan, sobre la misma ruta, y cualquier cosa que uno cuenta de él se parece a la historia de cualquier tipo de cualquier polvoriento pueblo de la provincia. De manera que nos pusimos un poco melancólicos y cada uno pensó en su propio pueblo, allá a sus espaldas, incluso el propio Requena que comenzó a hablar de gentes y caminos y otros pueblachos semejantes al mío. Después de la comida el viejo se echó al pie de un sauce y al rato estaba roncando. Requena se fue a remojar los pies con el taradito, que a esta altura se llamaba Juan José, y yo me fui a dar una vuelta con Margarita, que con el vino y la comida se había puesto más encarnada y más eléctrica, por así decir. Primero recorrimos los juegos, como era inevitable. Luego de la Flor Azteca subimos a una calesita, por sugerencia de Margarita que se hacía, ahora comprendo, la nena, cosa que me enloqueció en ese momento como a un buen boludo. Yo trepé a un caballo de madera y ella a un bote, yo subía y ella bajaba al compás del vals "Desde el alma", de manera que sus tetas, a las que yo observaba de reojo, subían y bajaban en la misma forma, por supuesto, y cuando ellas subían, subían mis ojos y cuando ellas bajaban, bajaban, que era cuando tenía yo la mejor visión del asunto. Al rato más bien parecían algo que no tenía que ver con Margarita, que estaba detrás, naturalmente, y yo las miraba subiendo y bajando como subía y bajaba mi duro pajarito que golpeaba contra el lomo del caballo, con absoluta naturalidad, no sólo voluptuosas sino majestuosas como un barco con las velas hinchadas tirando victoriosamente para adelante. Dimos cuatro vueltas. Después probé al tiro al blanco pero los rifles de aire comprimido estaban tan desviados que apunté a un pato de lata y por poco le doy al tipo que tenía al lado. Finalmente, decidí probar mi fuerza en ese puto aparatito con dos manijas posiblemente conectadas a una batería y que uno va separando y a medida

que las separa marcan un número en un tablero y destilan una pequeña corriente eléctrica que al principio apenas se insinúa como un cosquilleo alentador. Yo miraba a Margarita y sonreía de manera que no le prestaba verdadera atención al aparato ese. Así que como, en apariencia, no pasaba nada sonreí nuevamente a Margarita, que me alentó con un cabeceo muy gentil, y separé las manijas de golpe. La máquina me disparó tal patada que se me arrugaron las pelotas, me temblaron los dientes y la lengua se me retorció dentro de la boca como a un ahorcado.

Creo que si en ese momento me ponen una bombita de 120 en la oreja la enciendo por largo rato. Cerré los ojos y vi un puñado de locas estrellas que giraban sobre una noche inmensa y luego, debo haber abierto los ojos, vi en medio de las estrellas a Margarita que aplaudía no sé muy bien qué cosa.

Cuando pude volver a caminar, nos alejamos de allí rumbeando descuidadamente hacia los árboles del fondo, cerca de la ruta 7. De vez en cuando, entre las copas de los árboles entreveía las torres de la basílica pero yo desviaba enseguida la mirada. Había algunas parejas por esos árboles rascando entre papeles y restos de comidas pero Margarita no parecía pisar en esta tierra y hablaba de asuntos más bien espirituales, como el amor cristiano, el efecto de las palomas y otras vaguedades en las cuales, ahora estoy bien seguro, no creía un solo centímetro. Confieso que, dentro de mi ignorancia, yo no podía entender cómo con ese cuerpo que incitaba por mera presencia a ejercer una verdadera carnicería y cuyo lugar natural era el Maipo, por lo menos, podía engendrar tales elevados pensamientos. Así son las cosas en este mundo. Yo tenía mucho que aprender.

Bueno, dale que ya llegamos al fondo propiamente donde una mata de arbustos nos cerraba el paso. Nos sentamos más o menos a orillas del agua, un chorrillo mugriento que arrastraba papeles y de vez en cuando algún preservativo, al reparo de la mezquina sombra que echaban esos desplumados yuyos y no sé muy bien por qué allí se me soltó la lengua y me puse a hablar otra vez de mi pueblo y de mi infancia. No sé por qué tampoco uno se compadece tanto en tales circunstancias. Me sentí de pronto el más desgraciado de los hombres y, con perdón de los viejos, inventé una infancia tan miserable que yo mismo solté unas lágrimas cuando Margarita, revoleando los mismos ojos de yeso de Santa Teresita, me tomó las manos, que me patearon en la misma forma que el aparato ese de los juegos, y trató de reanimarme. Yo tuve un golpe de sangre. Vi todo rojo. Le besé y le mordí las manos y ella, pasando por alto este último detalle, reclinó mi cabeza entre sus pechos, es decir, tetas, cosa que me enloqueció del todo porque tragando aire, pues sentí que me ahogaba,

estrujé, besé y mordí aquellas colosales tetas, cuyo mero recuerdo me excita todavía. Ella, siempre serenamente, se bajó el corpino para que yo ejerciera mi ferocidad en estilo libre. Luego, sin perder esa maravillosa y extraña serenidad, se recostó en el pasto, se izó la pollera, se bajó los calzones y me acomodó encima de ella con sabia precisión, detalle al que naturalmente en ese momento no le presté demasiada atención, y yo la ensarté, empujé y removí mientras ella me ceñía con sus rotundas piernas que me introdujeron un poco más adentro todavía. Cuando terminé y ella me apartó suavemente, preocupada por sus medias, yo asomé la cabeza entre los yuyos y vi en una misma línea a la vieja que se puso a gritar en la misa concelebrada, acompañada por otras dos momias, que se santiguó rápidamente y, más atrás, contra el cielo fulgurante de aquella tarde del destino las dos torres de la basílica y ahí me sentí el más miserable de los hombres.

Volvimos al atardecer, después de rezar el último rosario, lo que hice entre sollozos y sacudones mientras Requena me palmeaba un hombro, en el expreso La Lujanera. Margarita iba a mi lado con cara de seducida y abandonada. Cuando el ómnibus dejó la avenida de acceso y enfiló por la ruta y, entre las copas de los árboles, vi por última vez las dos altas torres de la basílica, me dije, golpeándome el pecho: "Perdón, Nuestra Señora. Mañana mismo le hablo al viejo y antes de fin de año me caso. Lo juro". Margarita, que debió, según su costumbre, haber leído mi pensamiento me apretó una mano y fue ahí donde el destino me dio la última y definitiva patada de aquel día memorable.

Ahora, como tantas veces, me pregunto si no habría sido mucho mejor hacer la colimba y aun la guerra, inclusive las dos mundiales juntas. En fin, si me lo propusiera estoy seguro de recordar, a pesar de todo, muchas cosas buenas.

Acaba de sonar el despertador. Margarita se revuelve en la cama. Su día de chismes, rulos, cacerolas, televisión y "Antena" todavía no empieza.

Me levanto en puntas de pie, me calzo el pantalón saltando en una pierna y a través de la ventana del baño veo el pálido y ojeroso rostro de este nuevo día que debo atravesar de una punta a otra como un condenado a perpetua.

HOMENAJES

LOS CAMINOS

*"y aunque la línea está cortada
señalando el fin yo sólo digo
adiós hasta que nos veamos de
nuevo"*

Bob Dylan

A veces pienso que los días de mi vida se parecen a las teclas de esta máquina. Son redondos y precisos y justamente no hacen otra cosa que escribir.

Paco Urondo me ha dicho quiero que escribas algo para el Diario de Mendoza. Y yo le he dicho que bueno, que sí a esa voz precipitada que se dispara desde algún rincón de esta madre Baires y atraviesa una milla de paredes, y antes de colgar la voz que me ha dicho un día de estos tomamos un café y charlamos y yo he dicho que sí, que bueno y le he pedido a mi vieja que me sirva un café y bebo en honor de Paco este solitario café que de otra manera se enfriaría en el pocillo esperando el día porque aquí no hay tiempo realmente para las ceremonias del ocio y todo se reduce a voces y urgencias y paredes y señales. Y ahora me siento a escribir y en el mismo momento, a 600 kilómetros de aquí, mi amigo Lirio Rocha se sienta en la puerta de su rancho, porque sus días son igualmente redondos, sólo que en otro sentido, y si el mar lo permite son también precisos a su manera, se sienta, como digo, en la puerta de su rancho, en la Punta del Diablo, al norte de Cabo Polonio, entre el faro de Polonio y el de Chuy, y mira el mar

después de cabalgar un día sobre el lomo de su chalana, porque es el tiempo de la zafra del tiburón, ese oscuro pez del invierno hecho a su imagen y semejanza, y se pregunta (es necesario que se pregunte para que yo siga vivo porque yo soy tan sólo su memoria), se pregunta, digo, qué hará el flaco, es decir, yo, 600 kilómetros más abajo en el mismo atardecer. Y entonces yo me pregunto a mi vez qué es lo que hago realmente, o para decirlo de otra manera por qué escribo, que es lo que se pregunta todo el mundo cuando se le cruza por delante uno de nosotros, y entonces uno pone cara de atormentado y dice que está en la Gran Cosa, la misión y toda esa lata, pero yo sé que a mi amigo Lirio Rocha no puedo decirle nada de eso porque él sí que está en la Gran Cosa, esto es, en la vida y que yo hago lo que hago, si efectivamente es hacer algo, como una forma de contarme todas las vidas que no pude vivir, la de Lirio por ejemplo, que esta madrugada volverá al mar, de manera que se duerme y me olvida.

Y yo dejo de golpear esta máquina. Y ahora, que es noche cerrada y las voces y las paredes se han muerto hasta mañana y la Gran Noche de Baires se parece al mar, pongo un disco de Jobin para no morirme del todo y pienso en mi otro amigo, porque es el momento de los amigos y las ausencias, mi amigo Alfonso Domínguez, capitán, que vive también frente al mar, algunas millas más abajo sobre el lomo salado del Cabo de Santa María y que toca la flauta como Herbie Mann y talla mascarones como el Aleijandinho y que aparte de eso calcula la derrota de cada barco que pasa en el horizonte y bebe una copa de vino a cada cambio de viento, siempre que no tarde demasiado, y entonces vuelvo a golpear otra tecla y otra porque me digo que, después de todo, nadie sabrá de ellos si no es por este viejo artificio, y que es igualmente urgente y necesario que mi amigo Antonio Di Benedetto y Mercedes del Carmen Thierry, que tiene los ojos más sabios del mundo, y don Florencio Giacobone que vive en Rivadavia y prepara las mejores conservas de este lado de la tierra y que todos los inviernos baja al Delta a faenar un par de cerdos en el almacén del Nene Bruzzone, que nació en las islas y tripuló aquel doble par de leyenda con el flaco Bataglia cuando todos los remeros eran campeones, y el resto generoso de los muchos y buenos amigos de Mendoza tengan noticias de estos otros amigos que viven frente al mar, y es así que por fin entiendo cuál es la Gran Cosa, porque yo los junto a todos ellos, salto sobre las distancias y el tiempo y los junto a todos ellos en esta mesa del recuerdo que tiendo y sirvo para mis amigos.

(setiembre de 1969)

La isla Juncal es un barco verde encallado en la desembocadura del río Uruguay, entre el Guazucito, del lado argentino, y Carmelo, del lado uruguayo, frente mismo a donde naufragó en el 62 el "Ciudad de Buenos Aires". Allí nació y vive hace unos 90 años doña Julia Lanfranconi que en 1915 comandó el barco "El tiempo lo dirá", estableció en la isla un saladero y ahora sobrevive como guardabosque, título que heredó de su padre. Vive sola doña Julia, entre árboles y juncos y nutrias y carpinchos. Todos los 19 de junio los amigos de la vieja surcan el río y el invierno y desembarcan en la isla para festejar su cumpleaños. Y entonces se recuenta toda su historia y en un día de vino y mate ella se renace y transcurre histórica hasta los 90. Jamás pasa de allí. Tal vez por eso se mantiene viva. Porque esos 90 jamás llegan exactos o si llegan los pasa de largo. Ella más bien ha empezado a descontar desde los 90, de manera que, en lugar de envejecer, la vieja de la Juncal, como se la conoce, rejuvenece. Este último 19, frío y nuboso, los amigos de ambas bandas volvimos allí. A nadie se le ocurrió pensar que la vieja hubiese podido no estar. Estaba. Acaso estaba de memoria, nada más que para que nosotros pudiésemos seguir viviendo y celebrando. Del lado argentino llegamos a bordo del "Windsbraut", barco forastero que capitanea mi amigo Marcelo Gianelli, gran trota ríos. "Windsbraut" quiere decir "novia de los vientos". Por lo tanto, supongo, de este amargo sudeste que acaba de levantarse y que enarbola río grueso y en unas horas, sin duda, cubrirá la isla. La casa de la vieja quedará sola, fundada sobre el agua, guardiana de este enorme territorio del silencio.

Mientras el barco se aleja, después de la última copa, el último abrazo, escribo en la rumorosa cabina que cruje como un mueble viejo estas simples líneas que, naturalmente, dedico a doña Julia Lanfranconi que ahí queda remontándose sobre el agua, sola, hasta el otro invierno cuando volvamos para

(inconcluso)

MEMORIA Y CELEBRACIÓN

Apenas es una mancha de un amarillo agenda dentro de un río de imprenta, al extremo de una fila de nombres que se curvan suavemente y te saltan un poco antes del borde, en aquella guía náutica que al fin se hizo vieja y tal vez valiosa, pero que entonces costaba cincuenta pesos en cualquier surtidor de nafta.

La cubro con un dedo. Es una ceremonia. Porque entonces toda esa espesa soledad que ahora te rodea sube por mi brazo y la mancha se enciende en mi cabeza y tu rostro asoma entre los nombres y los trazos de esa vieja carta de Alejo Konopatov que un día, hace años, me llevó hasta tu casa con paredes de miel, muebles polvorientos, espejos enrasados, almanaques antiguos, aquella concertola que enmudeció en el 45 y aquel Spencer de ocho tiros con tres muescas en la culata que me apuntó a la cabeza (yo venía de un mapa, vieja, a través de esos ríos ingenuos que inventó Alejo) y entonces, seguramente, viste mi sonrisa de muchacho (lo único que no ha envejecido de mi cuerpo) que se balanceaba sobre la mira y me tendiste la mano, porque tu ojo es rápido para la amistad, y así entré en tu historia y compartimos los mismos ríos, los mismos amigos, la casa árbol que plantó el viejo Lanfranconi, el sendero con huellas de carpincho a la izquierda de la casa, la timonera hembra de aquella balandra premonitoria que ahora navega entre el muelle y el gallinero, las noches de rompe y raja, el canto áspero, los muertos que me prestaste porque yo era nuevo, esas desgracias de calendario que se mencionan a tu espalda, estas ceremonias de la amistad que iniciamos entonces, y sobre todo, vieja, esas historias desmesuradas, nunca las mismas, que según parece son el somero resumen de tu vida, sagas y leyendas que cada año crecen en tamaño, en muertos y rufianes, con barcos de oscuro abolengo que sueltan amarras a la primera copa y navegan de memoria, malevos de respeto absolutamente fluviales, Regino Gamarra, el bien odiado, permanente, "siempre en malas", un par de presidentes constitucionales que llegaron alguna vez con obsequios y mandatos (por ahora falta un rey, pero estoy seguro de que cualquier día de estos se aparece en una balandra de plástico), unos amores más o menos

desgraciados (así resultan siempre, de todos molos, también aquí, tal vez más pronto, el río es pasajero por sustancia) y, en fin, las consabidas tristezas cuando el canto y el vino se terminan y dentro de un rato empieza el día.

Sólo te guardaste, y en esto no hay reproche, el hijo que nadie conoció. Hay un papel amarillo, envuelto en otros que atestiguan posesiones de barcos más precisos, que da competente testimonio del asunto. Trae una fecha y un nombre completo y, para seguridades, firma y sello de autoridad en el Carmelo, cosas de tierra firme. Hijo con naturalidad, cuando todavía no eras la vieja de la Juncal ni doña, sino puro sobresalto, desvelo y competencia en territorio de hombres.

Presumo una noche. Después vino aquel hijo que trajo la primera tristeza, la más nueva, porque es lo único que no envejeció hasta ahora.

Nosotros llegamos cuando ya eras leyenda. Empezaban los años viejos.

Quinqué Díaz, Leandro Di Como y Ratón Morales, por la banda oriental. Del lado nuestro, y en el mismo estilo, Vicente Segarra, el carpintero de ribera, ese famoso. Marcelo Gianelli, el de la otra orilla y barba de cultivo, Amadeo Lamota, que sobrevive de puro terco, por más datos el Cacique de la Juncal, bien florido.

Hay más nombres, por supuesto. Yo soy los que faltan.

Todos los años volvemos, puntuales y obsequiosos, para el 19 de junio exacto, cuando pelan los árboles y el río se pone forastero.

Quinqué se mama primero porque viene de Carmelo y llega más rápido. Ese es el cuento. ¡Quinqué Díaz, mi viejo! Hay cantitos, esos simples, versos, los sencillos, que por lo general terminan con Artigas. Nosotros, los de la banda mufada, cantamos raramente. Pero traemos buena carne, tres porrones de ginebra, otras tentaciones. Se celebra.

Amadeo me pecha suavemente y entonces tomo el cuchillo más noble, ese del cabo de plata con tres virolas de oro, y te beso en la frente y te lo entrego por la hoja, la ceremonia, para que inaugures el banquete.

¡Que hable el Quinqué! Hablamos todos. Cada uno inaugura una cosa, otra historia.

Hasta que viene la noche, esta noche de invierno profunda como el río, cuando la tierra se hincha y seguramente respira y los árboles crecen en

secreto y tal vez se mueven y los membrillos perfumados, que se han vuelto salvajes, caen pesadamente porque no aguantan siquiera el peso del rocío y la zanja que abriste a pala con el viejo se cubre otro poco porque hasta las sombras pesan demasiado para esta época, es todo el tiempo que empuja, monte arisco que reviene, la vejez de las cosas que quedaron, el Quinqué que se duerme, un carpincho que nos mira deslumbrado, el río que empuja interminable, y entonces encendemos un fuego y hablamos alto y contamos todo de nuevo, la vera historia de doña Julia Lanfranconi, la vieja de la Juncal, para perpetua memoria.

TRISTEZAS DE LA OTRA BANDA

(A Mario Benedetti y Eduardo Gaicano)

"Ahora todo es diferente"

Sucede más o menos así. La ONDA hiende la noche suavemente y yo avanzo sobre la ruta 9 en un hueco de sombras detrás de los chorros amarillos que van extrayendo la franja de cemento de la prieta oscuridad que más adelante nos cierra invariablemente el paso a la misma distancia. Hace media hora pasamos San Carlos donde, un poco antes del puente, a la salida, vive y pinta el Lucho para el invierno, que es este tiempo. El no sabe que le pasé tan cerca, apenas una pared y unas sombras de por medio, y tal vez en ese mismo momento me imaginaba a 400 kilómetros de oscuridad en línea recta hacia el oeste, que es de donde vengo, de donde partí en la mañana para otro ensayo de ese viaje que alguna vez emprenderé sin regreso. Ahora la ONDA es un resplandor anaranjado y un zumbido en el corazón de la espesa noche en dirección a Rocha que, dentro de un rato, aparecerá a la izquierda, un relumbrón blanco en mitad de las tinieblas. De alguna manera presiento, a través de los campos y las lomas cubiertas de rocío, la proximidad de sus polvorientas paredes, la confitería Trocadero, la vieja, con el gallito de la lata en lo alto, en la que alguna vez tocó el piano Felisberto Hernández y doña Paulina Terreno planeaba muy buenos casamientos, a Tono Rodríguez en lo alto de la loma, después del tanque de OSE, entre fierros viejos y extravagantes cachivaches, detrás de una calle de quilombos con farolitos rojos que en esta misma noche se agitan a un costado de la puerta, a Barboni Soba que envejece de dómine recordando alguna vieja película de Víctor Fleming o Marcel Carné, a Heber Cardoso que en realidad a estas horas está pateando Buenos Aires o Quito del

Ecuador pero que para mí está en permanencia aquí adelante, un poco a la izquierda, detrás de la curva esa que repasan los faroles, en la muy digna ciudad de Rocha, blanca y *conserva* hasta los huesos, la mitad de cuyos mis amigos pasaron a probarse su capucha por el cuartel de las gloriosas Fuerzas Conjuntas, camino del Chuy, por si acaso, por pensar nada más, por ser y consistir, por compartir el aire y el pan de sorgo con los que agachan el lomo y sueñan aún con el Wilson Ferreyra Aldunate y el Carlos Julio Pereyra. Pero no, todavía no llegué a esa noche, estoy varios inviernos más aquí, cuando el viejo Gestido gobernaba esta noche de mi memoria. Y de pronto, de acuerdo a lo previsto, ahí está, en mitad de la ventanilla, el resplandor de las luces de mercurio que blanquean el cielo en una curva breve, fantasmal capotito, y el corazón se me acelera, Rocha, casi finales, última posta antes del mar. El ómnibus se configura, blanco y atropellado, porque entramos en la luz, con el lomo de la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios que se recorta contra el resplandor, al fondo, a la izquierda, en tanto las sombras se brotan de tapias y rejas y calles estrechas que remontan brevemente la oscuridad. Gente y bultos y otro café en la terminal, en el Trocadero nuevo, y Barboni Soba que surge de alguna parte en aquella luz pasajera, me tiende la mano y dice algo que no alcanzo a oír para que así lo recuerde siempre tratando de descifrar lo que pudo decirme en ese lugar de pasaje, yo transitorio, con la ciudad de Rocha sentida en la piel y que en verdad no es más que esa luz amarilla, esas pocas e incompletas paredes, toda esa gente de paso y Barboni Soba para siempre allí, señalero del mar, con credenciales ante mí de aquella ciudad dormida que jamás cambiará un ladrillo. La ONDA recula, agito una mano y Rocha se esfuma hacia atrás, se borra, aunque yo siempre la imaginaré adelante, a la izquierda, esté donde esté, con Barboni Soba diciendo esa indescifrable cosa en la terminal, posiblemente preguntando por algún amigo o anunciándome su próximo viaje a Buenos Aires, sólo que yo ya conozco su futura soledad, su obstinada querencia y le atribuyo alguna grandeza, posiblemente una revelación. La ONDA se oscurece, volvemos a la noche los pocos que siguen a La Paloma, una noche colmada de visiones y presentimientos porque mientras el ómnibus se desliza sobre el trozo de cemento que iluminan los faros yo imagino y hasta veo la vía del ferrocarril que nos escolta por un lado, las lomas tan suaves que ondean en dirección a la laguna, apenas entrevista en la neblinosa mañana, un trazo más azul debajo del azul removido del mar, a la derecha, para mí en lo alto de la ventanilla, sobre mi cabeza que la anticipa. La ONDA se zambulle en un bajón y en la movediza claridad que colorea los bordes del camino saltan y se evaporan las sombras humosas de los árboles que preceden al puente sobre el arroyo Las Conchas. Y entonces, algo más allá, agazapado y tenso,

veo el alado resplandor del faro de La Paloma que sobrevuela como una guadaña de hoja amarilla las copas de los árboles del parque Andresito. Después, aunque invisibles, siento el rumoroso cobijo de los pinos y entrebro la ventanilla y con el áspero olor del mar penetra el agrio perfume de la pinocha y yo me revisto pez, barca, el viejo peregrino de la costa que navega las profundas tierras para desembarcar en el mar. Los últimos árboles se incorporan velozmente sobre las luces del pueblo. El ómnibus, aminorando la marcha, resbala sobre la avenida Cruz del Sur, bien iluminada y silenciosa, entre casas clausuradas y a oscuras. Sólo hay una luz en el hotel Viola. Me apeo en la terminal, en otra noche, y el ruido del mar me envuelve como si echara pie en la cubierta de un barco. Saludo al conductor, me calzo el bolso marinero en un hombro y sobre el ruido de mis pasos camino hacia el faro para mi primera ceremonia de recién venido.

El faro repasa la oscuridad con un chorro blanco, firme, perfectamente recortado, cada 60 segundos, que ahueca la noche y cuando se aleja volando deja como una fosforescencia en el aire salado. Aquí la noche es alta y rumorosa. El mar escarba la arena y revienta contra las piedras, infatigable, y uno se mueve permanentemente en el centro mismo de ese mágico batifondo. Las luces del puerto blanquean el aire a la izquierda, al fondo de la bahía surcada por unos brillos largos que se arrugan a un mismo tiempo, con el puntito rojo de la farola del muelle en mitad de la oscuridad que oculta a la escollera. El hotel Santa María está en sombras. Es un tremendo bulto con los penachos blancuzcos de las columnas por delante y parece mentira que en verano botase tanta luz y se moviese entre esas columnas tanta gente. Pero es así. El tiempo es así. Junta las cosas más distantes y separa las más próximas. Yo estaba esta mañana en el puerto de Buenos Aires imaginando todo esto en la mañana ruidosa, dando adrede la espalda a la ciudad, mi ciudad con mi historia, esperando con impaciencia el momento de que se alejara y se empequeñeciera y al final, antes de hundirse en el río, donde está mi camino, me diese un poquito de tristeza, de lástima, ese Buenos Aires que no la tiene de nadie, ciudad de alma penosa.

Me detengo en la noche marina frente al hotel Santa María, que es un fantasmón de invierno y a propósito del cual pienso todo esto que pienso, y enciendo un cigarrillo en el hueco de mi mano. Mi mano se colorea temblorosamente, la recobro de las sombras y pienso es mi mano y siento por ella casi la misma lástima que sentí por Buenos Aires antes de hundirse en el río, aunque no tiene ningún sentido porque mi mano está amarrada al resto de mi cuerpo, que es el que contiene esa tristeza, y ella misma, que

ahora sostiene un La Paz suave, escribiré esto que pienso, pero es que no sé si mi tristeza llega hasta mi mano, que la siento un poco extraña, ella anda por ahí en esas sombras, tan segura, haciendo cosas de memoria, mi mano.

Mi cuerpo se agranda con el redoble de mis pasos en el pueblo vacío. Por debajo del cemento percibo la tosca pelada, el negro lomo del Cabo de Santa María chorreando agua e historias y enseguida, en el rectángulo de luz de un farol que se bambolea, descubro una parte al vivo del cabo, el baldío donde juegan los chicos y pasta algún caballo en sus bordes, entre las últimas casas y el mar, allá abajo. Entreveo en la niebla la silueta del faro que, contra la fosforescencia del mar y por la luz que gira en las alturas, se desvanece a pesar de su corpulencia. Yo lo conocí de civil, no militarizado como ahora, faro coronel o almirante, con una quintita a un costado y podía treparlo a cualquier hora del día, sin homenajes ni horarios, como si fuese mi propia casa, lo cual es un modo de decir porque mi casa son los pedazos sueltos de muchas casas que no me pertenecen, y en esa casa rejuntada hay un sobresaliente lugar para este faro. Sobre la claridad de las olas que rompen contra las piedras donde encallé en el 67 con un queche peregrino y así conocí el Cabo, de facto, alcanzó a ver al ángel enlutado que llora desde 1872 por voluntad de los hermanos Pini que lo mandaron erigir en memoria de las víctimas de la catástrofe del 17 de mayo de ese año cuando se vino en banda un faro mal parido que se intentó dos años antes que éste, que data de 1874 y se construyó bien aplomado, orondo y corpachón como para aguantar todos los vientos, embrujos y temporales de este cuarterón. Antes de ser faro milico, lo trepaba de llegada y desde el balcón de la torre, con el montaje acristalado de la cúpula parándome el viento a mis espaldas, saludaba a los buenos mundos que se veían desde allí. La isla de la Tuna, la bahía, el puerto de pescadores y, entre las barracas que huelen a bacalao, el boliche del Lucho con las dos sirenas tetonas que sostienen el techo de la galería, Costa Azul, el casco incrustado de mejillones del Suderoi IV, bien hundido a la altura del bajo Falkland. La Pedrera con la torre de Renata y hasta a la misma Renata transitando arenas, gritando al viento de manifiesto, izando un barrilete negro con la forma de una estrella de cinco puntas para amargarle la vida a la marinería del apostadero y al subprefecto, que se hacían los pachecatos y se prometían rebuscadas venganzas para la presidencia de Bordaberry, la Renata en Blue que al fin se encaminó también para la foránea.

Ahora, en esta noche, veo tan sólo la torre del faro oscurecida, liviana, sustancia de aparición, la luz que guadaña las tinieblas, la cúpula encendida como una nave del negro espacio y, a través de los cristales empañados por la niebla salada, la linterna de destellos que gira suavemente y parece tantas

cosas con las que la comparé mientras la espiaba otras noches desde mis sombras en la tierra: un pájaro de plumas encendidas que se remueve lentamente en el nido, más cerca un racimo de uvas de cristal que gotea un espeso líquido luminoso, siempre algo animado, indestructible, risueño, cálido cuando yo sé muy bien que es una especie de canasto de gruesos cristales que gira minuciosamente alrededor de una lámpara de 100 de la que, por un trecho de mar bravío, penden las vidas de los invisibles marinos que remontan esa oscuridad tendida sobre el rumor de las olas que baten el peñón del cabo. "Buenas noches, faro miliquito", saludo y luego camino un trecho sobre la arena gruesa, las conchas trituradas de mejillones, las hilachas podridas de algas marinas y, embuste de pescador, imagino manadas de pargos blancos encallando entre las afiladas restingas que parten las espumas. Podría fijarme aquí, en esta noche, no pasar a otros tiempos ni proseguir mi propia historia donde en otra noche, prisionero nuevamente de Buenos Aires recordaré a esta otra. ¿Podría? Dulce farito del Cabo de Santa María, obelisco suplente, ¡cuántas historias alumbrarás todavía cuando yo sólo persista en estas líneas!

Vuelvo a patear las calles vacías y dando un rodeo paso, en este orden, por frente a la casa de doña Miquina, que debe andar por el centenario según ella gracias al vasito de agua de mar que bebe todas las mañanas y que yo he bebido también con el estruendoso resultado de una cursiadera que casi me mata antes de los cuarenta, frente a la casa de los Legido, trotadores de gigantescas distancias, mis amigos queridos, el Juanca y la Poppy que un día de soles me acompañó hasta el Cabo Polonio con un traje largo y un bolso de petit poids nada más que para constatar la frase y firma que estampó su padre cuando gobernaba aquel otro faro montado sobre recias piedras con luz blanca a destello cada 12 segundos y radiofaro circular con un alcance de 380 millas, alumbrando memorables catástrofes y las fantasmales islas de Torres que, en la distancia, simulan una verdadera ciudad. El Juanca con su penachuda cabeza bataraza escribe a los redobles de su máquina seguramente "La máquina de gorjear" en un recuadro de luz que entibia las paredes y que vierte sobre su cabeza de hermosa lámpara de contrapeso con la pantalla de opalina que se salvó de los tantos estragos que acometieron entre él y la Poppy. De repente suelta la máquina y abre la puerta y en el tibio tajo de luz que alumbra un trozo de la galería donde charlamos tantas veces de libros y melancolías lanza una especie de grito de guerra en alemán. Vuelve a la carrera a la máquina y sigue redoblando. La Poppy habla interminablemente a la pared del hogar, que está encendido con una hinchada fogata que le arrebató el rostro. A ratos trepa a la mesa y baila suavemente como la Pavlova o la Ulánova pero el Juanca sigue

dándole a la máquina gorjeadora, inalterable, mientras el Budinetto le ladra al faro, a falta de luna. Es todo armoniosamente caótico. Y yo me alegro de verlos, abismados en sus mundos, tan semejantes, los amo otro poco. La verdad es que la casa está a oscuras aunque distingo a un lado un asqueroso letrero de venta. Pero tampoco esto pertenece a esta noche porque todavía no me tropezaré con sus caras espantadas en Florida, lejos de este lugar que los tres amamos por igual. De manera que elijo su noche y Juanca sigue tecleando y la Poppy tan bailanta de sueños. Y el Budinetto cantalandro muy de partitura. El casi mastín Budinetto que yo mismo ayudé a enterrar en el jardín del fondo en el verano del 72.

Y ahora repaso frente a la oscura casilla de Pose, con la torre rosada a un lado y el tiburón veleta que gira en lo alto acomodándose al viento. Allí en ese hueco renegrido está la parrilla donde asaremos el tremendo lenguado de 12 kilos que sellará la despedida. Chocamos los vasos por encima de la mesa, bajo los brillantes transparentes, sin sospechar que ese es el último gesto que compartiremos por mucho tiempo. Pero todavía no han llegado esos adioses y Adolfo Pose duerme en lo alto de su torre, debajo de la veleta, esperando que "el puerto de la luz" amarre al muelle con su carga de tiburones sarda y pinta sin sospechar lo que trama el tiempo, lo que yo ya sé de este otro lado de los adioses.

Sigo de proa hacia el fondo de la calle que termina en el mar, pasando frente al hotel Trocadero y el bar de Feola, en sombras. Todo eso revivirá en el verano, en un verano sin nosotros, el próximo verano de las Conjuntas con el faro milico y sombrillas de colores con el mango de fusiles. ¡Adiós, torrero dormilón! ¡Hermano!

Y llego, voy llegando, ahora mismo llego hasta el mismito mar en la hermosa y nocturna bahía de La Paloma con su cerco de espumas a un lado y otro de la isla de la Tuna y detrás el bajo Speedwell, muy adentro en la noche y el mar. Una lisa salta del agua y brilla igual que un colgante de plata como para afirmar que nada cambia. Para mí es siempre la misma lisa y creo que son mis pasos los que la hacen saltar. ¡Salta, salta jubiloso pececito de vida para anunciar mi llegada!

Bajo a la playa y camino sobre la arena mojada, cruzada por grandes manchas oscuras, en dirección a una luz que alumbra hasta el agua. Es la luz de la ventana de esa casa barco. Las Marianas, de mi amigo el capitán Alfonso Domínguez, alias *Cojones*, una luz que no se apaga nunca, ni en esta noche ni en cualquier otra de mi memoria. Ella perdurará como la luz del faro y es a partir de ahí que yo recupero y aun revivo a todos mis

amigos. En dirección de esta luz salí yo esta mañana del puerto de Buenos Aires y ahora, 14 horas después, por fin doy con ella. Subo en puntas de pie, aunque el mar apaga mis pasos, por los seis escalones de cemento que a menudo cubren las olas, que hasta llegan a golpear en la propia puerta, y, oculto bajo la sombra que proyecta el ángel de madera que preside la casa, el ángel con cabellos de latón y ojos de caracoles y cola de pez, espío hacia el interior del cuarto por la ventana que enmarca el mar y que, desde adentro, parece la ventana de una timonera. El hogar está encendido, como siempre en este tiempo. El capitán Alfonso Domínguez con una maza de madera y una gubia está tallando un mascarón de proa, otro ángel pero con el pelo de madera, pintado con cobre de fondo, porque él lo va coloreando a medida que se nace. El ángel va remontando lentamente desde la madera, despojándose de las astillas que aprietan sus formas, con cara de varón y cuerpo de hembra. Y dos alas con plumas pintadas de purpurina que irán atornilladas a su cuerpo pero que ahora reposan cerca del fuego. El capitán tiene el pelo blanco y las espaldas encorvadas y una chamarra mejicana de encarnados dibujos. Sus manos blancas y pecosientas se mueven alrededor del ángel, convocándolo a estos días. Los ojos del capitán son tan dulces y tristes como siempre. En eso no ha cambiado. Cerca, sobre la mesa junto a la ventana, hay un charrito de lata con vino tinto y la flauta de metal que toca el capitán cuando le pesa mucho la soledad, porque la Renata se ha marchado a su torre y él espera, espera a la que no vendrá y va hasta la ONDA una vez al día porque hoy viene mi Renata de aquí o de allá por tareas que inventa el capitán. No, no vendrá. ¿Acaso ya no lo sabes, capitán? ¿Lo sé yo y no lo sabes tú que eres capaz de inventar un ángel con pelos de cobre y mirada de caracoles?

Un paquete corta con sus luces temblorosas la oscuridad sobre las blancas espumas que se agitan como rotos trapos detrás de la isla. El capitán Alfonso Domínguez deja la gubia y el martillo sobre la mesa y arrima la cabeza al vidrio. Siempre mira a los barcos que pasan por el horizonte. Calcula el porte, la velocidad, la derrota, el posible puerto de arribada. Calcula quizá su propio destino, siente ese viejo llamado del mar al que ha trampeado hasta ahora con ángeles de madera. Sus ojos claros, cegatones, están contra el vidrio, como si me mirasen. El no sabe que yo estoy apenas a un metro de su cabeza. El no sabe que dentro de un rato abriré la puerta y nos confundiremos en un abrazo y beberemos juntos el resto de la noche en los jarritos de lata. El no sabe que ese ángel que está naciendo colgará para siempre de una pared de mis casas y que dondequiera que yo vaya iré con él, abriendo camino. El no sabe que en el paredón, afuera, hay un letrero de alquitrán que escribió una mano nocturna y dice: "Fuera tupas ratas.

Adelante FFCC". El no sabe eso, ni tantas cosas que vendrán con la patria a oscuras.

Tampoco sabe el siempre capitán que morirá lejos de aquí, en Panamá, el 13 de setiembre de 1972. ¿Por qué mierda lo habré recordado antes de abrir esta puerta? Quizá hubiera podido saltar ese día y esta noche no iría a terminar nunca.

1975, Año de la Orientalidad.



ÍNDICE

LA BALADA DEL ALAMO CAROLINA _____	2
LAS DOCE A BRAGADO _____	7
MI MADRE ANDABA EN LA LUZ _____	16
PERFUMADA NOCHE _____	39
BIBLIOGRAFICA _____	46
AD ASTRA _____	55
EVOCIONES _____	75
HOMENAJES LOS CAMINOS _____	85
MEMORIA Y CELEBRACIÓN _____	88
TRISTEZAS DE LA OTRA BANDA _____	91